

R. L. Stevenson

EL DINAMITERO



HISPANO AMERICANA DE EDICIONES, S. A.
BARCELONA

PRÓLOGO DEL "CIGAR DIVÁN"

En la capital de los encuentros, en el Bagdad de Occidente, es decir, en la ancha acera de la parte norte de Leicester Square, dos jóvenes, que aparentan tener de veinticinco a veintiséis años, se encuentran después de mucho tiempo. Uno de ellos, de aspecto simpático y distinguido, vaciló un instante, al ver el aire de pobreza que envolvía a su amigo.

—¿Es posible?—dijo—. ¡Pablo Somerset!

—En persona—replicó el otro—. Mejor dicho, lo que de él ha quedado, tras una vida llena de intrigas. Sin embargo, no noto en usted, Challoner, diferencia alguna. Puede asegurarse que el tiempo no ha pasado por usted.

—¡Oh, siempre engañan las apariencias!—contestó Challoner—. Pero éste no es el sitio más a propósito para hacernos confidencias; estorbamos el paso de los transeúntes. Si quiere usted, vayamos a otro sitio.

—Déjeme usted que le guíe—dijo Somerset—. Le conduciré adonde se fuma el más delicioso tabaco de Londres.

Y tomando a su amigo del brazo, le llevó en silencio a la puerta de un pacífico establecimiento situado en Rupert Street, en Soho. La entrada lucía un enorme soldado escocés tallado en madera, uno de aquellos "highlanders" que han llegado casi a ser considerados como antigüedades. A través del cristal del escaparate, sembrado de pipas, tabaco y cigarros, se podía leer en doradas letras: "*Cigar Diván*", para fumadores, de T. Godall. El interior del establecimiento, aunque de pequeñas dimensiones, era confortable y alegre; su propietario era un hombre envarado, pero sonriente y amable. Los dos jóvenes, saboreando dos espléndidos habanos, se sentaron en un sofá tapizado de felpa gris y se dispusieron a contarse sus historias.

—Soy abogado—comenzó Somerset—, pero ni el destino ni los procuradores han querido que haga un buen papel. Mis tardes transcurrían en una sociedad elegante. Las noches, y pongo por testigo al señor Godall, las pasaba, por regla general, aquí, en este salón. Y, en fin, por las mañanas tenía el hábito de levantarme después de las doce. Con esta vida, mi reducido patrimonio se liquidó velozmente, si bien añadido con orgullo que fue también alegremente. A partir de entonces, un señor que nada tiene de recomendable, a no ser que es mi tío por parte de madre, me da la ridícula suma de diez chelines semanales. En definitiva, usted, que en otra época me vio alardeando por las luminosas calles de mi barrio preferido, habrá adivinado fácilmente que mi fortuna se liquidó.

—No, por cierto—repuso Challoner—. Y lo que no cabe duda es que sus relaciones con los sastres son excelentes.

—Es una visita que tardaré mucho tiempo en repetir—dijo sonriendo Somerset—. Mi fortuna ha concluido definitivamente. Consiste, o mejor dicho, consistía esta mañana sólo en cien libras.

—Es asombroso—dijo Challoner—. Sí, es una extraña coincidencia. Yo tengo la misma cantidad.

—¡Usted!—exclamó Somerset—. ¡Ni Salomón en toda su gloria!

—Pues es cierto, querido amigo. No sé adonde recurrir—dijo Challoner—. Aparte de este traje que llevo puesto, no tengo en mi ropero tan siquiera unos pantalones. En estos

momentos, no sé qué hacer ni en qué ocuparme. No obstante, he de tomar una decisión, pues algo se podrá hacer con un capital de cien libras.

—Es posible—repuso Somerset—, si bien yo no sé qué hacer con las mías. Señor Godall —añadió, dirigiéndose al dueño del salón—, usted que es un hombre de mundo, dígame qué puede hacer con cien libras un joven de selecta educación.

—Según, según — dijo el propietario, tirando su cigarro—. El poder del dinero es algo en el cual no creo. Con cien libras puede uno, a duras penas, vivir un año. Con más facilidad, pueden gastarse en una noche, y de la forma más sencilla se pueden perder en cinco minutos, invirtiéndolas en valores bancarios. Si tiene usted suerte, un penique es muy útil; si no la tiene usted, un penique no le valdrá de nada. Cuando yo me encontré solo en el mundo, sin experiencia alguna, pensé en ser artista; y aquí me tiene usted vendiendo tabaco. ¿Qué conocimientos tiene usted, señor Somerset?

—Sé algo de leyes—contestó éste.

—Es una respuesta digna de un sabio—dijo el señor Godall. Y luego, dirigiéndose a Challoner, añadió—: Y a usted, como amigo del señor Somerset, ¿puedo preguntarle lo mismo?

—Naturalmente—repuso Challoner—. Me doy muy buena maña en el *whist*.

—Hay muchas personas en Londres que tienen la dentadura completa—contestó el dueño—. Sin embargo, no le quepa a usted la menor duda de que muchas más se dan también mucha maña en el *whist*. Hace algún tiempo conocí a un joven que estudiaba para gobernador de Inglaterra. Ciertamente, el proyecto era ambicioso. Sin embargo, lo es más el que un hombre pretenda hacer del *whist* un medio de vida.

—Me cuesta mucho y, al mismo tiempo, me causa cierto temor buscar en qué ocuparme para llegar a ser una persona laboriosa—dijo Challoner.

—¿Para llegar a ser una persona laboriosa?—exclamó el señor Godall—. ¿Es posible que un maestro de pueblo llegue, habiendo dejado su escuela, a comandante? ¿Es admisible que un capitán degradado pueda ser juez pedáneo? Esta ignorancia de la clase media me sorprende. Piensa que el mundo está sumido en la ignorancia y en la degradación. Pero al ojo sagaz no se le oculta que cada clase se divide en jerarquías adornadas por peculiares aptitudes. Ustedes, por deficiencias en su educación, no sirven para trabajar, pudiendo, en cambio, gobernar una nación. Las artes que son realmente liberales están más allá de la competencia de los profanos; son las que dan nombre al artista.

—¡Qué vanidoso es este individuo! — exclamó Challoner al oído de su amigo.

—Mucho, es cierto—repuso Somerset.

En aquel momento se abrió la puerta del Salón, dando paso a un tercer personaje que, tímidamente, pidió tabaco. Era más joven que los otros dos, y por su aspecto parecía inglés. Una vez le hubieron servido, encendió la pipa, sentóse en el sofá y se dirigió a Challoner, preguntándole si se acordaba de Desborough.

—¿Desborough? ¡Naturalmente!—dijo Challoner—. Bien, Desborough, ¿qué hace usted?

—Realmente no hago nada—contestó el joven.

—¿Vive usted, tal vez, de sus rentas?—preguntó el otro.

—¡De ninguna manera!—repuso Desborough, algo amostazado—. Estoy pensando en la manera de salir a flote.

—Pues todos nos encontramos en idéntica situación—dijo Somerset—. Seguramente, y es mucho decir, tiene usted cien libras.

—Un poco menos—contestó Desborough.

—Aquí tiene usted un dramático cuadro, señor Godall—dijo Somerset—. Tres inútiles.

—Es una de las características de esta época, en la que abunda todo—repuso el dueño.

—No, señor, lo niego. Yo admito una sola cosa: que yo no sirva para nada, que éste tampoco y que los tres valemos lo que el demonio. ¿Qué soy yo? Malamente, he aprendido Leyes, Geografía y Matemáticas. Poseo algunas nociones, además, de Astrología. Y, no obstante, me veo mezclado entre la multitud, confundido en las calles de Londres, más desvalido que un niño. No quiero absolutamente nada a mi tío materno, pero, ¿a qué negarlo?, si no fuese por él me moriría de inanición. Comienzo a darme perfecta cuenta de que es necesario conocer algo a fondo, siquiera sea la literatura. Y, con todo, el hombre mundano es una de las facetas de este tiempo. Posee un asombroso conjunto de conocimientos, su casa está en cualquier parte y ha vivido la vida en todas sus fases. En resumidas cuentas, creo que esta forma de vida ha de dar algún resultado. Yo me considero un perfecto hombre de mundo, de los pies a la cabeza. Usted también, Challoner. ¿Y usted, Desborough?

—Sin duda—respondió él joven.

—Pues bien, señor Godall, Aquí tiene usted a tres hombres de mundo, sin un trabajo que nos dé para vivir. Nos encontramos en el centro del orbe (llamaremos así a esta calle) y en medio de estas multitudes, muy próximos al sitio en que se oye sonar más dinero de la superficie del globo. Como hombres civilizados, ¿qué hemos de hacer? Pues bien, van ustedes a verlo. A ver, un diario.

—Tengo el mejor del mundo, *The Standard*—dijo enfáticamente el señor Godall.

—Muy bien—continuó Somerset—. Esto que tengo ahora entre mis manos es la voz del mundo, el clarín que anuncia las necesidades del hombre. Lo abro ahora y donde primero se fijan mis ojos... Pildoras Morrison... No, más arriba... Donde primero se fijan mis ojos... Aquí está lo que buscaba. Aquí hay una ligera mancha en el blasón de la sociedad. Una queja, una oferta digna de gratitud: *gratificación de doscientas libras*. Dice así: "Se pagarán a la persona que suministre algún informe sobre la identidad y domicilio de un individuo que fue visto ayer en las proximidades de Green Park. Tiene unos seis pies de estatura, anchas espaldas, va cuidadosamente afeitado, tiene bigotes negros y viste un sobretodo de piel de foca". Aquí, amigos míos, está la base de nuestra prosperidad.

—Entonces, ¿intenta usted, amigo mío, que nos convirtamos en detectives?—preguntó Challoner.

—¿Yo, proponerlo o intentarlo? No, nada de eso— repuso Somerset—. Es la razón, la Providencia, el mundo entero quienes lo imponen. En ello se ponen de manifiesto nuestros méritos, nuestros mundanos modales, el dominio de nuestra palabra, nuestros amplios y poco vulgares conocimientos, todo, en definitiva, lo que hace e integra al detective. Ésta es, en suma, la única profesión que cuadra a un caballero.

—Creo que exagera usted un poco—dijo Challoner—. Hasta ahora he considerado ese oficio como poco digno, rastroso, adecuado a gente inculta, la peor y más repugnante de las profesiones.

—¿En qué? ¿Defender a la sociedad?—preguntó Somerset—. ¿Poner en juego la vida por defender la de los demás? ¿Eliminar los peligros ocultos? Apelo al testimonio del

señor Godall. Él, en definitiva, como investigador de la vida por su lado filosófico, es probable que acepte estas teorías. Él sabe muy bien que el policía ha de desempeñar varios papeles y que, por esta razón, es, en esencia, un héroe mayor que el soldado. ¿Es posible suponer que un general, que cuenta con un ejército perfectamente disciplinado, vacile sobre la conducta de éste sobre el campo de batalla?

—Yo no entendía que habíamos de unirnos—dijo Challoner.

—Tampoco nosotros, pero he aquí los brazos, he aquí la cabeza—prosiguió Somerset—. Pues bien, ya está resuelto. Hemos de descubrir al hombre del sobretodo de piel de foca.

—Bien. Vamos a suponer que convenimos en ello—repuso Challoner—. Usted no tiene plan alguno, ni sabe absolutamente nada, ni tiene una pista que le sirva de base.

—Challoner, ¿es posible que dude usted de sí mismo?—dijo Somerset—. El azar nos ha reunido a los tres. Cuando nos separemos y cada uno de nosotros siga su camino, ese mismo azar nos llevará tranquilamente hacia mil indicios, no sólo en este caso, sino en los muchos que puedan rodearnos. En este instante empieza el papel del hombre de mundo. En esta pista que la gente ve sin entenderla, él, rápido como un gato, salta sobre él, lo hace suyo, lo sigue con habilidad y tenacidad y de una tontería sabe descubrir un mundo.

—Ciertamente—replicó Challoner—. Me place que usted se reconozca estos méritos. Pero mientras tanto, yo no entro en la partida. No he nacido para detective, sino para ser, antes que nada, una persona perfecta y un excelente bebedor. Por lo que a mí respecta, voy a echar un trago, deseando que estas intrigas y aventuras, es decir, la única aventura en que es probable que me vea envuelto, no sea con un acreedor.

—Ahí está el error—arguyo Somerset—. Él descubre el secreto de que usted no sirva para nada. El mundo está abarrotado de aventuras. Unas nos asaltan en la calle; unas manos que hacen señas desde un balcón; estafadores que aseguran habernos conocido fuera; gentes amables o de mala fe, de toda clase y condición, que no le dejan tranquilo. Usted sigue adelante, y por mil sinuosos terrenos continúa dentro de la senda más peligrosa. Ahora, en este instante, debemos abrirle los brazos a esta aventura que se nos presenta, tanto si es espantosa como romántica. Aceptémosla. A mí me place porque es misteriosa. Por lo menos, nos servirá de pasatiempo. Cada uno de nosotros vendrá aquí, a este sitio, a contar su fórmula al filósofo amigo Godall, que tan complacido nos oye. ¿Convenido? ¿Prometen ustedes dos aceptar la primera casualidad que se les depare, analizarla, averiguar su fondo y deducir si en él hay escondido algún negocio? Prométanlo así. Yo, por lo que a mí toca, les doy ingreso en la gran profesión detectivesca.

—No soy ningún aficionado, pero sea como usted dice—dijo Challoner.

—Como en prometer no hay peligro, lo prometo—dijo Desborough.

—Hombres faltos de fe... Pero, en resumidas cuentas, lo habéis prometido. Ved lo satisfecho que está el señor Godall.

—Oiré con mucho gusto las aventuras de ustedes—dijo el propietario con su acostumbrada amabilidad.

—Y ahora, separémonos—concluyó Somerset—. Me dispongo a lanzarme al camino de la casualidad. Desde este rincón se oye el rugir de Londres, parecido al de una batalla. Voy a zambullirme en el oleaje de sus cuatro millones de almas, defendido por una coraza de doscientas libras pagaderas al portador.

AVENTURAS DE CHALLONER
El Escudero de Armas

Eduardo Challoner vivía en un reducido piso, que se componía de recibimiento y dormitorio, situado en el barrio de Putney, en el que era estimado por los vecinos. En su apartado domicilio se hallaba al siguiente día, disponiéndose a salir a pie, muy en contra de sus deseos, en las primeras horas de la mañana. Challoner era un joven de mayestáticos movimientos, poco amigo del ejercicio físico, blando, sedentario y calmoso. En otro tiempo hubiese alquilado un coche, pero en la actualidad no podía permitirse tales lujos, viendo pasar con resignación a los carruajes mientras andaba.

Era verano. El tiempo estaba sereno y el cielo despejado. Mientras él paseaba ante las casas aún cerradas, por las desiertas calles, se observaban las mañaneras nieblas que prometían uno de esos claros y calurosos días de julio. Caminaba hondamente sumido en sus meditaciones, recordando su gran aptitud para el *whist*. Pero al tiempo que se internaba en el laberinto del Sudoeste, su oído fue acostumbrándose poco a poco al silencio. Una calle tras otra veían pasar su solitaria figura; una casa tras otra hacían resonar sus pasos con fantásticos ecos; una tienda tras otra ostentaban sus cerradas puertas de hierro y sus letreros, mientras él, como un buque aislado, navegaba a los albores de un día luminoso, entre un campo de diurnos durmientes.

"Si topase aquí con el cabeza de chorlito de mi amigo —pensaba—, encontraríamos, sin duda, ocasión para una aventura. En pleno día, están aquí las calles solitarias, silenciosas, como en la más negra noche de enero, y a pesar de sus cuatro millones de durmientes, están tan solitarias como los bosques de Yucatán. A mi voz se juntaría un número de hombres capaz de formar un ejército, y, a pesar de ello, ni el sepulcro es tan silencioso como esta ciudad dormida."

Continuaba sumido en tan hondas y extrañas meditaciones cuando notó que se hallaba en una calle más abigarrada de lo corriente en aquel barrio. A un lado, edificios modernos, "alegres" moradas en las que es mejor no ahondar; más allá veíanse barracas con paredes de ladrillos, moradas de pobres. Veíase asimismo una vaca blanca, el anuncio, tal vez, de una lechería o el reclamo de un negocio. Un gato jugaba con una pajuela delante de una solitaria casa rodeada de jardines. Challoner se paró a contemplar aquel ser viviente, que parecía el símbolo de la paz nocturna. Cuando cesó el ruido de sus pasos, el silencio se hizo sepulcral. Las chimeneas no despedían humo, las ventanas permanecían cerradas y todo el engranaje de la vida humana estaba inmóvil, pareciéndole incluso a Challoner oír la respiración de los que estaban entregados al sueño. Mientras permanecía inmóvil le sorprendió una detonación extraña, dentro de la casa, y a continuación un monstruoso silbido, como el de una gigantesca caldera, al mismo tiempo que por puertas y ventanas se escapaba un vapor maloliente. El gato, en ese momento, desapareció maullando.

En el interior resonaron entonces unos pasos, se abrió la puerta, que arrojó nubes de humo, y dos hombres y una muchacha elegantemente vestida salieron a la calle, huyendo en el más absoluto silencio. Entonces cesó el silbido, desvaneciéndose el humo. Challoner continuaba en el mismo sitio. Recobró la razón y con ella se le despertó un invencible terror, echando a correr con todas sus fuerzas.

Lentamente, este impulso inicial fue amortiguándose y, acortando el paso, su imaginación comenzó a resumir los hechos, intentando deducir las causas de lo ocurrido. Sin embargo, el silbido, el vapor maloliente y la extraña huida de aquellas tres personas

eran cosas que estaba muy lejos de comprender. Con idéntico terror hacía mil cábalas y, de nuevo solo, penetró en el dédalo de callejuelas, bajo la claridad de la mañana.

Hallándose completamente extraviado, tuvo la suerte, al andar al azar, de ir a parar a una pequeña calle que en el centro se ensanchaba lo suficiente para dar cabida a unos jardines. Los pájaros cantaban en los árboles, y era agradable a aquella hora la sombra de sus hojas. Absorto en sus pensamientos, caminaba Challoner con los ojos fijos en el suelo cuando de pronto vio interrumpido su paso por una pared.

Sin embargo, no era él solo quien se había perdido aquella mañana. Cuando levantó los ojos descubrió, agradablemente sorprendido, a una joven, en la que inmediatamente reconoció a uno de los misteriosos fugitivos. La joven, por lo visto, había ido allí con los ojos vendados; la pared detuvo su carrera y la joven, extenuada, cayó sobre la arena. Sus ropas se hallaban manchadas por el polvo del verano. Se observaron durante un instante y ella, mirándole con orgullo, se levantó, rogándole que se marchara de allí.

Challoner se hallaba asombrado al encontrar a la heroína de su aventura. Observó que la joven disimulaba el miedo. La piedad y la sospecha se aposentaron a la vez de su mente. Pero, a pesar de ambos sentimientos, se vio obligado a seguir a la dama. Lo hizo con toda delicadeza, temiendo aumentar su terror, mas aunque caminaba con sumo cuidado, sus pasos resonaban en la solitaria calle. El ruido de sus pasos pareció producir en la joven una viva emoción, pues se detuvo en cuanto los oyó.

La joven dio media vuelta y con paso indeciso y tímido, se acercó al joven. Éste, por su parte, continuaba su camino con parecidas muestras de vergüenza. Cuando se hallaban a dos pasos solamente uno de otro, Challoner vio que la joven levantaba los ojos hacia él y alzaba los brazos como si le llamara.

—¿Es usted inglés, señor?—le preguntó. El pobre Challoner miraba asombrado a la joven. Challoner era la misma cortesía y se habría avergonzado de mostrarse descortés con una dama. Mas, por otra parte, era un hombre muy poco a propósito para las aventuras amorosas. Miró a su alrededor. Las casas, únicos testigos de esta entrevista, permanecían mudas. Era seguro de que ni aun en pleno día era fácil que otra persona tomara cartas en el asunto. Por fin volvióse de nuevo hacia la que le suplicaba, pudiendo convencerse, contrariado, de que tanto su rostro como su figura eran encantadores. La dama, además, iba elegantemente vestida y enguantada; sí, se trataba sin ningún género de duda de una dama, una dama en cuyo rostro se dibujaba la aflicción y la inocencia. Se hallaba a punto de llorar, perdida en la gran ciudad.

—Señora—dijo—, no abrigue usted ningún temor. No crea que la sigo. Si nos encontramos es culpa de esta calle, que nos ha engañado a los dos.

En el rostro de la joven se dibujó un inequívoco gesto.

—Debía haberlo adivinado — contestó—. Muchas gracias. Pero en tal hora y entre este silencio—añadió—, entre estas inmóviles paredes, tengo mucho miedo. ¡ Oh, sí, mucho miedo!

Y al pronunciar estas palabras palideció.

—Le ruego que me ofrezca usted su brazo—prosiguió en amable tono de súplica—. No me atrevo a ir sola. ¡Estoy tan nerviosa! Temo un mal encuentro. Le ruego que me acompañe.

—Señora mía — contestó gravemente Challoner—, estoy a su disposición.

La joven se apoderó de su brazo y, por un momento, pareció que se lo oprimía. Después, con prisa febril, dirigió los pasos de su acompañante hacia la ciudad. Entre tanto

misterio, una sola cosa era palpable: el miedo de la joven, la cual miraba a su alrededor como si la persiguiese el peligro; Challoner sentía que la joven, agarrada a su brazo, tiritaba de terror.

Challoner pensaba que aquel terror era repugnante y, además, contagioso. Notaba que se le iba contagiando y esto no podía por menos de irritarle; como lamentaba la cosa con toda su alma, intentó vencerlo.

—Señora—dijo a la joven—, estoy muy orgulloso de poder ser útil a una dama. Pero confieso que yo seguía otro camino opuesto al de usted, y creo que merezco una explicación.

—¡Silencio!—exclamó ella—. ¡Aquí no, aquí no!

A Challoner se le heló la sangre en las venas. Le parecía que trataba con una loca, pero su memoria recordaba con tanta claridad la detonación, el humo y la huida de los tres personajes, que se sentía apabullado por el misterio. Continuaron con paso rápido por las silenciosas calles, huyendo, poseídos ambos por idéntico terror. A veces, sin embargo, parecía que sus ánimos se serenaban. La dama dejó de mirar aterrorizada de un lado para otro y Challoner, envalentonado al oír los pasos de un policía que se acercaba, volvió a la carga, esta vez con más bríos.

—Creo—dijo en tono de conversación—que la he visto a usted salir de una villa en compañía de dos caballeros.

—¡Oh—respondió la joven—, la cosa no es precisamente así! Yo no salía de una casa, sino que huía de ella a todo correr. Además, mis acompañantes no eran caballeros. Es mejor que le hable francamente.

—Creí percibir luego cierto olor—siguió Challoner animado por el tono de aquella réplica—, un olor como de... ¡Ah!, y un ruido como de... No sé a qué compararlo.

—¡Silencio! — volvió a exclamar la joven—. No, sabe usted los peligros a que se expone. Acompañeme usted ahora, pero no quiera saber nada. En cuanto dejemos estas calles y estemos en donde no puedan oírnos, todo se aclarará. Mientras tanto, evitemos hablar del asunto. ¡Qué sitio más triste!—añadió con voz más firme—. ¡Dios mío, las casas parecen que están faltas de vida, dormidas, qué sé yo! Parece como si el corazón de la ciudad hubiera dejado de latir.

—Señora, me parece que es usted culta—dijo Challoner.

—Soy algo más que eso—contestó suspirando la joven—, soy una muchacha obligada a discutir de un modo impropio de mis pocos años. Tengo tan mala suerte que este paseo del brazo de un extraño es para mí como un oasis de paz.

Cuando llegaron a las cercanías de la Estación Victoria, la joven se detuvo, soltándose del brazo de Challoner. Se hallaban en una esquina y la desconocida miró a su alrededor entre indecisa y contristada. Luego, mostrando un rostro amable y risueño, colocó su enguantada mano sobre el hombro de su acompañante.

—Tiemblo al pensar en lo que ha podido usted creerse de mí, pero no me es posible ser más explícita. Ahora debo dejarle, pero le ruego que me espere. No trate de seguirme ni de espiar mis actos. No forme usted juicios sobre mí. Le aseguro que soy tan inocente como su propia hermana. Y, sobre todo, no piense en abandonarme. Aunque no le conozco, no tengo a nadie más en quien confiarme. Ya ve usted lo afligida y temerosa que estoy. Usted parece un caballero cortés y generoso y cuando le pido algunos minutos de paciencia lo hago con la seguridad de que no se negará usted.

Challoner sentíase malhumorado, pero prometió lo que le pedían. La joven le dirigió una mirada de gratitud y desapareció doblando la esquina. Aquella petición le había cogido desprevenido y Challoner sentíase algo molesto. Además, daba la casualidad de que no tenía ninguna hermana y que su única parienta era una vieja tía que se hallaba en el País de Gales. Ahora que estaba solo parecía deshacerse el encanto que le había cautivado hasta entonces y pensaba que había hecho el ridículo. Ante esta idea sintióse en rebeldía y echó a andar en persecución de la joven. Si el lector ha trasnochado alguna vez sabe perfectamente que en las proximidades de las estaciones abren las tabernas a primeras horas de la madrugada.

Challoner, al doblar la esquina, vio desaparecer en una de estas tabernas a su bella compañera. Si dijéramos que se sorprendió mentiríamos seguramente, pues hacía ya tiempo que nada le sorprendía. Lo que sí hizo fue sentirse disgustado y contrariado. ¡Qué candor el suyo! Apenas hacía un segundo que la joven había desaparecido cuando ésta apareció de nuevo; esta vez iba acompañada por un joven de aire provinciano, no muy bien vestido. La joven y su acompañante cambiaron algunas frases y parecían sostener una animada conversación. Luego el joven se volvió hacia la taberna mientras la joven, con paso acelerado, echaba a andar de nuevo hacia Challoner, el cual quedó encantado de verla caminar hacia él. Los movimientos de la joven revelaban a la vez su agilidad y su juventud. El disgusto que un momento antes había sentido Challoner iba aminorándose conforme la joven avanzaba hacia él. La belleza solamente no le habría atraído de aquella forma, pero la gentileza era para él un verdadero imán. Si se hubiera encontrado ante una vulgar aventurera habría obrado sólo con estricta justicia, pero ante una mujer que, ante todo, revelaba ser una dama, se encontró desarmado. La joven se acercó a la esquina desde donde él la había estado espionando. Estaba un tanto acalorada y le dijo:

—Es usted un ingrato.

El amparador de damas no se hallaba preparado para aquel ataque tan brusco.

—Señora—repuso después de una pausa—, no creo que pueda usted tacharme de ingrato después de haberla acompañado pacientemente a través de media ciudad. Desde este momento la pido que me releve del oficio de protector. Usted tiene amigos no muy lejos de aquí que se alegrarán de poderla ser útil.

La joven permaneció callada durante un momento.

—Está bien—repuso—. Váyase y que Dios me ampare. Usted sabe que soy una joven inocente, que huyo de una horrenda catástrofe, acompañada por hombres siniestros. Y ni piedad, ni la curiosidad, ni el honor le mueven a ayudarme en mi desgracia ni a esperar una explicación. ¡Váyase!—repetía—. Estoy perdida.

Y haciendo un gesto apasionado echó a correr calle abajo.

Challoner miraba cómo se alejaba. Su convencimiento de que la joven era culpable, luchaba con su creencia de que no lo era. Lo primero que pensó cuando ella se hubo marchado era que era culpable y que la ayuda que le había querido prestar había sido pagada con el desagradecimiento. Pero más tarde pensó que los modales de la joven, el tono de su lenguaje, no eran ciertamente los de una mujer vulgar. Y, arrepentido y curioso, empezó nuevamente a seguir sus pasos. Al doblar otra esquina logró divisarla. Sus pasos eran tan vacilantes que la joven parecía un pájaro herido. Luego levantó los brazos y, a tientas, tambaleante, se apoyó en la pared. Challoner, al ver esto, no pudo contenerse más, se llegó adonde estaba la joven y la sujetó. Luego se quitó el sombrero y

la aseguró con las más corteses razones que deseaba protegerla. La joven le contestó al principio con palabras vanas, pero pronto empezó a darse cuenta de lo que la decían. Entonces se irguió y, haciendo un gesto de perdón, se volvió hacia el joven, envolviéndole en una mirada en la que se mezclaban la gratitud y el reproche.

—¡Ah, señora!—dijo—. Utilíceme para lo que se le antoje.

Y, nuevamente, le ofreció el brazo, pero esta vez con aire de deferencia. Ella, lanzando un suspiro que le llegó a Challoner al corazón, lo tomó. Y ambos empezaron de nuevo a recorrer las solitarias calles. Pero se hallaban sumamente fatigados y su paso no llevaba el ritmo de antes.

La joven se asía encantada a su brazo y Challoner se mostraba rendido y arrepentido. Pero el cansancio que experimentaba la joven no se reflejaba en su charla, que seguía animada. Challoner se sintió encantado.

—Déjeme usted que olvide todo durante media hora—decía la joven—, déjeme usted que olvide.

Hablaba con bastante seguridad y parecía haber olvidado sus penas y sus sinsabores. Parábase delante de cada casa e inventaba un nombre para su propietario, e incluso dibujaba su carácter. Aquí vivía un viejo general que iba a casarse el día cinco del mes siguiente; más allá estaba la casa de una rica viuda que, según todas las probabilidades, estaba enamorada de Challoner... Y, mientras tanto, cogida del brazo de Challoner, reía complacida. A veces, a guisa de comentario, le decía:

—¡ Ah! En una vida como la mía, no debo desperdiciar estos momentos de felicidad.

Cuando llegaron a Grosvenor Square se encontraron con que ya estaban abiertas las verjas del parque, así que los trasnochadores sin hogar pudieron libremente penetrar en aquellos jardines paradisíacos. Challoner y su amiga siguieron la dirección de la gente y pasaron silenciosos por entre la multitud de desarrapados. Pero mientras los golfos, uno tras otro, fatigados de trotar toda la noche por la ciudad, se iban tumbando por los bancos o se perdían por distintas sendas del parque, nuestra pareja seguía su camino en la agradable quietud de la mañana. Por fin divisaron un banco, situado en un terraplén de césped. La joven estaba muy fatigada y tomó asiento en el banco.

—Aquí estamos lejos de todo oído indiscreto. Va usted a saber y a juzgar mi vida. No podría sufrir que nos separaran o bien que usted suponga que ha empleado su bondad en un ser indigno.

Invitó a Challoner a que se sentara a su lado y, gustosa al parecer, empezó a referirle su historia en los términos siguientes.

HISTORIA DEL ÁNGEL EXTERMINADOR

Mi padre, hijo segundo de una rancia y noble familia que no poseía títulos, era oriundo de Inglaterra. Debido a un azar, o bien una desgracia, se vio obligado a ocultar su verdadero nombre. Se encaminó a los Estados Unidos y en lugar de permanecer en ciudades tranquilas internóse en el Oeste en compañía de unos exploradores. No se trataba de un emigrado ordinario, pues, además de su carácter impetuoso y tenaz, poseía profundos conocimientos en varias ciencias, sobre todo en botánica, de la que era un ferviente apasionado. Todo ello hizo que Fremont, el jefe de la partida, solicitase, al cabo de algún tiempo, sus opiniones, e incluso algunas veces siguiese sus consejos.

Como ya he dicho, se internaron en las desconocidas regiones del Oeste, siguiendo, en sus comienzos, las huellas de las caravanas de los mormones, guiándose, en aquel enorme y triste desierto, por los esqueletos de hombres y de animales que hallaban a su paso. Más tarde torcieron un poco su camino hacia el Norte y, perdiendo de vista los tristes despojos, acabaron por internarse en una árida tierra. En muchas ocasiones he oído a mi padre referir los incidentes que les sucedieron durante aquella excursión; hallaron rocas, peñascos, pantanos; las fuentes eran tan escasas que no se veía un pájaro ni por casualidad. A los cuarenta días les escaseaban los víveres y se juzgó conveniente hacer un alto en el camino para tener tiempo de cazar y explorar el terreno en todas direcciones. Se encendió una gran hoguera con objeto de que su humo les sirviera de orientación caso de que alguna se apartara demasiado, y casi todos los hombres montaron a caballo y se dispusieron a lanzarse a la aventura en el desierto terreno que les rodeaba. Mi padre anduvo durante varias horas por un camino en uno de cuyos lados se alzaban rocas oscuras y horribles mientras que por el otro veíase una especie de prado lleno de grandes piedras de distintos tamaños, lo cual le daba aspecto de algo así como una ciudad destruida. Mi padre andaba para dar con las huellas de un gran animal. Por las señas de las garras y por los pelos del animal que acertó a encontrar llegó a la conclusión de que se trataba de un oso de enorme tamaño. Apresuró el paso y, tras de su presa, llegó hasta un lugar donde el camino se bifurcaba... A la derecha se extendía un camino dificultoso en extremo, lleno de piedras, con algún pino de cuando en cuando, lo cual hacía pensar en que el agua no debía estar muy lejos. Picó espuelas a su caballo y, rifle en mano, se internó completamente solo por aquel camino desconocido.

En medio de un gran silencio oyóse de pronto el ruido de una corriente de agua. El viajero siguió caminando, siendo sorprendido por una gran escena: la corriente se precipitaba en un estrecho y sinuoso lugar, de orillas rocosas, inaccesibles al hombre durante unas millas. Cuando la corriente fuera aumentada por la lluvia el agua se extendería de orilla a orilla. Los rayos solares no llegaban hasta allí más que durante las horas del mediodía; el viento, en cambio, soplaba continuamente con furia en aquel estrecho embudo. Pero, a pesar de todo ello, mi padre pudo ver en el fondo de este antro a unas cincuenta personas, entre hombres, mujeres y niños, que se hallaban diseminados entre las incómodas rocas. Todos estaban tumbados y ninguno se movía. Sus rostros eran pálidos y demacrados y, de cuando en cuando, a pesar del ruido de la corriente, se escuchaba un débil quejido.

Mi padre, que seguía contemplando este espectáculo, vio de pronto que un vacilante viejo se aproximaba a una muchacha, a la que incorporó ligeramente, apoyándola contra

la roca. Luego la cubrió con su propio manto. La muchacha parecía no darse cuenta de nada. El viejo, tras de mirarla con compasión, volvió a su primitivo lecho, tumbándose sin abrigo en el suelo. Pero, en aquel campo de hambrientos, la escena no había pasado inadvertida. Otro hombre, de barba blanca y de venerable aspecto, se dirigió a su vez hacia la muchacha. Júzguese la indignación de mi padre cuando vio que aquel miserable despojaba a la joven de la manta que habíanle cedido tan generosamente. El viejo volvió a su punto de partida, ocultó sus despojos y se fingió dormido. Al cabo de algún tiempo se movió de nuevo, apoyándose sobre los codos y mirando recelosamente a sus compañeros. Luego se llevó la mano sobre el pecho y luego a la boca. La quijada se le movía; así, pues, debía estar comiendo. En aquel campo de hambre él se había reservado algunas provisiones y mientras los demás se abandonaban al estupor de una muerte evidentemente próxima, él recuperaba en secreto sus fuerzas.

Mi padre se airó al ver esto y echó mano al fusil. De no haber sucedido algo inesperado —él mismo me lo ha confesado en muchas ocasiones— hubiera dejado en el sitio a aquel miserable. En ese caso ¡qué diferente hubiera sido mi historia! Pero todo estaba escrito. Cuando mi padre preparaba su escopeta acertó a distinguir a un oso, que se hallaba a su espalda. Mi padre, cediendo a su instinto de cazador, descargó sobre el bruto y no sobre el hombre. El oso dio un salto y cayó sobre un remanso del río. El ruido del disparo resonó fuertemente y, en un momento, el campamento estuvo en pie. Dando gritos que no parecían humanos, cayendo unos sobre otros, aquellos seres hambrientos se precipitaron sobre la presa. Y antes de que mi padre tuviera tiempo de llegar a orillas del río, eran ya muchos los que habían alcanzado una parte del animal, parte que iban a asar en una hoguera que, para hacer su bocado más exquisito, habían encendido.

La presencia del intruso pasó inadvertida. Mi padre permaneció en medio de los danzantes fantoches, los cuales gritaban y ponían toda su atención en el oso muerto. Mi padre, en medio de tal algazara, fue presa del deseo de llorar. Alguien le tocó en el hombro; volvióse y se encontró con el anciano a quien había estado a punto de matar. Pero ahora, al verle de cerca, dióse cuenta de que no se trataba de un anciano, sino de un hombre en la plenitud de sus fuerzas, en cuyo inteligente rostro se marcaban las huellas del hambre y del cansancio. El desconocido condujo a mi padre hasta cerca de la roca y, una vez allí, le pidió aguardiente en voz baja. Mi padre le miró con desdén.

—Usted me recuerda un deber, ¿no es verdad?— le contestó—. Aquí tiene mi botella. Creo que hay en ella suficiente aguardiente para reanimar a las mujeres de su tribu, empezando por la que ha sido víctima de su rapiña.

Y sin querer oír más a aquel egoísta, mi padre le volvió la espalda.

La muchacha seguía reclinada sobre la roca. Parecía que estuviera agonizando, ya que no se daba cuenta del bullicio que la rodeaba. Pero cuando mi padre levantóle la cabeza, tratando de que tomara algunos sorbetes, la joven abrió sus lánguidos ojos, mirándole con timidez. Nunca había visto otros ojos más dulces, jamás otros ojos azules le habían mostrado con tanta elocuencia un alma transparente. Hablo con conocimiento de causa, ya que aquellos ojos fueron los que me sonrieron en la cuna. Tras haber atendido a la joven, mi padre, siempre espiado por el hombre de la barba canosa, prestó sus cuidados a todas las demás mujeres de la tribu, así como a los hombres que más lo necesitaban.

—¿Y no queda ni una gota para mí?—preguntaba el hombre de la barba canosa.

—Ni una sola. Usted no tiene necesidad—respondió mi padre—. Permítame que le aconseje que rebusque usted por el bolsillo de su chaqueta.

—Me juzga usted mal — replicó el otro—. Usted cree que yo vivo interesadamente de los demás. Déjeme que le diga que si esta caravana peciera la cosa sería un beneficio para el mundo. Estos son como insectos humanos que pululan, como si fueran moscas, entre las ínfimas capas sociales de las ciudades europeas, insectos a los que yo mismo he sacado de su desgracia y miseria. ¡Cómo va usted a comparar sus vidas con la mía!

—Por lo visto, es usted un misionero mormón, ¿no es así?

—¡Ah!—repuso el otro con extraña sonrisa—. Si usted lo quiere... El nombre es lo de menos. Pero si solamente fuera un misionero mormón habría perecido sin exhalar una queja. Pero soy médico y en mi cerebro se encierran grandes conocimientos acerca de los secretos y del porvenir de la humanidad. Cuando, queriendo acortar, perdimos el resto de la caravana y nos quedamos presos en esta hondonada, sentí tal sufrimiento que, en solamente cinco días, mi barba, que era negra, se ha vuelto de plata.

—Y usted, médico, obligado por juramento a socorrer al género humano en sus infortunios...—empezó a decir mi padre.

—Señor — replicó el mormón—, mi nombre es Grierson. Alguna vez oirá usted este nombre y entonces comprenderá que mis deberes no se circunscriben a esta caravana de pobres, sino que se extienden por todo el género humano.

Mi padre se volvió a los demás que formaban la caravana, los cuales escuchaban muy atentos y les expresó que, en breve, les traería más socorro, agregando :

—Si tan necesitados os halláis, mirad en torno vuestro y veréis que la tierra se halla llena de productos. Aquí mismo, entre las grietas de estas rocas hay una especie de musgo amarillento. Podéis comerlo: es nutritivo y muy sabroso.

—¡Ah!—exclamó el doctor Grierson—. ¿Es usted doctor en botánica?

—Y no soy yo sólo el que conoce la botánica, pues veo que alguien ha cortado ya esas hierbas—y, bajando la voz, mi padre añadió—: ¿Ese era todo el secreto de usted?

Cuando mi padre volvió al lugar donde sus compañeros mantenían encendida la hoguera, se encontró con que poseían abundante caza, lo cual les permitiría socorrer largamente a los individuos de la caravana mormónica. Al día siguiente, ambos grupos se encaminaron hacia la frontera de Utah. La distancia que se había de recorrer no era muy grande, pero lo escarpado del país y la dificultad de procurarse alimento les hizo emplear cerca de tres semanas en el camino. De esta manera, mi padre tuvo ocasión de trabar amistad con la muchacha a quien había socorrido, a la que tomó mucho aprecio. Llamaré a mi madre Lucía, pues no me es posible revelar su verdadero nombre. ¿Por qué serie de calamidades se había visto obligada aquella inocente flor, educada con refinamiento y de gustos exquisitos, a sufrir los horrores de una caravana mormónica? No me es posible decirlo. Baste saber que, en sus desgraciadas circunstancias, tuvo la dicha de hallar un corazón digno del suyo. El ardoroso afecto que unió a mis padres fue debido, tal vez, a la forma extraña de conocerse. Mi padre, empujado por el amor, resolvió renunciar a todos los proyectos acariciados hasta entonces y abrazó la fe mormónica, uniéndose a la caravana. Cuando ésta llegó al Lago Sagrado, le fue prometida la mano de mi madre.

El matrimonio se consumó y yo fui su único fruto. Mi padre fue muy afortunado en sus negocios y, aunque usted se asombre, le diré que el hogar en que vi la luz era, sin duda, uno de los más felices de la tierra. Pero mi padre fue arrebatado muy pronto por la muerte, esa gran tirana, que por lo visto veía con malos ojos la felicidad de que

disfrutaba. Pero no quiero hablar de esto. El caso es que yo viví en la ley mormónica llena de inocencia y de fe. Cierto que algunos de nuestros vecinos poseían varias esposas, pero esto, ¿cómo podía extrañarme?

A veces fallecía alguno de nuestros conocidos y la familia había de resignarse a que las mujeres y las cosas del muerto se repartieran entre los dignatarios de la iglesia. En cuanto al fallecido, no se evocaba su recuerdo más que con ligeros suspiros y movimientos de cabeza.

Yo permanecía tranquila y nadie se acordaba que yo estuviera presente, por lo que pude observar con detenimiento todo lo que hacían con los cadáveres. Le miraban con ojos espantados. Yo me daba cuenta con claridad de que uno que pocas semanas antes me había tenido sobre sus rodillas había volado de su casa, apartándose del lado de sus familiares cual la imagen se aparta de un espejo, o sea, sin dejar huellas tras sí. Aquello era algo terrible, aquello era la muerte, es decir, una ley universal. Y aun cuando luego continuaban la conversación en voz alta y oía nombrar al Ángel Exterminador, ¿cómo podía una muchacha comprender el misterio? Yo oía nombrar el Ángel Exterminador como si se tratase de un obispo o de un cura, pero no sentía el menor interés por averiguar quién era. Yo pensaba sólo en las caricias y las ternuras que me prodigaban mis padres y por lo tanto, ¿qué podían importarme los misterios que me rodeaban y cómo iba yo a penetrar en sus profundidades?

Al principio vivíamos en la ciudad, pero al poco tiempo nos trasladamos a otra casa, una casa muy bonita, con un jardín y una cascada cristalina. En derredor, a veinte millas, se alzaba una cordillera de rocas oscuras. La ciudad distaba otras tantas, aproximadamente, y sólo existía un camino que pasaba no lejos de la casa de mi padre. Los demás senderos resultaban intransitables en invierno. Por lo tanto, vivíamos en una soledad no conocida por el europeo.

Nuestro único vecino era el doctor Grierson, el cual, a pesar de su grasienta cabellera y de lo poco simpáticas que eran las rechonchas mujeres de su harem, parecía agradable a mis pocos años, con su fina y rizada barba y sus penetrantes ojos. Sin embargo, no podía yo dejar de sentir cierto temor al encontrarme en su presencia; sus ocupaciones se hallaban envueltas en cierto misterio.

La casa del doctor se hallaba a una milla aproximadamente de la nuestra, pero la situación de la misma era muy diferente de la nuestra. Se hallaba emplazada en lo alto de una colina a cuyos pies se abría un profundo precipicio, oculta entre rústicos peñascos. Parecía como si la Naturaleza hubiera tratado de imitar a las construcciones de la mano del hombre» ya que aquello semejaba un verdadero fuerte emplazado allí para defender a una ciudad entera. La desolada escena de aquel paraje no cambiaba ni en primavera. Las ventanas que miraban al norte daban a una hilera de montañas nevadas. Recuerdo haber pasado en dos o tres ocasiones ante aquella misteriosa vivienda, la cual permanecía siempre cerrada a piedra y lodo. Sus chimeneas no echaban nunca humo. Cierta día dije a mi padre que la casa en cuestión podía ser asaltada por los ladrones.

—¡ Oh, no!—contestó mi padre—. Nunca la asaltarán.

Y en el tono de su respuesta había una firme convicción.

Un día, poco antes de que la desgracia se cebase en mi familia, pude darme cuenta de que en la casa del doctor se había producido un cambio. Mi padre estaba enfermo y mi madre no se apartaba de la cabecera de su lecho. Yo, acompañada de nuestro mayoral, tenía que dirigirme a cierta casa, situada a veinte millas de distancia, adonde llevaban

las provisiones y los útiles que necesitábamos. Pero, durante el camino, nuestro caballo perdió una herradura y la noche nos sorprendió a mitad de la jornada. Eran las tres de la madrugada cuando el cochero y yo, que iba sola en el interior del coche, emprendimos la marcha en dirección de la casa del doctor, único edificio de los contornos. La noche estaba clara y las rocas y las montañas se alzaban imponentes a la luz de la luna. Cuando nos aproximamos a la casa, observé asombrada que todas sus ventanas se hallaban iluminadas. Sus chimeneas, de ordinario inactivas, echaban humo en abundancia. Seguimos avanzando y, de pronto, oímos a nuestra espalda una especie de resoplido. Al principio parecía algo así como el latido de un gran corazón. Luego me pareció el sollozo de algún gigante que se ahogaba entre las montañas y trataba de tomar aliento. Más tarde me pareció oír una locomotora, aunque, naturalmente, no la veía. Me volví para preguntar al cochero qué opinaba de todo aquello.

Pero al darme cuenta de su palidez y de su extraña mirada, medrosa evidentemente, no despegué los labios. Continuamos avanzando en silencio hacia la casa iluminada y, de repente, sin previo aviso, oyóse una detonación tan fuerte que pensé que la tierra se desgajaba. El eco de la detonación repercutía de montaña en montaña. Un montón de llamas, que se desparramaron en infinitas chispas, salió de las chimeneas de la casa al mismo tiempo que la iluminación de las ventanas subía de color, llegando hasta el rojo intenso. Luego todo quedó en la oscuridad. El cochero detuvo instintivamente al caballo. Todavía retumbaba lejano el trueno cuando la puerta de la casa se abrió, dando paso a una figura vestida de blanco que no se podía precisar si era hombre o mujer. La figura corría a la luz de la luna hacia el borde del precipicio, sin dejar de dar saltos. Súbitamente se desplomó en el suelo. Yo lancé un grito. El cochero dejó caer el látigo sobre el lomo del caballo y partimos de allí a todo correr hasta llegar, con peligro de nuestras vidas, a casa de mi padre. Los verdes jardines que rodeaban la casita dormían en paz.

Ésta es la única aventura de mi vida hasta que llegué a la edad de diez y siete años, fecha en que mi padre llegó al colmo de su prosperidad. Yo era todavía tan inocente y alegre como una chiquilla. Cuidaba mis flores y corría por el jardín. Carecía del menor asomo de coquetería y de la más pequeña preocupación material. Si me miraba al espejo era solamente para encontrar en mi rostro las facciones de mis padres. Pero los sinsabores no tardaron en presentarse en mi vida. Una cálida tarde de verano me hallaba reclinada en un sofá. La ventana estaba abierta y daba sobre la galería en que mi madre bordaba. Mi padre se presentó, sentándose al lado de mi madre y entablando ambos una conversación que llegó perceptiblemente a mis oídos.

—Ya nos ha llegado el golpe—decía mi padre.

Mi madre se estremeció y cambió de color, pero no respondió la menor palabra.

—Sí — continuó mi padre—. Hoy he recibido la nota de cuanto poseo, de todo, de lo que he prestado en secreto a hombres cuyos labios parecían sellados por el terror, de lo que enterré por mis propias manos en la cima de la montaña, donde ni siquiera había pájaros. ¿Es que el viento propaga los secretos? ¿Es que las colinas son de hielo y transparentan lo que se hace tras ellas? ¿Es que las rocas que pisamos guardan nuestras huellas para delatarnos? ¡Oh, Lucía! ¿Para qué habremos venido a este país?

—Pero este caso no es amenazador—respondió mi madre—. Se te acusa solamente de una ocultación. Te marcarán un impuesto más elevado y, todo lo más, te multarán. Claro

que es desagradable que se espíen nuestros actos y que se sepan nuestros asuntos particulares. Pero esto no es nada nuevo para nosotros. ¿No hemos vivido siempre temerosos y sospechando de todo?

—¡Ah, sombras siniestras que nos persiguen!—exclamó mi padre—. Pero todo esto no representa nada. Aquí tienes la carta que acompañaba a la nota.

Oí que mi madre volvía las páginas en silencio. Al fin se puso a leer en alta voz:

"La iglesia espera una prueba de bondad de un creyente a quien la Providencia ha favorecido tan pródigamente con los bienes de este mundo".

Mi madre, una vez terminada la lectura, dijo:

—¿Estas son las palabras que te amedrentan? ¿Es de aquí de donde nace tu ansiedad?

—Lucía—respondió mi padre—. ¿Te acuerdas de Pirestley? Dos días antes de desaparecer, llevóme a un lugar aislado desde el que se dominaban grandes extensiones de tierra. Aquel lugar era a propósito para estar seguro de quedar libre de espías. Pirestley, lleno de terror, me refirió su historia. Había recibido una carta parecida a esta que yo he recibido ahora y me consultaba sobre el particular. Pensaba ofrecer el tercio de su fortuna, pero yo le aconsejé que, si tenía aprecio a la vida, ofreciera más. Estuvo de acuerdo en doblar la suma. Dos días después, salió de su casa una noche y nunca más volvió a ella. ¡Dios mío!... ¿Cómo diantre pueden desaparecer los cuerpos sólidos? ¿Qué muerte es esta muerte que no deja rastro? ¿Cómo pueden hacer desaparecer esqueletos que resisten en la sepultura durante siglos? Pensar en ello resulta más horroroso que la misma muerte.

—¿No podría ayudarte Grierson? — preguntó mi madre.

—Ni pensarlo—respondió mi padre—. Ahora sabe tanto como yo y no hará nada para salvarme. Además, su poder es muy reducido y acaso corre un peligro mayor que el mío. Vive aislado, tiene abandonadas a sus mujeres, a las que no vigila, y se le acusa de incrédulo. Y aun cuando ofreciera una crecida fianza... Pero no, no creo que lo hiciera.

—¿No crees? ¿En qué?—preguntó mi madre.

Luego, cambiando de tono, añadió:

—¿Para qué preocuparnos? Aún queda una esperanza: huyamos.—No, no—contestó mi padre—. No quiero envolverte en mi suerte. No hay esperanza de que pudiéramos abandonar estas tierras; nos hallamos encerrados en ellas, somos como enterrados en vida, y no hay otra salida que la muerte.

—Moriremos juntos. Quiero que nos dejen morir juntos. No pienso sobrevivirte.

Mi padre no pudo resistir la ternura de su mujer y aunque no abrigaba la menor esperanza, accedió a abandonar toda su hacienda, excepto un centenar de dólares que llevaba encima, y huir aquella misma noche, que prometía ser oscura y lóbrega. En cuanto se durmieran los criados tomaríamos dos mulas para que llevaran las provisiones y otras dos para que nos llevaran a mi madre y a mí, y nos lanzaríamos, por sendas no frecuentadas, a través de los montes en busca de la libertad. Cuando hubieron decidido todo esto, yo me asomé a la ventana y confesándoles que lo había oído, les aseguré que podían fiar en mi prudencia y en mi cariño. Tenía mucho miedo, pero ansiaba mostrarme digna de mi raza. Mi vida era de mis padres. Mi padre se abrazó a mi cuello llorando y bendiciendo al cielo por el valor que éste había concedido a su hija. Aquel era un sentimiento de orgullo y se me contagió, de suerte que, como el guerrero al oír el son de las trompetas, así miraba yo los peligros que nuestra huida pudieran entrañar.

Antes de llegar a la medianoche, bajo un cielo oscuro y sin estrellas, dejábamos tras de nosotros las plantaciones del valle, ascendiendo, a través de un estrecho desfiladero, hacia la cumbre. El camino era penoso, escarpado. El eco de un tumultuoso torrente resonaba como un trueno. El camino que seguíamos se hallaba bordeado de un profundo precipicio. Torcimos a la derecha y, de pronto, quedamos profundamente desalentados. Nos hallamos frente a una imponente roca ante la que ardía una gran hoguera. En la roca, labrado de una manera rudimentaria, se hallaba el Gran Ojo, emblema de la fe mormónica. Sin decir palabra, nos miramos aterrorizados. Hicimos recular a las mulas. No podíamos ir adelante, ya que el único paso se hallaba vigilado por el Gran Ojo. Antes de romper el día nos hallábamos de nuevo en casa. Teníamos que demorar nuestro propósito.

Ignoro la respuesta que daría mi padre. Mas dos días después, antes de la puesta del sol, vi que por el llano, en medio de una gran polvareda, aparecía un hombre. Llevaba un sencillo traje, un gran sombrero de paja y barba patriarcal; ofrecía el aspecto de un rústico labrador. Se trataba, indudablemente, de un mormón piadoso y honrado. Se hizo anunciar como un tal Aspinwall y se introdujo en la habitación donde mi familia permanecía reunida. A mi madre y a mí nos indicó, sin miramiento alguno, que saliéramos. Al quedarse a solas con mi padre puso ante los ojos de éste un documento del presidente en el que se le conminaba a que eligiese marchar como misionero adonde se encontraban las tribus cercanas al Mar Blanco, o bien unirse a una partida de Ángeles Exterminadores que había de matar a sesenta inmigrantes alemanes. Lo último repugnaba, desde luego, a mi padre, pero lo primero le parecía un pretexto. Si consentía en dejar abandonada a su esposa era seguro que no volvería nunca más. Mi padre rechazó, pues, las dos propuestas. Aspinwall, con sincera emoción, emoción religiosa en parte al ver la desobediencia al mandato divino, pero también nacida de la compasión que sentía hacia mi padre y hacia mi familia, suplicó al reo que meditara su decisión. Al fin, viendo que no podía convencerle, le otorgó una tregua, que duraría hasta la salida de la luna. Luego se despidió de todos nosotros, pero no lo hizo de mi padre.

—Porque usted—dijo a éste—acabará montando a caballo y marchándose a mi lado.

No hablaré de las horas que transcurrieron a continuación. Corrían veloces y no tardó la luna en asomar por encima de la cordillera. Efectivamente, mi padre y Aspinwall partieron juntos y nosotras les vimos alejarse, alejarse, sorteando pendiente tras pendiente.

Mi madre, aunque aparentaba serenidad, se apresuró a encerrarse en su habitación, solitaria desde entonces. Y yo quedé casi sola en aquella tétrica mansión, consumida por la pena y el miedo. No tardé en resolverme a coger mi caballo y, montada en él, ascendí a la cumbre de una cercana montaña, desde donde quise dar el último adiós a mi padre, que iba ya perdiéndose de vista. Los dos hombres caminaban con tranquilidad. Yo abarcaba con mis ojos todo el panorama. Resultaba desolador no ver moverse a ningún ser viviente en aquel paisaje. La luna, como ya he dicho antes, iluminaba todo y, no obstante, bajo la bóveda del cielo no había la más pequeña huella del hombre. Desde la cumbre en que yo me encontraba no me era dable contemplar la casa del doctor, pues me la tapaba una cadena de montañas, mas por detrás de éstas se alzaba una tenue columna de humo. ¿Qué combustible producía aquel vapor tan tenue? Las partículas se desparramaban por la atmósfera y yo deducía que aquel humo procedía de la casa del

doctor. Vi desaparecer a mi padre y, sin saber por qué, relacioné en mi pensamiento la pérdida de mi querido padre con aquella columna de humo.

Pasaron algunos días. Mi madre seguía esperando noticias de su esposo. Transcurrió una semana, luego otra. No venían noticias. Como humo que se disipa en el espacio, como una imagen que se borra en un espejo, así desapareció todo rastro de aquel hombre bueno y valiente. La esperanza iba debilitándose mientras pasaban las horas. Mi padre estaba perdido y triste sería el porvenir de su indefensa familia. Pero la viuda y la huérfana esperábamos con calma los acontecimientos. Al terminar la tercera semana, nos levantamos un día muy temprano, encontrándonos solas en la casa. Todos los criados, de común acuerdo, se habían marchado. Nosotras sabíamos que nos apreciaban, por lo que dedujimos de alguna secreta intimidación que les obligó a despejar el campo. Pasaron más días. Cierta tarde, sorprendidas por el ruido que producía el galope de un caballo, nos asomamos al balcón.

El doctor en persona, montado en una yegua, se nos metió en el jardín, echó pie a tierra y nos saludó. Estaba más encorvado y más canoso que antes, pero su porte era correcto y afable.

—Señora—empezó a decir—, vengo con una penosa misión. En ella verá usted la bondad de nuestro presidente, que me envía como embajador, ya que soy el único vecino y el amigo más antiguo del marido de usted.

—Caballero — respondió mi madre—, sólo estoy preocupada por una cosa y usted se lo figura probablemente. Dígame cómo está mi marido.—Señora—contestó el doctor tomando asiento—, si fuera usted una joven ignorante mi posición sería sumamente embarazosa, pero como usted es una mujer de gran inteligencia y entereza... Yo ya las he concedido a ustedes tres semanas para que acepten lo inevitable y tomen el partido que tengan que tomar. Creo que no es necesario decir más.

Mi madre, muy pálida, temblaba como una hoja. Yo la di la mano y ella la guardó entre las suyas, estrujándomela hasta hacerme daño. Al cabo dijo:

—Si ello es así, no nos queda más que morir.

—¡Vamos!—dijo el doctor—. Se ha de calmar usted. No piense más en su marido y medite sobre su porvenir y el de su hija.

—Me dice usted que olvide; entonces es que afirma usted.

—Claro que afirmo. Estoy enterado de lo que ha sucedido.

—¡Usted!—exclamó mi madre fuera de sí—. Entonces es que usted mismo le ha ejecutado. A través de su careta le veo a usted tal cual es y me causa repugnancia. Es usted la pesadilla que persigue en sueños al desgraciado fugitivo. ¡Es usted el Ángel Exterminador!

—Bien, señora, ¿y qué? Mi suerte y la de ustedes es completamente igual. ¿No estamos todos presos en esta prisión de Utah? ¿No trataron ustedes de huir y tropezaron con el Gran Ojo? ¿Quién puede escapar a la vigilancia del Gran Ojo? A mí, por lo menos, no me es posible. Aunque yo me hubiera negado a ejecutar a su marido, ¿se habría salvado éste? Sabe usted muy bien que no. Y yo, a mi vez, habría perecido. Y en este caso ni hubiera podido aliviar sus últimos momentos ni estaría hoy aquí para pedir la mano de su hija.

—¡Ah! — exclamé yo—, ¿pretende usted comprar mi vida?

—Señorita—me dijo el doctor—, no sólo lo pretendo, sino que lo llevo a cabo. ¡Ah, y déme usted las gracias por ello! Asenath, tiene usted un alma animosa que me

complazco en reconocer. Pero vayamos al grano. Los bienes de míster Fonblanque pasan a la iglesia, pero una parte queda reservada para el que se case con su hija. Esta persona voy a ser yo.

Ante aquella monstruosa proposición, mi madre y yo, dando un grito, nos abrazamos.

—Ya me lo figuraba yo—exclamó el doctor—. No están ustedes conformes ante este arreglo. Bien, las convenceré. Ya saben ustedes que yo he seguido con mis mujeres las prácticas mormonas. He estado absorbido en arduos estudios y mis mujeres no han cesado de reñir entre sí. Ni de mí ni de mi bolsillo han obtenido la menor cosa ya que esa no era la unión que yo deseaba aunque por capricho la haya seguido. Pero usted, amiga mía, no tema mis impertinencias. Al contrario, estoy contento al ver que es usted un espíritu romano. Si me veo obligado a rogarla que me siga no es siguiendo mi capricho, sino obedeciendo órdenes recibidas. Creo que ahora estará usted conforme.

A continuación nos indicó que nos vistiéramos para ponernos en marcha. Luego tomó una luz y se dirigió al establo para preparar los caballos.

—¿Qué es esto? ¿Qué va a ser de nosotras?—me lamentaba yo.

—Nada, nada—repuso mi madre, haciendo un esfuerzo para serenarse—, hemos de creerle. Me parece ver en sus palabras ciertos visos de verdad. Asenath, hija mía, si te dejas, si muero, no te olvides nunca de tus desgraciados padres.

Yo la rogué que me explicara sus palabras. Mi madre se libró de mis brazos y me dijo que el doctor parecía un buen amigo.

—¡Cómo!—exclamé yo—. ¡ El hombre que mató a mi padre!

—Vamos, seamos justas — dijo mi madre—; creo que su amistad es sincera. Sólo él te puede defender en esta tierra de muerte, Asenath.

En estas volvió el doctor con dos caballos. Una vez montadas en ellos, el doctor me rogó que yo echara delante, pues él tenía que hablar con mi madre. Yo le obedecí y ellos me seguían a unos pasos. Iban conversando animadamente, aunque en voz baja. Aparecía la luna. Ambos me miraron entonces atentamente. Mi madre apoyaba su brazo en el del doctor y éste, contra su costumbre, hacía vigorosos ademanes de afirmación o de protesta.

Al pie de la montaña donde empezaba la senda que conducía a la morada del doctor, éste me indicó que debíamos dar un paseo a pie.

—Aquí nos aparemos y como su madre prefiere ir sola, nosotros iremos juntos. ¿Está conforme?

—Pero ella vendrá detrás, ¿no es así?

—Le doy a usted mi palabra—me dijo.

Luego me ayudó a bajar.

—Dejaremos los caballos aquí—añadió—. En estas montañas no hay ladrones y no hay peligro de que los roben.

Lentamente empezamos a subir la cuesta. Pronto divisamos perfectamente la casa del doctor. Las ventanas se hallaban más iluminadas que nunca. La chimenea lanzaba un denso humo. Pero en los alrededores reinaba el más absoluto silencio y en mil leguas a la redonda no se veía alma humana, a excepción de mi madre, que nos seguía a cierta distancia. El doctor iba a mi lado y se mostraba grave. Yo, tras de observar la chimenea de su casa, que parecía la de una fábrica, le miré.

—¿Qué diablos hace usted en esta soledad?—no pude por menos de preguntarle.

Me miró sonriendo y me contestó evasivamente.

—No es la primera vez que ha visto mis hornos encendidos. Cierta madrugada pasó usted ante mi casa. Yo la vi pasar. Un experimento me había salido mal y yo asusté terriblemente a su cochero y a usted.

—¿Cómo? ¿Era usted? — pregunté recordando aquella ridícula figura.

—Sí, era yo. Pero no se figure usted que estaba loco. Era que me había quemado horrorosamente.

Estábamos ya muy cerca de la casa. Ésta, al contrario de las del país, se hallaba construida en sólida piedra, tanto sus cimientos como todo lo demás. Entre las grietas de las paredes no asomaba ni una sola mata de hierba. Sus ventanas no se hallaban adornadas de una sola flor. Sobre la puerta, a guisa de adorno, veíase, toscamente esculpido, el Ojo Mormón al que yo estaba acostumbrada a ver desde la niñez, pero que desde que lo encontré en la montaña cerrándome el paso tenía para mí cierto significado que me producía temor. El humo, rojizo, salía por la boca de la chimenea, desvaneciéndose a la luz de la luna.

El doctor abrió la puerta de su casa y se detuvo en el umbral.—Me pregunta usted qué es lo que hago aquí—dijo—. Pues bien, la contestaré: Hago dos cosas, *vida y muerte*.

Y me invitó a que pasara.

—Esperaremos a mi madre—contesté yo.

—Ea, míreme—añadió el doctor—. ¿No le parezco a usted viejo y decrepito? ¿Quién de los dos es el más fuerte, el hombre canoso o bien la mujer en pleno vigor?

Me incliné y penetré en una especie de vestíbulo u hogar, alumbrado por la luz de una lámpara de mano. La habitación se hallaba amueblada por un aparador, una mesa y algunas banquetas de madera. El doctor me invitó a que tomara asiento en una de ellas. Luego, atravesando una puerta que comunicaba con el interior, me dejó sola. Oíase chocar de aceros y un monorrítmico ruido idéntico al que me sorprendió cierta madrugada. Pero ahora sonaba tan cercano que parecía que el edificio iba a venirse abajo. Yo procuré dominar mi alarma. El doctor volvió precisamente al mismo tiempo que mi madre aparecía en el umbral. Mas ¿cómo describir la tranquilidad y el encanto que irradiaba el rostro de mi madre? Parecía como si en aquel corto espacio de tiempo la hubieran quitado años de encima; estaba más joven y más bella. El brillo de su mirada y su encantadora sonrisa me llegaron al corazón. No parecía una mujer, sino un ángel. Corrí hacia mi madre, mas ella se hizo atrás, colocó un dedo en los labios y me señaló al doctor como a un amigo y protector. La escena me pareció extraña en extremo.

—Lucía—dijo el doctor—, todo está ya preparado. ¿Quiere usted ir sola o acompañada de su hija?

—Desearía que Asenath estuviera presente—respondió mi madre—. Ahora me hallo purificada del cielo y de la tristeza y deseo su presencia más por ella que por mí. Si la encerrásemos aquí juzgaría mal su bondad de usted.

—Madre—exclamé aterrada—, madre, ¿qué significa esto?

Pero ella, mostrando un radiante rostro, me contestó:

—¡Silencio!

Por lo visto me trataba como a una chiquilla. El doctor, a su vez, me rogó que callara.

—Ha hecho usted una elección—dijo dirigiéndose a mi madre—idéntica a la que yo habría hecho. Yo también soy así: O todo o nada.

Y, al decir esto, miraba fijamente a mi madre con tal admiración que parecía como si la tuviera envidia. Luego, tras de lanzar un suspiro, entróse en el cuarto interior.

Esta pieza era muy amplia y estaba alumbrada por varias lámparas de variados colores que, dada su fijeza, debían ser eléctricas. Al fondo de la pieza había una puerta que permanecía abierta, de la que brotaba un gran resplandor. Las paredes mostraban, a todo lo largo, una estantería llena de libros; las mesas se hallaban repletas de aparatos de química y de grandes acumuladores de cristal. De parte a parte, la habitación era atravesada por una especie de recia correa que daba vueltas sobre unas poleas de acero, produciendo, con su actividad, notables sonidos vibratorios. En un rincón se alzaba una silla de pies de cristal rodeada completamente de extraños alambres. Mi madre avanzó hacia ella preguntando:

—¿Es ésta?

El doctor se inclinó sin responder.

—Asenath—dijo mi madre—, al final de mi vida he hallado un protector. Míralo, aquí le tienes: es el doctor Grierson. No seas ingrata con él, hija mía: es un amigo.

Sentóse en la silla, oprimió con sus manos los globos que había en los extremos de los brazos de aquélla y miró al doctor, el cual se apresuró a agacharse, apoyándose contra la pared y oprimiendo un resorte. Mi madre experimentó una sacudida, sus facciones se contrajeron y, como rendida por la fatiga, se reclinó sobre el respaldo de la silla. Me eché a sus pies, pero sus manos cayeron pesadamente sobre mí. Su rostro, todavía sonriente, se desplomó sobre su pecho. El alma de mi madre había volado para siempre.

No sé cuánto tiempo pasó después. Levanté el rostro lleno de lágrimas y me encontré con los ojos del doctor. Me contemplaba piadoso e interesado y la cosa, a pesar de mi pena, no dejó de llamarle la atención.

—Basta de lamentaciones—dijo—. Su madre ha ido a la muerte como si fuera a sus bodas, muriendo de la misma forma que murió su esposo. Ya es hora, Asenath, de pensar en los que sobreviven. Sígame.

Le seguí con paso de sonámbula. Me sentó junto a la lumbre y me ofreció vino. Luego, paseando por la habitación, me dijo:

—Está usted sola en el mundo, hija mía, y no la espera otra suerte que llegar a ser la esposa de algún anciano o, todo lo más, encontrar el favor del Presidente. Este destino es peor que la muerte para una joven como usted. Es mejor morir como ha muerto su madre que verse degradada. A esto no hay salida posible. Su padre la mostró a usted que un simple emblema fue capaz de hacerle desistir de sus ansias de libertad. Y si a su padre le salió mal el plan, ¿se cree usted más afortunada que él?

Yo seguía sus palabras con emoción; empezaba a comprender.

—Veo que me juzga usted rectamente—contesté—. Creo que debo seguir el camino que han seguido mis padres.

—No—siguió el doctor—, la muerte para usted, no. El navío estropeado puede hundirse, pero no se hunde el navío nuevo y flamante. El proyecto que acarició su madre era que se casara usted conmigo. Pero yo tenía horror al matrimonio, que cambiaría completamente mi vida. Sin embargo, no he olvidado todavía los tumultuosos días de mi juventud, no he olvidado lo que sienten los jóvenes. La vejez pide tan sólo que se le perdonen penas. La juventud, en cambio, pide alegrías. Y tenga usted presente que se encuentra sin apoyo. No le queda a usted nadie, a excepción de este anciano investigador, que si es viejo por la experiencia, en cambio es joven en los sentimientos. Una pregunta: ¿Se halla usted libre de eso que la gente llama amor? ¿Es usted dueña de

su corazón y de sus actos? ¿Ha caído usted en el lazo oculto y traicionero de algún enamoramiento?

Yo respondí con frase entrecortada:

—Mi corazón ha muerto con mis padres.

—Bien, eso me basta—respondió el doctor—. He tenido la suerte de ser requerido con frecuencia para los servicios de que las hablé esta noche. No hay en Utah quien pudiera desempeñar mejor estos encargos. Ello me ha valido cierta influencia que ahora pongo a su disposición, por la amistad que me unió a sus padres y por el interés que usted me inspira. La enviaré a Inglaterra, Londres, donde la espera el novio que la destino, un hijo mío, cuya edad y belleza cuadran perfectamente con lo que usted se merece. Puesto que su corazón es libre, prométame usted que acogerá a su novio con la delicadeza de una esposa. Esta petición se la hago a cambio de los gustos y de los peligros que usted me origina.

Quedé suspensa un rato. Recordaba haber oído decir que el doctor no tenía ningún hijo, pero no sabía qué pensar. Pero la idea de huir, la idea de un matrimonio ventajoso tuvieron fuerza bastante para decidirme. Sentí cierta esperanza de que no había acabado todo para mí y acabé por aceptar la proposición aunque ignoro de las palabras que me valí para ello.

Me pareció que mi consentimiento le conmovía.

—Voy a enseñarle a usted algo, para que juzgue usted por sí misma—añadió el doctor.

Y, entrando en la habitación vecina volvió a poco con un pequeño retrato pintado al óleo. El retrato representaba a un hombre vestido a la moda de algunos años atrás. En el rostro del retratado conocí al doctor, que parecía mucho más joven que en la actualidad.

—¿La gusta?—me preguntó—. Soy yo cuando era joven. Pero mi hijo la parecerá más digno y la gustará más. Disfruta de una salud de hierro y es un hombre inteligente, de una inteligencia superior. En suma, un hombre cabal. En cada mil hombres hay solamente uno como mi hijo. Sabe imponerse a todas las pasiones juveniles y abarca todas las ramas del saber. Un hombre, en fin, en toda la extensión de la palabra. Dígame, Asenath, ¿no satisfará mi hijo todas las aspiraciones de una muchacha? ¿No será bastante para usted?.

Y mientras me decía esto y me mostraba el cuadro, sus manos temblaban.

Yo murmuré algunas palabras sin sentido. Aquella prueba de amor paternal me había llegado al corazón. Pero pronto se rebeló mi sangre y le miré con horror, tanto a él como al retrato. Creo que si me hubieran dado a elegir entre un matrimonio mormón o la muerte, habría elegido la segunda sin dudar lo más mínimo.

—Está bien—contestó—. Confiaba en el valor de usted. Ahora coma tranquilamente, pues ha de irse muy lejos.

Diciendo esto colocó ante mí un poco de carne. Yo, obediente, comí. El doctor, saliendo luego de la habitación, volvió a poco con un paquete de ropa usada.

—He aquí su disfraz—me dijo—. La dejo sola para que se vista.

Las ropas parecían haber pertenecido a un muchacho de quince años. Me estaban estrechas, impidiéndome todo movimiento. Pero lo que más me intrigaba era la suerte que habría corrido su dueño. En cuanto acabé de vestirme volvió el doctor, el cual abrió una ventana trasera y ayudándome a trepar el estrecho pasillo que formaba la pared y las sobresalientes peñas que se alzaban hasta mucho más arriba que el tejado de la casa, me mostró una escalera de hierro adosada a las mismas.—Suba de prisa—me dijo—.

Cuando esté usted arriba camine todo lo más rápidamente que le sea posible, a la sombra del humo. Llegará usted a un callejón. Al final de ese callejón encontrará usted a un hombre con dos caballos. Obedézcale sin hablar. Esta maquinaria que hago funcionar en su beneficio podría derrumbarse a la menor palabra. Adiós. Que el cielo la proteja.

El ascenso me resultó fácil. Ante mí se extendía una pendiente larguísima, sin árboles, sin nada a propósito para ocultarse. Sabía que aquellas soledades se hallaban llenas de espías, así que procuraba esconderme en el humo lo mejor que podía. Cuando el aire lo elevaba, me echaba a tierra, esperando. En cambio, cuando el aire lo echaba hacia abajo, procuraba correr cuanto podía para ganar tiempo. Así llegué hasta el sitio en que estaba el hombre con los dos caballos.

Era un hombre sombrío y taciturno. En el acto empezamos a correr. Lo hicimos durante toda la noche. Antes del alba nos refugiamos en una húmeda y lóbrega cueva, situada en el fondo de una garganta. Allí permanecimos todo el día, esperando a que se hiciera de noche. A media noche llegamos a un prado, no lejos del río. El guía me entregó entonces otro paquete, encargándome que me vistiera de nuevo. El paquete contenía peines, jabón, amén de ropas mías, cogidas en mi casa. Me peiné junto al espejo de un charco, encantada de ver de nuevo mi rostro. En esto resonó en las montañas un silbido que no parecía humano. Me quedé atónita. Luego vi que un huracán de fuego avanzaba amenazador. No pude por menos de ocultar el rostro con las manos y lanzar un grito. Aquel rugido provenía del ferrocarril que atravesaba la montaña, el ferrocarril que constituía mi salvación, las alas que me habían de llevar lejos de Utah.

En cuanto estuve vestida, el guía me entregó un maletín en que había dinero y papeles, diciéndome que me encontraba en el límite del territorio de Wyoming e indicándome que debía seguir el curso del río hasta encontrar la estación, que distaba de allí una media milla.

—Aquí tiene su billete hasta Council Bluffs. El expreso pasará dentro de algunas horas.

Dicho esto volvió grupas, marchándose sin dedicarme el menor saludo.

Tres horas después me hallaba sentada ya en el tren, que se deslizaba veloz a través de las abruptas gargantas, trepidando en los túneles como un trueno. El cambio de escenario, la sensación de encontrarme libre, la impresión de terror que me había dominado durante todo el tiempo que duró la huida hicieron que se decantara en cierta melancolía, entregándome a múltiples reflexiones. Me había dirigido a casa del doctor dispuesta a morir, peor aún, preparada para algo peor que la muerte; pero todo lo que pasó, aunque era ciertamente terrible, no me parecía ya casi nada comparado con los temores sufridos durante la huida. Una vez transcurrida una noche de sueño en el vagón, desperté recordando tristemente la pérdida de mis padres y sintiéndome alarmada ante mi porvenir. Luego abrí el maletín.

Se hallaba bien provisto de dinero y, además, contenía billetes de ferrocarril y un itinerario completo hasta Liverpool. Encontré, además, una larga carta del doctor en la que me daba instrucciones acerca del falso nombre que me convenía adoptar, así como la historia que debía referir cuando me preguntaran que de dónde venía, recomendándome de paso suma discreción y rogándome que esperase llena de fe la llegada de su hijo. Por lo visto todo había sido arreglado de antemano, contando con mi consentimiento y, lo que era peor, con la voluntaria muerte de mi madre.

El horror que sentía hacia el doctor y hacia su hijo, mi rebelión ante las condiciones que se me imponían eran ahora completos. Me hallaba entregada a mi pena y al desaliento.

Pero, de pronto, con gran contento por mi parte, una amable señora que compartía mi departamento, entabló conversación conmigo. Me acogí a este consuelo y, con gran desenvoltura por mi parte, referí a la señora mi historia, es decir, la historia que el doctor me encargaba que diera como mía. Yo era Miss Glould, de la ciudad de Nevada, e iba a Inglaterra para reunirme con un tío mío. Le di detalles sobre mi familia, mi edad, etc. Pero la señora continuaba abrumándome con sus preguntas y yo acabé por incurrir en algunas contradicciones. En el rostro de la señora se dibujaba ya una mueca significativa cuando un caballero se acercó a nosotras.

—Miss Gould—me dijo—, ¿quiere usted hacer el favor de acompañarme?

Y excusándose ante la señora, me llevó al exterior.

—Miss Gould—me expresó entonces en voz baja—, ¿es posible que se crea usted a salvo? Si comete usted la menor indiscreción volverá usted a Utah. Si esa mujer continúa molestándola, contéstela que no es a usted simpática y que tiene usted derecho a elegir sus amistades.

Obedecí y me libré groseramente de aquella señora, a pesar de que me era simpática. A partir de entonces, permanecí en silencio, mirando sombríamente las llanuras que atravesábamos y ahogando el llanto de mi pecho. Tenía que resignarme. Era la consigna. En el tren, en los hoteles, en el vapor no cruzaba nunca la palabra con mis compañeros de viaje. Sabía de sobras que me espiaban. En todas partes me parecía encontrar espías que me observaban. Así crucé los Estados, así pasé el océano, observada continuamente por el Ojo Mormón, hasta que llegué a esa casa de la que usted me vio salir tan violentamente. No podía resistir más. La esperanza ya no quería alojarse en mi corazón.

El día que llegué a Londres, la dueña de la casa me estaba esperando. Tenía fuego encendido en mi cuarto, que daba a un jardín, libros sobre la mesa y vestidos en el ropero. En esta casa he vivido, resignada y casi contenta, varios meses. La patrona me acompañaba a veces a dar un paseo, pero nunca me dejaba sola. Yo me daba cuenta de que también ella vivía aterrada bajo el terror mormón y la compadecía. El que nace en suelo mormón o el que acepta los compromisos de la secta no se ve libre jamás del Ojo Mormón. Me hallaba tan seguro de esto que casi me sentía agradecida a la tregua que me concedían. Mientras tanto, me preparaba, con la imaginación, para la boda. Llegaría el día en que el novio iría a visitarme. Y el miedo y la gratitud me obligarían a aceptar. El hijo del doctor Grierson debía ser joven y, probablemente, elegante. Y yo temía no gustarle. A medida que pasaba el tiempo me iba acostumbrando a la idea, esperando con impaciencia la hora de la entrevista. Por la noche, apenas podía dormir. Y el día me lo pasaba sentada junto al fuego, pensando en mi novio, preguntándome cómo sería su rostro y qué efectos produciría en mí el timbre de su voz y el contacto de su mano. Y, de pronto, me volvían a asaltar temores. ¿Qué ocurriría si yo no le gustara? ¿Qué ocurriría si aquel amante invisible me despreciaba? Y me pasaba horas enteras ante el espejo, cambiando de vestido, de peinado, estudiando y juzgando mis atractivos.

Cuando llegó el día fijado empleé largo tiempo en arreglarme. Por fin, desesperada, no quise mirarme más en el espejo y confié mi triunfo o mi derrota a mis dotes naturales. Cuando ya estaba a punto, la impaciencia empezó a consumirme. Prestaba oído al menor ruido que procedía de la calle, las mejillas se me colorearon varias veces, aunque sé que el amor no puede existir sin objeto conocido.

Cuando un coche paró en la puerta y oí que alguien subía la escalera, un tropel de esperanzas se acogieron a mi pecho. Pero se abrió la puerta y el doctor Grierson en

persona hizo su aparición. No pude reprimir un grito y me desplomé desmayada en el suelo. Cuando volví en mí, el doctor Grierson estaba a mi lado tomándome el pulso.

—¿La he asustado?—preguntó—. Una imprevista dificultad, la dificultad de obtener cierta poción, me ha obligado a venir Londres apresuradamente. Lamento haberme visto obligado a presentarme ante usted sin los atractivos que seguramente representarán gran cosa para usted, pero que para mí representan menos que la lluvia que cae en el mar. La juventud es tan transitoria como el desmayo de que acaba usted de recobrase. Por tal motivo, Asenath quiero ser franco con usted. Desde mi juventud he consagrado todas las horas y todos los actos de mi vida a un ambicioso proyecto, proyecto de cuyo éxito estoy completamente seguro. En los países en que he permanecido tanto tiempo reuní los ingredientes necesarios, asegurándome siempre contra la posibilidad de fracasar. Lo que ayer era un sueño es hoy una realidad. Cuando le ofrecía a usted mi hijo hablaba en sentido figurado. El marido a propósito para usted, soy yo, Asenath, pero no yo tal como usted me ve ahora sino rejuvenecido, reintegrado al vigor de la juventud. ¿Me toma usted por loco? Esa actitud es propia de la ignorancia. Cuando usted me vea vigorizado y renovado me podré reír de su natural incredulidad. Yo puedo concederla a usted lo que aspira, es decir, fama, riquezas, juventud. Desentráñese; en la actualidad solamente me aventaja usted en juventud. Cuando yo sea también joven reconocerá usted en mí a su dueño y señor.

Luego consultó su reloj y dijo que tenía que dejarme. Después me rogó que reflexionara con tranquilidad sin dejarme llevar por fantasías juveniles. No tuve valor para moverme y la noche me sorprendió en el mismo sillón, oculta la cara entre las manos. El doctor volvió entonces. Llevaba una vela encendida en la mano y se mostraba malhumorado. Me expresó su deseo de que me pusiera en pie para ir a cenar.

—¿Es posible que haya usted perdido su valor?—continuó—. Una muchacha cobarde no me cuadra para esposa.

Yo entonces me desplomé a sus pies, rogándole que me relevase de la palabra empeñada, ya que tanto en carácter como en inteligencia yo era a todas luces inferior a él.

—Cierto—dijo el doctor—. Te conozco mejor de lo que tú misma te puedes conocer. He hecho muchos estudios sobre la naturaleza humana. Esta escena la he motivado yo mismo, ya que mi aspecto no se halla transformado todavía. Pero no te preocupes. Deja que alcance el fin propuesto y no solamente tú sino todas las mujeres de la tierra serán mis esclavas.

Luego me obligó a ir a cenar, sentándose a mi lado y tratándome como a un invitado distinguido. Terminada la cena, se despidió de mí, dejándome entregada a mis sufrimientos.

No sabía qué deducir acerca de lo que me había dicho del elixir y de su recuperación de la juventud. Si sus esperanzas se basaban en un hecho cierto y alcanzaba el éxito que se proponía, no me quedaba otro camino que la muerte. Si por otro lado, sus sueños no llegaban a cumplirse, no dejaría por ello de ser aquel matrimonio una carga para mí, aún contando con el hecho de que no pudiera llegar a consumarse. El doctor volvió a presentarse en mi casa. Mostraba un rostro tranquilo y adivinó en el acto, por la expresión del mío, la inquietud de mi alma.

—Asenath—me dijo—, me debes más de lo que te figuras. Con un dedo mío tengo suspendida la muerte sobre tu cabeza. Por tu causa está llena mi vida de sufrimientos y ansiedad. Exijo que me recibas con cara risueña.

No tuvo necesidad de repetir aquella recomendación, pues, desde entonces, me hallo siempre con cara risueña. Él, en cambio, me hacía un rato de compañía contándome cosas confidenciales, cosa que me repugnaba extraordinariamente.

Había montado su laboratorio en la parte posterior de la casa, donde trabajaba día y noche para lograr su elixir. Cuando me visitaba, unas veces estaba radiante y de buen humor y otras descorazonado. Hablaba siempre de sus ambiciones, cosa que mostraba su fondo ruin y bajo. Yo no me daba cuenta de lo que respondía a todo esto, pero siempre respondía algo aunque me asqueaba escucharle.

Una semana después el doctor se presentó en mi cuarto una vez más. Estaba muy contento y se expresaba con dificultad.

—Asenath—me dijo—, he obtenido el ingrediente que me faltaba. Se acerca el peligroso momento de la prueba final. Usted presenció tiempo atrás un ensayo parecido. ¿Recuerda usted la terrible explosión que la asustó una madrugada en que usted pasaba frente a mi casa? Huelga decir que una experiencia así en una ciudad resulta bastante peligrosa. Desde ese punto de vista lamento no poder permanecer tan tranquilo como permanecía en aquel desierto. Pero, por otro lado, he comprobado que el poco éxito de la prueba se debió a lo incompleto de los ingredientes. Pero ahora he estudiado concienzudamente la composición y todo saldrá bien. De hoy en ocho habrá terminado el período de ensayos.

Al decir esto me miraba con sonrisa paternal. Yo no podía por menos de morderme los labios, dominada por el terror. ¿Qué pasaría si la prueba fallaba? ¿Qué sucedería si tenía éxito? ¿Qué hijo supuesto sería el que apareciera ante mí para pedir mi mano? Y, abatida, me preguntaba si habría algo de verdad en aquella historia del elixir. ¿Triunfaría al cabo sobre mi repugnancia? Demasiado me daba cuenta de que era mi amo y señor y de que mi vida dependía de una señal suya. Pensaba luego que quizás volvería a mí horriblemente transformado, como un vampiro de leyenda, y que debido a alguna diabólica fascinación... Mi cabeza se trastornaba y veíame asaltada por mil temores.

Pronto me tranquilicé. El doctor debía estar en Londres por motivos políticos del Gobierno mormón. A menudo, durante nuestras conversaciones, el doctor había ponderado la magnífica organización de su Gobierno, organización a la que no podía por menos de temer, a pesar de que era uno de los que la manejaban. En aquel laberinto de Londres, el Ojo Mormón nos observaba continuamente.

Los visitantes del doctor, desde el misionero al Ángel Exterminador, me miraban con una mezcla de repulsión y de alarma. De sobras sabía yo que si mi secreto se sabía estaba perdida, mas a pesar de ello ponía mi esperanza en aquellos mismos hombres. Un día me explayé con un misionero mormón, hombre perteneciente a la clase baja pero sumamente compasivo. En la escalera, le referí una historia inventada por mí para pretextar mi petición. Por mediación de este sujeto pude ponerme en comunicación con la familia de mi padre. Mis parientes me dieron ánimos, de suerte que mi huida quedó concertada para esta noche.

Durante toda la noche he estado esperando los resultados de los trabajos del doctor. En este tiempo las noches son cortas y yo, vestida, esperaba que viniese el nuevo día. El silencio de aquella casa y de sus alrededores estaba turbado tan sólo por los movimientos

que el doctor efectuaba en su laboratorio. Yo, reloj en mano, aguardaba la hora de mi fuga. Me hallaba consumida por la ansiedad. ¿Cómo resultaría el experimento? Mas ahora que sabía que alguien me protegía, mis simpatías se ponían al lado del doctor y hasta le deseaba el triunfo. Cuando horas más tarde llegó a mis oídos un extraño grito que procedía del laboratorio, no pude reprimir mi impaciencia y marché hacia él.

Cuando abrí la puerta del laboratorio vi que el doctor permanecía en medio de la habitación. Tenía en la mano una probeta que contenía hasta tres cuartas partes de líquido de color de ámbar. El rostro del doctor reflejaba una extraordinaria alegría. Al verme, el doctor levantó el brazo hasta la altura del hombre.

—¡Victoria!—decía—. ¡Victoria!

En estas se escapó la probeta de sus dedos y se oyó una explosión. Yo fui lanzada contra la puerta y el doctor contra un rincón de la habitación. Sobrecogidos de espanto, echamos a correr instintivamente, huyendo de la explosión que le sorprendió a usted. Poco después no quedaba de todos aquellos trabajos en el que el doctor había invertido tantos años de su vida más que unos trocitos de vidrio y el desagradable olor que nos perseguía.

EL AMPARADOR DE DAMAS (Conclusión)

Challoner escuchó con gran emoción todo este relato, conmovido por el acento de la dama y siguiendo sus incidencias con interés. Aunque el joven poseía un carácter muy poco expansivo, aplaudía el tema y el estilo; en cuanto al fondo, no podía hacer otro tanto, pues le era imposible creer en ella. Se trataba, desde luego, de una excelente historia, mas no era posible que fuera verídica. Miss Flonbanque era una dama, pero esto no implicaba para que faltara a la verdad. Sin embargo, ¿cómo iba él a dar a entender semejante cosa? El ánimo del joven había ido decayendo, decayendo, y cuando la muchacha terminó de hablar, guardó silencio durante mucho tiempo, sin hallar palabras para agradecerle su relato. No encontraba, a pesar de todo, ningún pretexto para marcharse y la situación se hacía más violenta cada minuto que pasaba. Una carcajada que lanzó la joven le sacó de su ensimismamiento. Volvióse hacia ella y sorprendió en sus ojos una chispa de franca alegría que le devolvió al punto la tranquilidad.

—Parece que lleva usted con mucha resignación sus desgracias—la dijo.

—¿Por qué no?—contestó la joven haciendo un; encantador mohín—. Todo esto hace ya mucho tiempo que sucedió, lo cual no impide, sin embargo, que mi situación sea en extremo aflictiva. Si usted me niega su ayuda, difícilmente podré salvarme.

Ante aquella alusión, Challoner se puso serio de nuevo.

—Me inspira usted muchas simpatías—la dijo—y me brindaría de buena gana a ayudarla. Pero la situación es muy especial y no me es posible emitir un juicio sobre las circunstancias que la rodean a usted. Lo que sí puedo hacer es recomendarla al cuidado de la policía.

La joven le miró muy afligida. Al oír aquellas palabras había palidecido.

—Hágalo así—contestó—y me mata con tanta seguridad como si me asestara una puñalada.

—¡Válgame Dios!—exclamó el joven.

—No cree usted en mi historia ni en los peligros que me rodean, ¿verdad? Pero, ¿quién es usted para juzgar? Mi familia participa de mis mismos temores y me ayuda en secreto. Ya ha visto usted el emisario y el sitio que había elegido para proporcionarme fondos para la evasión. Admito que usted sea lo suficientemente listo para pretender ver claro en todos los asuntos, pero ¿cree usted que vale más la opinión de usted que la de mi tío, un ex Ministro de Estado y consejero de la Reina, con larga experiencia política? Si yo estoy loca, ¿también lo está él? Por otra parte, yo solicito su apoyo y aun suponiendo que en mi historia hubiera ciertas exageraciones, sabe usted muy bien que en ella hay algo de verdad. Ha oído usted la explosión, ha visto usted al hombre en las cercanías de la estación Victoria...

—La dio a usted dinero, ¿no es cierto?—preguntó Challoner que había visto de lejos este detalle.

—Por lo visto ya empiezo a interesarle. Con franqueza, está usted condenado a ayudarme. Y si el favor que le pido fuera grave o sospechoso... Pero, nada de eso. Se trata solamente de hacer un agradable viaje y de llevar a una persona cierta cantidad de dinero. ¿Hay nada más sencillo?

—¿Es considerable la suma?—preguntó Challoner.

La joven sacó de su pecho un fajo, haciendo observar que no había tenido tiempo de mirarlo. La suma, formada por billetes de banco de distinto valor, ascendía a 710 libras esterlinas. Challoner no salía de su asombro.

—¿Intenta usted entregar este dinero a un desconocido?

—¡Ah!—contestó sonriendo la joven—. Yo no le considero a usted como un desconocido.

—Debo hacerle una confesión, señorita—dijo Challoner—. Aunque pertenezco a buena familia, mis asuntos no marchan del todo bien y estoy llene de deudas. En una palabra; una cantidad así pudiera tentarme.

—¿No se da usted cuenta de que con lo que dice aparta de mí hasta la sombra de una duda?—observó la joven.

Y, a la fuerza, colocó los billetes en la mano del joven, el cual se quedó un rato mirándola como atontado. Miss Fonblanque soltó otra carcajada.

—No dude usted más, se lo ruego—le dijo después—. Guarde este dinero en el bolsillo y para que entre nosotros desaparezca todo vestigio de tirantez, dígame su nombre ya que el mío, por ahora, ha de permanecer oculto.

Si se hubiera tratado de un préstamo, la prudencia, que siempre fue norma de nuestra raza, habría abierto los ojos del joven, mas tratándose de un préstamo... Además, ¿cómo rehusar? No encontraba la fórmula necesaria para no ofender a la joven. Por otra parte, los ojos y el valor de su compañera habían conmovido el valor de Challoner. Todo lo más que podía suceder es que la muchacha se estuviera burlando de él y esto no era motivo suficiente para enfadarse. La explosión, la entrevista con aquel sujeto y aquella suma parecían demostrar que, efectivamente, existía un serio peligro. Y siendo así, ¿iba él a abandonarla? Corría el riesgo de pasar por descortés ante aquella dama. La historia no parecía verosímil, pero el dinero era de veras. Todos los hechos aparecían inexplicables y oscuros, pero la joven era muy bonita y sus modales y su hablar revelaban una cuidada educación. En estas se acordó de algo que parecía una profecía: había prometido a Somerset que aceptaría la primera aventura que se le presentase. Pues bien, aquí estaba la aventura.

Guardó el dinero en el bolsillo y contestó: —Me llamo Challoner.

—Señor Challoner—replicó la joven—, ha venido usted en mi ayuda cuando todo parecía ponerse en contra mía. Aunque mi persona no vale gran cosa mi familia goza de buena posición y no se arrepentirá usted de su generosa acción.

Challoner enrojeció de agradecimiento.

—Creo que acaso pueden proporcionarle a usted un consulado—continuó la joven mirándole con admiración—. Pero no perdamos tiempo y empecemos a trabajar por mi libertad. Le cogió familiarmente del brazo y mientras atravesaban el parque en dirección a Marble Arch le entretuvo con sus ocurrencias y con su charla. Luego tomaron un coche que les condujo a Euston Square. Almorzaron en un restaurante situado en dicha plaza. Lo primero que se le ocurrió a la joven fue pedir útiles de escribir, y apoyada sobre una esquina de la mesa, trazó unas rápidas líneas en un papel sin dejar de mirar, sonriente, a su compañero.

—Esto es una carta de recomendación dirigida a mi prima—le dijo—. Dicen que mi prima, a quien no conozco, posee un carácter encantador y una indiscutible belleza. Lo que sí sé es que se ha portado conmigo muy generosamente, así como su padre.

Mientras hablaba había cerrado la carta.

—¡Ah!—exclamó luego—. He cerrado la carta. Esto es incorrecto. Aunque entre amigos, es quizás mejor que la haya cerrado. Irá usted donde dice el sobre, Richard Street, en Glasgow. En cuanto llegue, entregue la carta a miss Fonblanque en persona. Este es el apellido que usa. Cuando vuelva usted a verme ya me dirá lo que piensa de ella.

Y al pronunciar estas palabras parecía provocarle con sus risueños ojos.

—¡Ah!—contestó Challoner—. Seguramente me causará muy poca impresión.

—Eso es lo que usted ignora completamente—replicó la joven lanzando un suspiro—.

¡Ah, se me olvidaba! Cuando se encuentre usted ante miss Fonblanque, procure usted parecerle un poco ridículo; esto le predispondrá en su favor. Tenemos convenido un santo y seña. En cuanto usted la vea pronuncie en su oído las siguientes palabras: "*Negro, negro, nunca muere*". Aprenda usted y no las olvide. Vamos, recité usted la lección.

—"*Negro, negro, nunca muere*" — repitió Challoner fingiéndose enfadado mientras la joven reía a carcajadas.

—Muy bien, será una escena muy cómica—dijo sin dejar de reír.

—¿Y cuál será la respuesta?—preguntó muy serio Challoner.

—No se la pienso decir hasta el último momento. Observo que se vuelve usted muy autoritario.

Terminado el almuerzo, acompañó al joven Challoner hasta la estación. Una vez en el andén, compró a su compañero dos revistas, un cortapapeles, y, por fin, estuvo charlando con él hasta que sonó el pito. Entonces le hizo subir a toda prisa al vagón y luego, introduciendo ella la cabeza por la ventanilla, le dijo al oído:

—"Cara negra y ojos brillantes".

Y luego se alejó riendo.

El tren llevaba ya corriendo unos minutos y el eco de aquella risa continuaba resonando en los oídos de Challoner.

Pero la posición de Challoner resultaba un poco embarazosa. Se encontraba lanzado a una aventura en circunstancias oscuras y ridículas. Y, lo que era peor, la confianza que había depositado en él le obligaba a aceptar la aventura hasta el fin. Se daba cuenta de que lo mejor para él habría sido no aceptar el encargo. Pero era imposible volver atrás. Cierto que había desaparecido la fascinación que aquellos ojos le causaban, pero ya había empeñado su palabra. No había remedio. Sin embargo, ni usó el cortapapeles ni miró las revistas. Le parecía que su arrepentimiento se lo impedía. Lo que sí hizo fue mirar el paisaje a través de la ventanilla. Mucho antes de que se apeara en el andén de Saint Enoch, el mal humor que sentía contra sí mismo, había llegado a los últimos límites.

Como tenía hambre y, además, era muy cuidadoso, hubiera querido aplazar aquélla y limpiarse el polvo del traje. Pero las palabras de la joven y su propia impaciencia no le permitían tardar en ir a cumplir el encargo. Y al anochecer, nuestro hombre se dirigía, a paso ligero, hacia el sitio que le habían indicado.

La calle Richard se hallaba completamente desierta. A sus oídos llegaban los rumores de la ciudad lejana, pero allí no había ni faroles de alumbrado público ni parecía que habitara persona alguna. El aspecto del joven impresionó al joven desfavorablemente, recordándole la excursión matutina por las desiertas calles de Londres. Llegó a la casa que buscaba y, algo indeciso, tiró del cordón de la campanilla.

La casa en cuestión era muy vieja, así como la campanilla, de suerte que ésta produjo un sonido cascado. Durante largo rato, resonó el eco de la campanilla por todos los ámbitos de la casa. Acto seguido abrióse sigilosamente una puerta secreta, oyéndose unos pasos que se aproximaban con cautela. Challoner suponía que iban a abrirle y preparó la carta, procurando dar a su cara una expresión lo más placentera posible. Pero se engañaba. Con gran sorpresa suya cesaron los pasos y nadie abrió la puerta principal. El visitante perdió entonces la calma y dando al diablo toda aquella familia, se dispuso a marcharse. Pero entonces, acaso porque lo hubiera pensado mejor, el guardián de la casa empezó a descorrer y descorrer cerrojos. Challoner, al oír que abrían, se detuvo. La llave dio media vuelta en la vieja cerradura, se abrió la puerta y un hombre muy tieso, en mangas de camisa, apareció en el umbral. Se trataba de un tipo desagradable y vulgar. Durante unos minutos se miraron sin hablar. Al cabo, el hombre de la casa preguntó con voz ronca al recién llegado lo que deseaba; Challoner procuró que su contestación disipase todo recelo, explicando que era portador de una carta para miss Fonblanque. Al oír este nombre, el desconocido se echó atrás, invitando a Challoner a penetrar en la casa, cerrando luego la puerta cuidadosamente.

Hacía largo rato que habían dado las ocho y el tránsito por las calles se hacía difícil debido a la oscuridad. El hombre acompañó a Challoner hasta el recibimiento, que daba al jardín. Al parecer, acababa de cenar en el recibimiento, pues, sobre una mesita veíase media botella de cerveza y un pedazo de queso. Un cabo de vela iluminaba la escena. Al fondo veíase una habitación, a través de cuya puerta veíase una estantería repleta de libros lujosamente encuadernados. Era tan notable el contraste que formaba el hombre que había abierto la puerta con el aspecto de la casa que Challoner empezó a pensar que todo lo del doctor Grierson y lo de los Ángeles Exterminadores había sido pura invención, sacados de alguna comedia o de algún melodrama. Su desilusión era completa y no tenía otro deseo que el de acabar lo más pronto posible.

El hombre, presa de gran ansiedad, continuaba mirando de hito en hito al visitante, acosándole a preguntas.

—Estoy aquí—decía Challoner contestándoselas— para prestar un servicio a una dama. ¿Quiere usted avisar a miss Fonblanque? He de entregarle una carta.

Pero el hombre se mostraba cada vez más sorprendido.

—Yo soy miss Fonblanque—contestó al fin. Y notando el efecto que esta declaración producía al visitante, añadió:

—¡Vamos, hombre! ¿Qué está usted esperando? ¿No oye usted que soy miss Fonblanque?

Challoner, al ver que el que así hablaba llevaba una barba bastante larga, creyó ser objeto de una burla. Pero como ahora no estaba dominado por el hechizo de una hermosa mujer, montó en cólera.

—Señor, me he tomado grandes molestias por personas a las que apenas conozco y me urge acabar este asunto. O llama usted inmediatamente a miss Fonblanque o me marcho de esta casa y aviso a la policía.

—¡Es horrible!—exclamó el hombre—. Le aseguro a usted soy la persona que busca más... ¿cómo convencerle? Estoy seguro que quien le envía a usted es Clara, una muchacha loca que siempre anda divirtiéndose dando bromas pesadas. ¡Y si ahora no llegamos a un acuerdo, Dios sabe lo que puede resultar del retraso!

A Challoner se le ocurrió de pronto pronunciar las palabras del santo y seña:

—"Negro, negro, nunca muere"—dijo con timidez.

El rostro del hombre se iluminó.

—"Cara negra y ojos brillantes"—contestó—. Déme usted la carta.

—Bien—respondió Challoner todavía receloso—, supongo que es usted el destinatario. Y aunque al principio no se me ha tratado muy bien, estoy contento de haber obrado como debía. He aquí la carta.

Y le alargó el sobre. El hombre se abalanzó hacia él como una fiera y muy temblorosa, rasgó el sobre y desdobló la carta. A medida que iba leyendo se acentuaba su terror. Parecía ser víctima de una pesadilla. Pasóse una mano por la frente, y, como si obrase inconscientemente, arrugó el pliego hasta formar una bola con él. Luego exclamó:

—¡Válgame Dios!

Y, asomándose a la ventana que daba al jardín, emitió un agudo y prolongado silbido. Challoner se recostó contra la pared y esgrimiendo su bastón, se aprestó para lo que pudiera ocurrir. Pero las ideas del hombre barbudo parecían estar muy lejos de toda violencia. Volvió de nuevo hacia su visitante, e hiriendo el suelo con el pie, exclamó:

—¡Es imposible, completamente imposible! ¡ Señor, voy a perder la cabeza!

De pronto, dándose una palmada en la frente, añadió:

—¡El dinero! ¡Déme usted el dinero!

—Amigo—dijo Challoner—, no se ponga usted así. Hasta que no se calme no podremos entendernos.

—Tiene usted razón—contestó el hombre—. Soy muy nervioso. Es una consecuencia de padecer una dolencia crónica. Pero sé que tiene usted el dinero y esto es la salvación para mí. Le ruego, querido señor, que haga usted el favor de entregarme el dinero cuanto antes.

A pesar de que Challoner no las tenía todas consigo, no pudo por menos de reírse. Pero como él también tenía prisa por marcharse, entregó el dinero al extraño sujeto.

—Encontrará usted todo el dinero que me entregaron — exclamó Challoner—. Permítame que le pida un recibo.

Pero el hombre no le hacía caso. Tomó el dinero apresuradamente, sin tener en cuenta de que algunas monedas que había mezcladas con los billetes se caían al suelo, y se las metió en el bolsillo.

—¡Un recibo!—repetía Challoner con insistencia.

—¿Recibo?—preguntó en tono áspero el hombre de la casa—, ¿un recibo? ¡En seguida! Espéreme usted aquí.

Challoner rogó entonces al hombre que no le hiciera perder tiempo, pues tenía que tomar el próximo tren.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Yo también! Voy en seguida.

Y el hombre de la barba desapareció de pieza y se le oyó subir escaleras arriba.

—Todo esto es extraño—pensaba Challoner—, extraño y poco tranquilizador. No sé si me he metido entre locos o entre malhechores. Si salgo con bien de este enredo podré dar gracias a Dios.

Mientras se hacía estas reflexiones acordóse del silbido y volvióse hacia la ventana. Todavía había alguna claridad y pudo distinguir las terrazas, las escalinatas y los muertos árboles que en otro tiempo habían sido refugio de pájaros. Más allá de estos árboles se extendía la gruesa pared que cercaba la finca, una pared de unos treinta pies de altura, detrás de la que sobresalían otros edificios de aspecto sombrío. Sobre el

césped había un objeto y, fijándose en él, Challoner pudo darse cuenta de que se trataba de una escalera de mano, o bien de varias escaleras de mano atadas juntas. Estaba preguntándose para qué serviría aquel utensilio en tal lugar cuando llamó su atención un ruido como de algo que rodaba escaleras abajo, seguido de golpetazo de la puerta de entrada y unos pasos que retumbaban por la calle.

Challoner salió del pasillo, subió y bajó las escaleras, recorrió todas las habitaciones, hasta que llegó a la conclusión de que se hallaba solo en aquella fea y carcomida casa. En uno de los cuartos que daban a la fachada principal encontró señales del último inquilino de la casa, pues había una cama con las ropas revueltas, un baúl al que parecían que habían registrado rápidamente y un rollo de papel arrugado en el suelo. Challoner se apoderó del papel y como la luz de este cuarto era más intensa que la del recibidor pudo leer perfectamente las siguientes líneas, escritas con una escritura de mujer y encabezadas con el membrete de un restaurante de la plaza Euston:

*"Querido M'Guire: Tu refugio ha sido descubierto. Hace unas treinta horas hemos tenido otra contrariedad, ya que la prueba ha sido, como siempre, de resultado negativo. Zero está desesperado. Los demás, cada uno por su lado. Yo he tenido la suerte de encontrar a "este idiota", el cual te entregará esta carta y el dinero. Espero verte pronto. Tuyo siempre,
Ojo Brillante."*

Challoner se quedó estupefacto. Ahora se daba cuenta de que había sido el juguete de una intrigante que le había convertido en ridículo correo. Sentía un gran cólera contra sí mismo, contra aquella mujer y contra Somerset, cuyos malos consejos le habían precipitado en tal aventura. La curiosidad le agujijoneaba y, al mismo tiempo, le dominaba el miedo. El proceder del hombre de la carta, los términos en que estaba redactada aquella carta y la explosión oída durante la madrugada eran misteriosas partes de un maligno embrollo. El diablo parecía andar de por medio. El secreto, la maldad y el terror eran el ambiente que rodeaba a todas aquellas gentes, entre las que él había empezado a moverse como un muñeco, como un títere.

Todavía permanecía estupefacto mirando la carta que tenía en sus manos cuando le sobresaltó el ruido de la campanilla. Miró por la ventana y su estupefacción, esta vez meclada con terror, subió de punto. Ante la puerta de entrada había un nutrido pelotón de policías. Pero se rehizo y decidió apelar a todos los recursos de la astucia y del valor. La única idea que albergaba en su cabeza, era escapar a toda costa. Bajó silenciosamente la escalera. Estaba ya en la escalera cuando el repiqueteo de la campanilla volvió a sonar, esta vez desesperadamente. Mientras la campana seguía sonando, Challoner se encaramó al marco de la ventana del recibimiento, que daba al jardín, para dejarse caer en él, cosa que efectuó, no sin que se le enganchara la americana en un tiesto de hierro, porque quedó colgado un momento cabeza abajo. Cuando al fin quedó libre, tenía el traje hecho jirones y había roto unas cuantas macetas. La campanilla no cesaba de repicar. El desesperado Challoner miraba en todas direcciones. Por fin dio con la escalera portátil, corrió hacia ella e hizo un esfuerzo para levantarla del suelo.

De pronto notó que el peso de la escalera empezó a ceder en sus manos. El armatoste, como si tuviera vida propia, se levantaba por sí solo del suelo. Challoner dio un salto hacia atrás, lanzando un grito de supersticioso terror mientras la escalera parecía levantarse sola y apoyarse en la pared. Pero se le ocurrió mirar hacia arriba y entonces

comprendió. Sobre el parapeto asomaban dos cabezas de hombre. Uno de ellos emitió un silbido muy parecido al que había emitido el hombre de la barba.

¿Es que aquellos infames le habían preparado con anterioridad esta treta? ¿Iba a ponerse a salvo o bien era aquello el punto de partida a nuevas complicaciones? No se detuvo a reflexionar. Rápido como un rayo trepó por la escalera. Unos brazos robustos le recibieron, le abrazaron y le colocaron cuidadosamente en el suelo del otro lado. No repuesto todavía de su sorpresa, se halló entre dos hombres zafios, en la terraza de una casa vecina. La campanilla seguía sonando cada vez con más fuerza.

—¿No hay nadie ya en la casa?—preguntó uno.

Y en cuanto él contestó que, en efecto, no quedaba ya nadie en la casa, cortaron las cuerdas que sujetaban la escalera, la cual cayó al suelo hecha pedazos y produciendo un ruido infernal. Su caída fue celebrada con una gran gritería, pues todos los vecinos de la calle Richard se habían asomado a las ventanas en espera de los acontecimientos. El hombre que había formulado la anterior pregunta a Challoner le cogió por los brazos y le arrastró, a través de los bajos de la nueva casa, hacia otra misteriosa calle, atravesada la cual, entraron en un cuarto húmedo y oscuro que pertenecía a otro edificio.

—Ea—dijo el guía—. No hay tiempo que perder. ¿Se ha ido M'Guire?

—Sí, M'Guire se ha ido—respondió Challoner.

El guía encendió una luz.

—Vamos—exclamó—, no puede usted salir a la calle con esas trazas. Espérese, le traeré ropa.

El hombre desapareció y Challoner, algo reanimado, se puso a examinar el destrozo de su traje. Estaba lo que se dice hecho una lástima: tenía los pantalones completamente destrozados y uno de los faldones de su levita había quedado desprendido en la famosa ventana. A los pocos minutos volvió el hombre llevando en sus manos un largo abrigo burdo y vulgar, llamativo y del peor gusto. El desconocido, sin pronunciar la menor palabra, empezó a envolver el elegante y pulido Challoner en aquel disfraz, completado por un minúsculo sombrero de tipo tirolés. En cualquiera otra ocasión, Challoner se habría negado a salir a la calle vestido de tal forma, pero entonces tenía tal prisa en salir de Glasgow que no opuso el menor reparo, contentándose con lanzar una lastimosa mirada a su traje destrozado. Luego preguntó lo que tenía que abonar por su nuevo abrigo. El hombre respondió que el gasto corría de su cuenta, y que, en lugar de perder tiempo, lo que debía hacer era marcharse de allí.

El joven no se hizo repetir la orden. Después de dar infinitas gracias a su interlocutor, el cual quedó algo amoscado por tan finos modales, salió zumbando hacia la ciudad iluminada. Cuando, después de muchos rodeos llegó a la ciudad, había partido ya el último tren. Debido al abrigo que llevaba no podía presentarse en un hotel elegante. Por otra parte, su porte distinguido llamaría la atención e incluso se haría sospechoso si se alojaba en un hotel de baja categoría. Vióse obligado, pues, a pasar la noche paseando por las calles, sin cenar, sirviendo de burla al que le miraba. Se hallaba avergonzado por su loca conducta. Y no podía por menos de maldecir a la inventora de fábulas de Hyde Park, cuyas carcajadas parecía percibir todavía. Y cuando se acordaba de Somerset y de sus aficiones detectivescas sentía verdaderos accesos de cólera. Cuando llegó el día entró en un figón para satisfacer su hambre. Faltaban algunas horas para la salida del expreso, por lo que tuvo que seguir callejeando por las calles más oscuras de la ciudad. Por fin penetró en la estación, tomando asiento en un coche de tercera clase. Su billete

de vuelta, de primera clase, le daba derecho a un cómodo y mullido asiento en el vagón de primera clase, pero su ridícula indumentaria le impedía aprovecharlo. Pasó todo el viaje dormitando, asfixiado por el calor, despertándose sobresaltado a cada momento. Y el hecho de tener que viajar en tercera, remate de tanta peripecia, le partía el alma. Cuando llegada la noche, se encontró en su casa y repasó mentalmente los gastos hechos, las angustias y las fatigas pasadas, cuando contempló su traje hecho jirones, y, sobre todo, cuando miraba el infamante sobretodo y el ridículo sombrero tirolés, su amargura se desbordó materialmente, de suerte que precisó hacer un llamamiento a su acostumbrada filosofía para mantenerse tranquilo.

LA AVENTURA DE SOMERSET

La casa de la plaza dorada

Pablo Somerset era un hombre de gran imaginación, pero de carácter muy poco decidido. Imaginaba dramas y soñaba con las cosas que le ocurrirían en el porvenir. Desde que tuvo lugar el convenio del *Cigar Diván*, no hacía otra cosa que recorrer calles y más calles, enardecido por el fuego de su fantasía, en busca de la soñada aventura. Al andar por las callejas, al mirar los letreros de las vallas, al contemplar las fachadas de las casas, en todo, en fin, creía ver un complicado e intrincado jeroglífico. Pero aunque creyese que los elementos de la aventura eran tan abundantes que vivían en todas partes con infinita profusión, no se esforzaba lo más mínimo en provocarla, ya que adoptaba en todas partes un aire de lo más tímido. Sus propósitos se estrellaban contra la corriente de las circunstancias. ¡Cuántos pasarían por su lado llenos de secretos, agobiados de penas, sin consultarle! ¡A cuántos habría hecho un llamamiento con su mirada sin que le comprendieran!

Cenó ligeramente y, durante la cena, no dejó de estar preocupado a causa de las aventuras que no querían aparecer para él. Cuando volvió a la calle ya se hallaban encendidos los faroles y las aceras rebosaban de gente. Ante un restaurante cuyo nombre se le ocurriría en seguida a cualquier estudiante de nuestra Babilonia, se apretujaba una nutrida concurrencia. La gente interceptaba el paso y Somerset, parecido a un perro que olfatea su presa, empezó a observar la expresión de los rostros de todos los presentes. De repente sintió un ligero golpe en la espalda. Volvióse rápidamente y encontróse con un magnífico coche cerrado, arrastrado por dos hermosos caballos y guiado por un cochero vestido de librea. Somerset empezaba ya a creer que había sonado que le tocaban en el hombro cuando una diminuta mano, enguantada de blanco, surgió del coche para hacerle una seña. El joven, obediente, se acercó al coche y miró hacia su interior. El carruaje se hallaba ocupado por una bellísima y delicada mujer, tocada de encaje blanco, la cual, en voz baja y argentina, se le dirigió:

—Abra la portezuela y entre.

Somerset, para sus adentros, pensaba que aquella joven sería lo menos una duquesa. Por fin se le había presentado una aventura. Sin poder desechar su timidez, abrió la portezuela y subió al carruaje, tomando asiento frente a la dama. Ésta debió tocar algún resorte, pues no bien había acabado de sentarse, cerróse la puerta misteriosamente y el carruaje emprendió su marcha, que comunicaba un movimiento suave a los blancos cojines del interior.

Somerset no estaba prevenido para una cosa así. Había ensayado la conducta que debía adoptar en muy diversas circunstancias, pero a decir verdad, entre las cosas ensayadas y la realidad hay un gran trecho. Y como lo de ahora era algo real... El caso es que no sabía por dónde empezar. La dama, por su parte, permanecía asimismo inmóvil en el asiento. Continuaron de la misma forma mientras atravesaban calles y calles, sumidos en la oscuridad, alterada de cuando en cuando por el alumbrado público. La dama era bajita y delgada y parecía muy bella, envuelta materialmente en encajes. Pero el joven no sabía cómo empezar. Y el silencio se prolongaba tanto que volvía intolerable. Por dos veces quiso hablar y, por dos veces, las palabras no pasaron de su garganta. Cuando se había imaginado escenas parecidas, eran notables su elocuencia y su presencia de ánimo. Y esta disparidad entre el ensayo y la representación le tenía cohibido. En el umbral de una

aventura, ¿iba a quedar vencido? Temía que si continuaba unos minutos más sin hablar la dama le iba a echar de su coche con cajas destempladas. Miles de jóvenes, con menos ingenio que el suyo, habrían obtenido ventaja en una situación análoga. Hacía falta, pues, que diera un paso decisivo, que probara a aquella dama que había obrado con acierto al llamarle.

Se fijó en la mano de la dama. Y, pensando que tenía que arriesgarse, se apoderó de los enguantados dedos y se los acercó a los labios. Luego continuó unos segundos guardando entre las suyas la mano de la dama, pero sin atreverse a nada más. Pronto notó que aquella mano temblaba como si su dueña tuviera fiebre. De pronto, triunfante y sonora, estalló una carcajada que hacía rato que contenían. El joven soltó su presa y, de haber podido, habría saltado del coche. La dama, sin embargo, seguía riendo reclinada en los cojines.

—Debe usted perdonarme—le dijo al fin—. Si usted se ha llevado de su acalorado entusiasmo, la culpa es mía y nada más que mía; no se debe a su presunción, sino a la extraña forma que tengo de reclutar amigos. Créame, no pienso mal de un joven porque se deje llevar de un arrebató. Esta noche tengo el propósito de invitarle a cenar y si continúa usted portándose correctamente quizás acabe por hacerle una ventajosa proposición.

Somerset trató en vano de encontrar una respuesta, pero se hallaba muy turbado y no dio ninguna.

—Vamos—dijo la dama—. No se ponga usted serio ahora. Esto sí que sería una falta. Ya estamos en nuestro punto de destino. Baje usted y ofrézcame el brazo.

El carruaje se había detenido ante una espléndida y magnífica casa, situado en una anchurosa plaza. Somerset, que estaba de buen talante, ayudó a descender a la dama, haciendo gala de toda su finura. Abrióse la puerta de la casa y una vieja de ceñudo rostro les condujo a un lujoso comedor alumbrado con luces opacas. Entre los magníficos muebles veíase una gran cantidad de hermosos gatos. La dama se quitó el chal de encaje que medio la tapaba la cara y Somerset pudo darse cuenta que aún cuando poseía unas facciones muy regulares y lindas, la que él había creído una joven era en realidad una señora de edad madura; su pelo era canoso y su rostro estaba surcado de arrugas.

—¿Qué tal, *mon preux*—dijo la dama haciendo al joven un reverencioso saludo—. Bien se da usted cuenta de que mi juventud ha pasado. Razón de más para que mi compañía le resulte agradable.

Mientras la dama hablaba de esta forma, la criada fue trayendo luces; después sirvió una cena exquisita.

Ambos se sentaron a la mesa en buena armonía mientras los gatos, haciendo mil monadas, rodeaban a su ama. Somerset encontró los manjares a su gusto y, escuchando la alegre charla de su interlocutora, se encontró pronto a su gusto. Cuando hubieron terminado de comer y de beber, la dama se reclinó en su asiento y, colocando en su falda a uno de los gatos, examinó detenidamente a su invitado sin dejar de mostrar una faz risueña.

—Temo, señora—dijo Somerset—, que mis modales no hayan correspondido exactamente con la opinión que usted se había formado sobre mi humilde persona.

—Querido joven—repuso la dama—, no tiene usted doblez. Le encuentro muy simpático y no habría podido tropezar con mejor madrina. No soy de esas personas que cambian continuamente de parecer; el que gana mi favor continúa disfrutándolo durante mucho

tiempo. Tomo las resoluciones con gran rapidez. Conozco a los hombres y a las mujeres con sólo mirarlos y siempre me porto con ellos siguiendo mis primeras impresiones. Le repito que la de usted ha sido en extremo favorable y si, como supongo, dispone usted de ratos de ocio, será fácil que lleguemos a un acuerdo.

—Señora—contestó Somerset—, ha adivinado usted mi situación. Soy un hombre de ingenio y de educación. Ambas cosas son unos excelentes compañeros, pero como por un capricho del destino no poseo un céntimo, no me sirven de gran cosa. Andaba esta tarde a la búsqueda de una aventura interesante o simplemente graciosa. Y la invitación que usted me dirigió, invitación que agradezco aunque ignoro su móvil, cuadraba perfectamente con lo que buscaba. Llámelo usted, si quiere, imprudencia. Pero estoy dispuesto a aceptar lo que usted me proponga.

—Habla usted muy bien. Es usted un hombre curioso y sorprendente. No es que me atreva a asegurar que esté usted completamente cuerdo, ya que no he tropezado con nadie que lo esté. La única que está completamente cuerda soy yo. Pero la índole de su locura resulta divertida y, a cambio de ella, le voy a contar a usted algunos detalles sobre mi carácter y mi vida.

Y la dama, sin soltar el gato que tenía en el regazo, dio comienzo a la narración siguiente:

RELATO DE LA DAMA HUMORÍSTICA

Fui hija primogénita del Pastor Fanshawe, quien disfrutaba de un importante beneficio en el vicariato de Bath y Wells. Nuestra familia era bastante numerosa y se distinguía por el ingenio que mostraban sus miembros, así como por la hereditaria cualidad de la belleza de sus facciones. Pero yo, desde los primeros años, descubrí disgustada los defectos de los parientes a los que me hallaba sujeta. Cuando yo era todavía muy niña, mi padre contrajo matrimonio en segundas nupcias y en esta segunda esposa de mi padre llegaron a cristalizarse los peores defectos de los Fanshawe. Aunque no debiera decirlo, yo era lo que se llama una hija modelo y mostré una ímproba paciencia ante mi madrastra, mas desde el día en que ésta entró en la casa sólo hallé en ella injusticia e ingratitud.

No era yo la única persona curiosa de la familia, pues un primo mío llamado Juan se mostraba también muy bueno y paciente. No había cumplido yo todavía los diez y seis años cuando noté que este primo mío se había enamorado de mí aunque el pobre era demasiado tímido para exteriorizar sus sentimientos. Estuve reflexionando durante varios días sobre la anómala situación que nos creaba la timidez de mi enamorado. Pero cuando noté que empezaba a rehuir mi compañía en lugar de buscarla, resolví tomar cartas en el asunto.

En una ocasión en que me hallé a solas con él en el jardín, le dije abiertamente que había descubierto su secreto y que de sobras me daba cuenta de que nuestras relaciones encontraríanse con la tenaz oposición de la familia. Por lo tanto, estaba dispuesta a huir con él. El pobre muchacho no cabía en sí de gozo y ni siquiera acertaba, en su emoción, a darme las gracias. Viéndole tan atontado me vi precisada a arreglar por mi cuenta todos los detalles de nuestra huida, así como los del casamiento secreto que la seguiría. Juan tenía proyectado para aquella época una visita a la metrópoli. Yo le rogué que no cambiara sus proyectos y que me prometiese que nos reuniríamos en el Hotel Tavistock. Fiel a lo convenido, el día en cuestión me levanté antes que los criados, recogí en un maletín unos cuantos objetos y el poco dinero que me pertenecía y me despedí para siempre de la Rectoría. A la mañana siguiente me encontraba ya en Londres. Cuando el coche me conducía al hotel, yo miraba encantada el gran tráfico de las calles y me imaginaba la forma en que Juan me recibiría. Mas, ¡ ay!, cuando pregunté en el hotel por míster Fanshawe, me aseguraron que aquel nombre no figuraba en la lista de hospedados. Ignoro si fue descubierto nuestro secreto o si Juan obró bajo una poderosa presión, lo cierto es que me encontraba sola completamente en Londres, mortificada en mis sentimientos y sin poder regresar al hogar paterno.

Me entregué al azar y busqué alojamiento en un hotel de los alrededores de Euston Road. Allí gusté por primera vez en mi vida de los placeres de la independencia. Tres días después se me advertía por medio del *Times* que me presentara en casa del procurador encargado de los intereses de mi padre. Allí prometieron darme con regularidad una pequeña asignación si prometía no presentarme nunca más en casa de mi padre. Contesté al procurador que no tenía ningún deseo de volver a ella. El procurador me miró, admirado por mi entereza, entregándome a continuación un trimestre de mi pensión así como algunos objetos de mi pertenencia y dos grandes baúles con mi ropa. Triunfalmente volví con todo ello a mi alojamiento. Me hallaba contenta de mi situación, que no esperaba una semana antes.

La cosa siguió bien durante algunos meses y si acabó ese agradable episodio de mi vida no tengo que echar la culpa a nadie, sino a mí misma. Tengo la mala costumbre de no ser amable con mis servidores. Mi patrona, con la que estaba en la mayor armonía, se permitió hacer cierta observación sobre un asunto baladí. Yo me sentí molesta y no pude menos de decirle que se estaba tomando demasiadas libertades y que saliera de mi cuarto. Durante un momento se quedó atónita, pero luego me dijo:

—Esta noche recibirá usted la cuenta y mañana saldrá de mi casa. Tendrá usted que pagarme todo lo que me debe y, de no hacerlo, sus baúles no saldrán.

Quedé muy sorprendida ante la audacia, pero como tenía que cobrar poco después un trimestre no me preocupaba demasiado. Aquel día, a media mañana, cuando salía de casa de mi procurador, me ocurrió un extraño sucedido. Un sucedido de esos que deciden el rumbo de una vida. La oficina del procurador se hallaba en una calle a la que se entraba por la Strand. Dicha calle quedaba confinada —hace de esto bastantes años— por una barandilla que miraba al Támesis. En estas vi venir hacia mí a la madrastra. Seguramente me buscaba. Seguramente se dirigía a casa del procurador. La acompañaba una criada que yo conocía, pero cuyo rostro quedó grabado desde entonces para siempre en mi memoria. Al verlas, me sentí presa de la mayor indignación. Era imposible huir. No me quedaba otro recurso que retroceder hacia la barandilla y fingir que me hallaba absorbida mirando las barcas que cruzaban el río o las chimeneas de la populosa Londres.

De pronto oí a mi espalda una voz que me dirigía la palabra valiéndose de un pretexto. Era la criada, que se había quedado esperando a mi madrastra y que no tenía la menor idea de quién fuera yo. Yo aproveché la ocasión para informarme sobre mi familia y sobre el vecindario. No me sorprendió lo más mínimo que hablase mal de sus señores, aunque tuve que hacer un esfuerzo para escucharla tranquilamente. Nos hubiéramos separado sin el menor incidente si, al terminar la conversación, no se la hubiera ocurrido sacar a relucir las aventuras de la hija mayor de sus amos, cosa que efectuó tergiversando notablemente los hechos. Yo sé perdonar, pero en aquella ocasión no pude contenerme y levanté la mano indignada. Mas, al hacerlo, el paquete con el dinero que me habían acabado de entregar se escapó de mis manos y cayó al río. Me quedé sorprendida, pero acabé por soltar una carcajada ante lo gracioso del incidente. En esto apareció mi madrastra. La criada, que seguramente me tomó por una loca, corrió a su encuentro. Yo seguí riéndome y cuando me presenté de nuevo al procurador para pedirle un anticipo sobre el siguiente trimestre, todavía no había recobrado la seriedad. Pero el procurador me dio una respuesta que me dejó fría. No podía entregarme nada a cuenta. Más tarde, con lágrimas en los ojos, consintió en entregarme diez libras de su bolsillo particular; era pobre y no podía hacer nada más en mi obsequio.

La patrona de la casa de huéspedes me estaba esperando.

—Señora—me dijo insolentemente—, he aquí el recibo. ¿Me lo puede, pagar ahora?

—Se lo pagaré mañana.

Y miré altivamente el papel, aunque sentía que en mi interior estaba temblando.

Estaba perdida. No tenía más que un poco de dinero y me hallaba entrampada. El importe de mi hospedaje —nunca se me olvidará— subía a veinte libras, treinta y cuatro chelines y siete peniques. Toda la tarde estuve sentada junto al fuego, considerando mi situación. Si no pagaba, la patrona no me dejaría sacar los baúles, y sin ellos y sin dinero, ¿dónde encontraría hospedaje? Tenía que pasar tres meses careciendo de techo y

de dinero. Pensé en huir, pero para ello tropezaba con una dificultad: el equipaje era demasiado pesado para poder llevármelo.

Me lancé a una extrema resolución y, tapándome la cara con un velo, me lancé a la calle. Era ya muy tarde y el tiempo estaba frío y lluvioso, porque nadie, excepto los guardias, transitaba por las calles. Y yo, por mi situación, temía a los guardias y cuando distinguía uno procuraba esquivarle. Unas pobres mujeres transitaban por las aceras. De cuando en cuando aparecía algún borracho. No podía acudir a nadie en mi desgracia y mi desesperación iba en aumento.

Al fin, en una esquina, me tropecé con un individuo que era indudablemente un caballero, ya que su porte y el cigarro que fumaba revelaban la opulencia. Mi rostro había perdido bastante belleza, pero conservaba todavía las facciones de la juventud. Y, aunque cubierta por el velo, pude observar que el caballero se asombraba de haberme encontrado. Animada, me dirigí a él:

—Señor—le dije, sintiendo que me latía apresuradamente el corazón—, señor, ¿puede una dama depositar su confianza en usted?

—Según, preciosa—contestó dando una chupada a su cigarro—. Depende de las circunstancias. Levántate el velo.

—¡Caballero—interrumpí—, se confunde usted. Me dirijo a un caballero para preguntarle si puede prestarme un favor. Pero no ofrezco recompensa.

—Eso es decir las cosas claras. La cosa me interesa. ¿Qué favor es ese que me pide?

A mí me convenía no entrar en muchos detalles.

—Si quiere usted acompañarme verá que voy muy cerca...

Me miró dudoso y luego, arrojando al suelo el cigarro, del que todavía le quedaba la mitad, dijo:

—Andando.

Me ofreció el brazo, mas yo, con amabilidad, me negué a aceptarlo. Procuré ir por el camino más corto y traté de que se trasluciera en mi manera de hablar mi posición y mi linaje. De esta manera pude tener seguro que me prestaría atención. Antes de entrar le rogué que bajase la voz y que anduviese de puntillas. Prometió hacerlo así y yo entonces le introduje hasta mi habitación, que se hallaba a la entrada.

—Y ahora, ¿qué es lo que tengo que hacer?—preguntó cuando yo hube encendido una vela con manos temblorosas.

—Deseo que me ayude a sacar estos baúles sin que nadie nos vea.

Cogió la vela y me dijo:

—Desearía verle la cara.

Me quité el veló y le miré sin decir palabra. Estaba dispuesta a llamar si veía en él la menor falta de respeto. El desconocido, con la luz en alto, estuvo mirando mi rostro durante algunos minutos.

—Bien—dijo al fin—, ¿adonde hay que llevarlos?

Me di cuenta de que había triunfado. Con voz temblorosa contesté:

—Podemos llevarlos entre los dos hasta la esquina de Euston Road y allí encontraremos un coche a pesar de lo avanzado de la hora.

—Perfectamente—dijo el desconocido.

Levantó el más pesado de los dos baúles y se lo echó a la espalda. Luego cogió el otro por un asa y me encargó que yo cogiera la otra. Salimos de la casa sin que ocurriera

ningún incidente, llegando hasta la esquina de Euston Road. Mi compañero se detuvo ante el portal que todavía se hallaba iluminado.

—Dejaremos aquí los bultos, a los que no perderemos de vista. Un joven y una joven recorriendo a estas horas las calles de Londres cargados con estos baúles van a llamar demasiado la atención.

Dejamos los baúles. Su observación me demostraba que el desconocido era precavido. Mientras dejábamos los baúles, se nos acercó un *policeman*, el cual dirigió su linterna hacia nuestros rostros.

—Parece que no hay coches—dijo el desconocido procurando sonreír.

Pero el agente contestó muy secamente y rechazó con muy malos modos el cigarro que le ofrecían. El joven le miró despreciativamente. Continuamos en la acera, soportando la lluvia. El *policeman* no cesaba de espiarnos.

Después de un largo rato, que nos pareció interminable, apareció, por fin, un coche, el rumor de cuyas ruedas rompía el silencio nocturno. Mi compañero lo detuvo.

—Pare—le dijo al cochero—, tenemos que llevar unos bultos.

A partir de este punto es cuando empieza el contratiempo de nuestra aventura, ya que el policía, al ver los baúles, sospechó que hacíamos algo malo.

La luz de la casa se había apagado ya y toda la fachada se hallaba a oscuras. Nada podía explicar la presencia de aquel equipaje. Todo se ponía en contra nuestra.

—¿Adonde llevan ustedes esos bultos?—preguntó el policía dirigiendo su luz al rostro de mi compañero.

—Salimos de esta casa—contestó el joven mientras cargaba rápidamente un baúl en el coche.

El guardia se volvió a mirar la casa, cuyas ventanas se hallaban completamente a oscuras. Luego dio unos pasos hacia la puerta con intención de llamar. De hacerlo así, nuestra perdición era segura. Pero luego, pensándolo mejor, se volvió de nuevo al coche.

—¿Adonde la llevo?—me había preguntado en voz baja mi compañero.

—A cualquier parte—contesté angustiada en voz baja—. No se me ocurre nada. Lléveme adonde le parezca.

En cuanto los baúles estuvieron cargados y yo acomodada en el coche, mi libertador dio en voz alta una dirección al cochero. El policía, tras unos segundos de perplejidad, anotó el número del coche y habló unos momentos en voz baja con el cochero.

—¿Qué le habrá dicho?—pregunté yo en cuanto emprendimos la marcha.

—No es difícil figurárselo. Le advierto a usted que tiene usted que ir a la dirección que he dado al cochero. Si varía usted de ruta el cochero nos llevará directamente a la delegación. Déjeme que la felicite por su serenidad. Por mi parte he pasado el susto más grande de mi vida.

Pero el desconocido estaba muy lejos de darse cuenta del estado de mis nervios. Me era imposible hablar y permanecí callada durante todo el trayecto. Cuando llegamos a nuestro destino el joven se apeó, abrió la puerta con la naturalidad del que está en su casa, hizo que el cochero entrase el equipaje al portal y luego le despidió, regalándole una buena propina.

Mi acompañante me condujo al comedor, que estaba elegantemente amueblado, pero que desde una legua se veía que pertenecía a un soltero. Hízome sentar y me ofreció un vaso de vino. En cuanto pude hablar le pregunté:

—¿Dónde estoy?

Me contestó que me encontraba en su casa y que convenía, antes que nada, reponer las fuerzas. Al decir esto me ofreció otro vaso de vino, mas yo, esta vez, no lo acepté a pesar de que lo necesitaba. Mi acompañante sentóse luego junto al fuego y, sin dejar de mirarme con curiosidad, se dispuso a encender otro cigarro.

—Y ahora—me dijo—, se dignará usted declararme con toda franqueza el delito en que ha tomado parte. ¿Se trata de un asesinato? ¿De un alijo? ¿Es usted ladrona o bien una inofensiva criada que huye?

Me extrañó sobremedida que encendiera otro cigarro sin pedirme permiso; antes, para hablar conmigo, arrojó al suelo el que iba fumando. Ante aquel gesto y aquellos insultos resolví explicarle mi historia y conquistar así todo el respeto que merecía. Con tono lastimero le conté lo que me había sucedido. Mas a medida que hablaba yo iba recobrando mi natural viveza y buen humor. Le conté las circunstancias de mi nacimiento, la huida de mi casa, las desventuras que sucedieron a la huida. El desconocido, sin decir palabra, me escuchaba mientras fumaba.

—Miss Fanshawe—me dijo cuando terminó—, es usted la mujer más deliciosa del mundo. Mañana iré a saldar la cuenta de su patrona.

—Interpreta usted mal mi confianza—exclamé—. Si hubiera usted sabido apreciar mi carácter habría comprendido muy pronto que yo no podía aceptar ningún dinero de usted.

—Pero su patrona no se enterará de este detalle. No quiero que me juzgue usted mal. Mi nombre es Enrique Luzmore y soy hijo segundo de Lord Southward. Poseo nueve mil libras anuales de renta y, además, esta casa y siete edificios más en los mejores lugares de Londres. Me parece que no soy muy feo. Y en cuanto a mi carácter creo que ya lo he demostrado. Me parece usted una criatura muy original y seguramente no he de decirle yo lo que usted sabe muy bien, esto es, que es usted extraordinariamente bonita. No tengo que agregar otra cosa sino que me he enamorado perdidamente de usted.

—Caballero — le contesté—, estoy dispuesta para ser mal juzgada. Pero creía que el hecho de aceptar su hospitalidad me defendía contra el insulto.

—Perdón. Lo que yo la ofrezco es el matrimonio— contestó retrepándose en la silla y reteniendo el cigarro entre los labios.

Confieso que quedé perpleja ante una oferta que me parecía singular, no sólo por ser inesperada, sino por la original manera en que fue hecha. Era algo muy ventajoso para mí. Por otra parte, se trataba de un hombre muy distinguido y su flema me encantaba. Terminemos: ocho días después me había convertido en la esposa del honorable Enrique Luxmore.

Llevamos, durante veinte años, una vida tranquila y apacible. Mi Enrique tenía su defecto: se enfadaba por la cosa más pequeña. Pero yo le quería mucho y nos llevamos muy bien. Al fin me lo arrebató la muerte. Así es la felicidad de la vida: una vana quimera. Al exhalar el último suspiro, mi marido me aseguró que olvidaba todo lo que yo le había impacientado para que yo olvidara las veces que él me había impacientado a mí.

Tuvimos de nuestro matrimonio una sola hija, Clara, que heredó todos los sentimientos de su padre, pero que, físicamente, era un retrato mío. Esto me hizo concebir esperanzas para el porvenir, que me prometía tranquilo. Pero no ocurrió así. Usted se extrañará seguramente si le digo que mi hija me abandonó, pero le aseguro que la cosa es la pura verdad. La dio por defender a las naciones oprimidas —sobre todo a Irlanda y a Polonia

— y perdió completamente la cabeza. Si alguna vez tropieza usted con una agraciada joven que responde al nombre de Luxmore, al de Lake o al de Fonblanque —usa indistintamente los tres—dígame de mi parte que olvido su crueldad y que, aunque nunca consentiré en verla, me hallo dispuesta a concederle una pensión.

Cuando mi marido murió me tuve yo que ocupar de sus asuntos. Ya he dicho antes que poseía ocho casas. Pues bien, para mí, las ocho casas fueron como ocho elefantes, dada la pesada carga que me acarreaban. La desconsideración de los inquilinos, la poca honradez de los administradores y la falta de escrupulosidad de los tribunales hicieron que mi vida fuera un continuo disgusto. Me enteré entonces de la injusticia y de la mala fe que imperan en el mundo. Me vi envuelta en innumerables pleitos, algunos de los cuales no se han fallado todavía. Seguramente ha oído usted muchas veces mi nombre: soy doña Pleito Sin Fin. Pero, al propio tiempo, soy de esas personas que no descansan hasta ver acabada la obra que comienzan. He tropezado con enormes obstáculos: insolencia e ingratitud por parte de los abogados, intransigencia y tozudez por parte de los, adversarios. Y en cuanto a los tribunales, muy buenas palabras, pero ni pizca de justicia. Y, a pesar de todo esto, yo, imperturbable, he perseverado.

Sucedió que, a raíz de haber perdido uno de mis pleitos, del cual vale más que no hablemos, tuve que hacer una penosa peregrinación para inspeccionar mis varias fincas. Cuatro de ellas se hallaban desalquiladas. A poco, fueron ocupadas tres por personas a las que no puedo ver, personas a las que deseo echar a la calle, para lo cual estoy removiendo cielo y tierra. ¡Me saca de quicio verlas instaladas en mis fincas!

Me queda por visitar una sola casa: ésta en que nos hallamos. La había alquilado al coronel Geraldine, caballero agregado al séquito de Florián de Bohemia, muy conocido en todas partes. Yo me había marchado a un hotel, pues me gusta la vida de hotel. Creí que, dada la índole de tal personaje, estaría libre de contratiempos por lo menos en lo que respecta a esta casa. Pero cuando vine, la encontré cerrada; al parecer, se hallaba abandonado. Pensé que una casa tan hermosa era mejor que estuviera alquilada y me propuse visitar a mi procurador al día siguiente. Al visitar la casa, se me despertaron los recuerdos de otro tiempo y tomé asiento en un sillón. Era una calurosa tarde de agosto. Todo estaba en silencio. A lo lejos se oía una música. Caí en una especie de aletargamiento.

El ruido de un coche que se detuvo en la puerta me despertó. Miré por la ventana y vi que el coche iba lleno de bultos y que tiraban de él magníficos caballos. Con gran actividad empezaron a descargar y a introducir en la casa gran número de cestas, botellas embaladas y cajas que debían contener servicio de mesa y lencería. Para ventilar, abrieron la ventana del comedor y se pusieron a poner la mesa como para celebrar un gran festín. Yo observaba todo esto bajo un castaño, cuya sombra me ocultaba. No había duda de que mi inquilino iba a volver y como observaba buen orden en todo me estaba callada. Mi sorpresa subió de punto al ver que los hombres, una vez preparado el comedor, se marcharon tal como habían venido.

Noté, a pesar de que faltaban varias horas para que se hiciera de noche, que habían dejado las lámparas encendidas. No había duda de que esperaban a unos invitados. "¿A quién dedicarán todos estos secretos preparativos?" —me preguntaba yo—. No soy gazmoña, pero sí amante de la sana moral. ¿Iba mi casa a servir de *petite maison*? Si era así, me vería precisada a entablar otro litigio.

Decidí irme a cenar al hotel y volver en seguida para ver cómo acababa la cosa. La noche estaba oscura y la luz de la luna hacía que la del alumbrado público pareciera pálido. Yo me había escondido a la sombra del castaño. El tiempo corría. Dieron las once en todos los relojes de la ciudad. En esto oí los pasos, de un caballero de agradable porte. Venía fumando y llevaba desabrochado el abrigo, que descubría un elegante traje. Avanzaba tan pausado y con tal gravedad que la cosa no pudo por menos de llamarme la atención. Al llegar a la puerta sacó un llavín del bolsillo y atravesó el umbral.

En cuanto hubo desaparecido observé que otro hombre, éste mucho más joven, se acercaba apresuradamente por el lado opuesto. A pesar de que hacía calor, el recién llegado iba embozado hasta los ojos en una capa. Cuando ya estuvo ante la puerta, pareció titubear, acabando por marcharse. No obstante, cambió nuevamente de pensamiento y volvió ante la puerta. Esta vez llamó y fue admitido.

Mi curiosidad subió de punto. Me oculté en la oscuridad todo lo posible, esperando los acontecimientos. No tuve que esperar mucho rato. A poco llegó otro personaje que también se ocultaba con una capa. Pero éste, en lugar de llamar en la entrada principal, dio media vuelta y, tras de atisbar por las ventanas, sacó una llave y abrió con ella la puerta de servicio. Antes de desaparecer en el interior de la casa, echó una ojeada por el exterior para ver si alguien le espiaba; y, al hacerlo, se había desembozado y pude ver, a la luz de la luna, que se hallaba pálido y agitado.

No me fue posible permanecer quieta más tiempo. Atravesé la calle y me dirigí hacia la puerta de servicio. El hombre que por allí había entrado no llevaba, al parecer, buenas intenciones. Siempre he sido resuelta. Vi entreabierta la puerta de la cocina y me introduje en ésta.

Aquella puerta había sido dejada entornada para facilitar la huida al criminal. Esto es lo que pensé. Pues bien, yo la cerraría, y, dicho y hecho, la cerré.

Del comedor llegaba el rumor de dos voces que conversaban alegremente. En el piso bajo, todo estaba silencioso. No niego que empezaba a asaltarme el miedo cuando, de pronto, en medio de la oscuridad, vi que un rayo de luz se filtraba a través de una puerta que daba al pasillo. Me dirigí hacia la luz con infinitas precauciones y al llegar a la puerta me la encontré entornada. Me aproximé más y miré por la abertura. Un individuo se hallaba sentado en una silla y escuchaba con gran atención. Ante él, sobre una mesa, veíanse un reloj, dos revólveres y una linterna. No pude contenerme y tiré de la puerta, echando la llave. Había cerrado al malhechor. Sorprendida yo misma de mi rasgo, me apoyé en la pared. No se oía el menor ruido. El hombre se había resignado con su suerte. Se hallaría preparado para lo peor. Subí luego la escalera y cuando me encontré en el primer piso me hice cargo de la situación intentando sobreponerme a mí misma.

Yo, que era la dueña de la casa, parecía una ladrona, ocultándome por los pasillos. Y, mientras tanto, dos desconocidos se solazaban en el comedor, sin sospechar que yo les había salvado de una desagradable sorpresa.

Era muy difícil no encontrar un tema de diversión en una situación tan extraña.

Junto al comedor había un pequeño cuarto destinado a biblioteca. Me incliné hacia él de puntillas y, pronto se dará usted cuenta del servicio que me prestó tal biblioteca. Hacía calor, como ya he dicho; los misteriosos individuos habían abierto la puerta de comunicación entre ambos aposentos, dejando abierta asimismo la ventana de la biblioteca, ya que, por lo visto, no querían abrir las del comedor para que los vecinos no supieran que la casa se hallaba habitada.

Las velas, colocadas en candelabros plateados, esparcían su claridad sobre el suntuoso mantel y sobre los restos de una opípara comida a base de fiambres. Los dos caballeros habían terminado su cena y fumaban magníficos cigarros. Cada uno tenía ante sí su copita de licor. El café, esparciendo su exquisito aroma, hervía en un precioso infiernillo de alcohol. El que parecía más viejo, que era el que primero había llegado, se hallaba enfrente de mí mientras que el otro me daba la espalda. Ambos, al igual que el individuo del subterráneo, parecían presa del miedo y escuchaban atentamente hasta los más pequeños ruidos que se percibían.

—Le aseguro—decía el de más edad—, que además del ruido de cerrar la puerta he oído pasos.

—Su Alteza está engañado—respondía el otro—. Tengo el oído muy fino y puedo asegurar que no se ha escuchado nada.

El que estaba de espaldas volvió un poco la cabeza y pude notar entonces que, a pesar de que afirmaba lo contrario, su rostro expresaba el mayor temor.

Su Alteza, que era el príncipe Florián, miró un instante a su compañero y aunque su actitud era bastante reposada comprendí que no estaba convencido del todo.

—Bien—dijo—, no se hable más del asunto. Ahora que he expresado claramente cuáles son mis sentimientos, permítaseme que solicite la misma franqueza.

—Os escucho con vivo interés.

—Sí, con especial paciencia—dijo con cortesía el príncipe.

—Con una simpatía que me maravilla—siguió el otro—. No sé cómo expresar el cambio que he sufrido. Poseéis una simpatía a la que se someten vuestros mismos enemigos.

Al acabar de hablar miró el reloj que había sobre la chimenea y palideció.

—¿Tan tarde es?—exclamó—. Por Dios, Alteza, abandonad esta casa antes de que sea más tarde aún. Os hablo completamente en serio.

El príncipe miró a su interlocutor y, con ademán deliberado, sacudió la ceniza de su cigarro.

—Debo decirle—exclamó luego—, que tengo por costumbre no acabar un cigarro si se desprende de él la ceniza, pues con ello desaparece el aroma y el sabor, no quedándome entre los dedos más que un triste esqueleto. Esta es la causa de que tenga por costumbre tirarlo y encender otro.

Y acompañando la acción a la palabra, arrojó el que tenía entre sus dedos.

—No os chanceéis de mis palabras—repuso el joven dominado por una intensa emoción—. Hago mi advertencia al precio de mi honor y exponiendo mi vida. No hay que perder un instante y si conserváis algún aprecio por un miserable que se ha engañado a sí mismo, pero que, sin embargo, posee buenos sentimientos, no miréis hacia atrás cuando salgáis de aquí.

—Caballero — exclamó el príncipe—, estoy aquí porque confío en su palabra. Le aseguro que continuo fiándome de ella. El café está preparado y me veo precisado a contrariarle.

Y con un cortés ademán le incitó a que se sirviera un poco de café. El desgraciado se puso en pie.

—Os ruego, por lo que más queráis, por vos y por mí, que os vayáis cuanto antes.

—Caballero, no soy un hombre miedoso y si hay en mí algún defecto es el de estar dispuesto siempre a curiosarlo todo. Me insta usted a que abandone esta casa, en la que

desempeño el papel de anfitrión. Tan sólo me resta añadir que si a ambos nos amenaza algún peligro será por su parte, no por la mía.

—¡Ay! No sabéis a lo que me obliga vuestra generosidad. Pero no, me niego a intervenir en esta trama.

Y dicho esto introdujo la mano en su bolsillo, llevándose acto seguido a la boca el contenido de un pequeño frasquito. Un instante después empezó a vacilar y cayó pesadamente al suelo.

El príncipe acudió en su ayuda mientras el otro se revolcaba en la alfombra. Yo oía al príncipe decir: "¡Pobre gusano, pobre gusano!" ¿Podemos preguntar qué es peor, si la debilidad o la perversidad? ¿Será posible que el abrazar ciertas ideas, nobles en sí mismas, acarree a un hombre una muerte tan deshonrosa?"

En aquel momento yo empujé la puerta y entré en la estancia.

—Alteza—dije—, no es hora de andarse con filosofías. Si nos damos prisa aún podremos salvar la vida de este infeliz. Del otro no tenemos por qué ocuparnos. Está bajo llave.

El príncipe habíase vuelto al entrar yo y me miraba sin la menor sorpresa, pero con tal expresión de extravío que casi perdí toda mi presencia de ánimo.

—Querida señora — exclamó—. ¿Quién diablos es usted?

Yo me encontraba en el suelo, junto al moribundo. Comprendía el que hubiese atentado contra su vida y empecé a probar antivenenos. En la mesa había aceite y vinagre, ya que el príncipe había preparado, en honor a su invitado, una de sus ensaladas preferidas. Le administré cierta cantidad de ambos líquidos, sin que en apariencia obtuviese el menor resultado. Recurrí entonces al café caliente, del cual le hice beber una taza.

—¿No hay leche?—pregunté.

—Temo que no—me repuso el príncipe.

—En ese caso echaremos sal, que es un buen revulsivo. Dadme la sal.—Quizás un poco de mostaza...—dijo el príncipe presentándome en un plato el contenido de varios saleros.

—¡Magnífica idea! Disolved una poca en un vaso de agua.

Fuese la sal, la mostaza, o ambas cosas, el caso es que apenas la probó el joven pareció reanimarse un tanto.

—¡Está salvado! — exclamé con entonación de triunfo.

—Tal vez, señora, su excelente obra no sea más que una crueldad—me replicó el príncipe—. Cuando se ha perdido el honor la vida ya no importa nada.

—Si Su Alteza llevara una vida como la mía—repuse—, estoy segura de que pensaría de modo muy distinto. Por lo que a mí se refiere, y a pesar de todas las contrariedades, he de decirle que siempre tengo la esperanza puesta en el mañana.

—Habla usted como una mujer de experiencia y siendo así debe usted tener razón. Pero al hombre se le pide una virtud tan fácil y pequeña que no satisfacerla es hacerse indigno del perdón. Pero permítame una pregunta, que se la hice antes aunque confieso que en tono descortés: ¿quién es usted y a qué debo el estar gozando de su grata compañía?

—Soy la dueña de esta casa—le respondí.

—Una falta más por mi parte—repuso el príncipe.

En aquel mismo instante se oyó la primera campanada de las doce y el joven, incorporándose con una expresión de horror y desesperación reflejada en el rostro, que no olvidaré en todos los años de mi vida, exclamó:

—¡Las doce, Dios mío!

Permanecimos sin movernos en nuestros sitios en tanto los demás relojes daban las doce. De súbito una fuerte detonación conmovió hasta los cimientos de la casa. El príncipe corrió hacia la puerta por donde yo había entrado, pero le intercepté el paso.

—¿Lleváis armas?—le pregunté.

—No, señora. Pero ahora caigo. Cogeré mi espada.

—El individuo que hay abajo tiene dos revólveres. ¿Estáis dispuesto a luchar en tales condiciones de inferioridad?

Se detuvo indeciso, como si no supiera lo que iba a hacer.

—De todos modos, señora, deberíamos enterarnos de lo que ha sucedido.

—¡No! — exclamé yo—. ¿Qué conseguiríais con ello? Tanta curiosidad por saberlo siento yo como podáis sentir vos, pero es preferible avisar a la policía, o a alguno de vuestros criados, si queréis evitar el escándalo.

—Señora—dijo con una sonrisa en los labios—, me sorprende que diga usted tal cosa, siendo tan valiente. ¿Pretende usted que envíe a otros adonde yo estoy dispuesto a ir?

—Tenéis sobrada razón. Sea lo que Dios quiera. Vamos allá. Yo alumbraré el camino.

Descendimos al piso inferior. Una vez ante la puerta de la cocina, la abrimos de par en par. El cuadro que se nos ofreció a la vista yo lo esperaba, si puedo hablar así. Estaba segura de encontrarme al malvado muerto, pero me fue imposible resistir el espectáculo de semejante suicidio. Tan inmutable el príncipe ante el horror como se había mostrado ante el peligro, me acompañó dando pruebas de suma galantería hasta el comedor.

El enfermo continuaba en éste, todavía pálido como la muerte, aunque había tenido fuerzas para sentarse en una silla. Nos tendió sus manos con gesto interrogante.

—¡Ha muerto!—dijo el príncipe.

—¡Ah! — exclamó el joven—. Querría estar yo también muerto. No podré sobrevenir a mi deshonra, sobre todo al ver que mi compañero se ha dado muerte. Señora, a no haber sido por su cruel auxilio no me remordería ahora la conciencia. Soy una víctima tanto de mis faltas como de mis virtudes. Desde que gocé de razón odié la injusticia. Los enfermos me angustiaban; lo mismo me pasaba cuando veía a menesterosos; el mendrugo que veía devorar al pobre amargaba mis bocados y en cuanto a los niños lisiados me hacían llorar. ¿No era esto ser noble? Y, sin embargo, vea a lo que me han llevado mis ideas. Mi afán por las cosas rectas y justas me ha dominado siempre. ¿Qué se puede esperar de los reyes o de los que nadan en la opulencia? La historia siempre se repite. El burgués, nuestro actual tirano, es siempre ruin y cobarde. Siempre, a través de los siglos, ha querido estar por encima del pueblo. Pero su ignorancia le lleva a su ruina. ¿A qué esperar, pues, si sus días están contados? ¿Podría dejarse a un pobre niño que se mojara en el arroyo? Podrán llegar mejores días, pero no por ello dejará de morir aquel desgraciado. Príncipe, yo me alisté con los enemigos de esta sociedad injusta lleno de ardoroso entusiasmo. Y en el juramento que presté se comprendía toda mi historia. Empeñé mi prosperidad por la de las generaciones venideras. Estaba preparado a todo y mi padre, quejoso de mi conducta, me echó de casa. Me iba a casar con una honrada joven y la boda se deshizo, ya que mi novia creyó que con mis pretextos la ocultaba la verdad.

Me encontré aislado. Pasaron los años y las ilusiones fueron acabándose. Rodeado de revolucionarios veía que crecían en audacia; pero mi fe decrecía. Lo había sacrificado todo por la causa y a cada momento me preguntaba si progresábamos. La sociedad contra la que peleábamos era ciertamente detestable, pero más lo eran las armas que

empleábamos. No hablaré de mis sufrimientos ni tampoco de cómo al ver a padres de familia que se dirigían alegres y felices al trabajo me reprochaba mi corazón el sacrificio inútil que yo estaba llevando a cabo. Debido a la miseria y a la escasa alimentación perdí la salud. En mis largas peregrinaciones nocturnas sufrí el frío y la lluvia. Estos padecimientos corporales se unían con los del espíritu. A todos los que se encuentran en mi caso les pasa lo mismo. Se trata de un juramento fácil de hacer y difícil de cumplir, un juramento hecho en plena juventud del que luego se arrepiente uno, un juramento que encarna una santa verdad, pero que más tarde acaba siendo el mero símbolo de una esclavitud. Tal es el yugo que abrazan tantos jóvenes resultando luego un gran peso durante toda su vida, una carga mucho peor que la muerte. No podía seguir prestando sumisión. Rogué que se me eximiese de los compromisos, pero mi petición fue rechazada. Resolví huir, recorriendo precipitadamente varios países hasta refugiarme en París. Alquilé un departamento en la calle San Jacques, frente al Val de Grâce. Mi cuarto era reducido y pequeño, pero tenía sol durante todo el día y por la ventana veíanse unos jardines. Desde él oía el canto de un pajarillo que poseía un vecino. Allí podría reposar tranquilo, pues me encontraba enfermo. Me rebelaba contra las ideas que había estado sirviendo. Pero ahora no estaba ya bajo las órdenes del comité y me veía libre de actos vergonzosos. ¡ Oh, qué dulce período de paz! Muchas veces, al dormir, creo oír todavía los dulces trinos de aquel pajarillo... Pero el dinero se me acababa y me urgía encontrar un empleo. Estuve buscándolo durante tres días y al final noté que me seguían. Estaba seguro de que el rostro del que me espiaba me era desconocido y busqué refugio en un café simulando leer los periódicos, pero en realidad, profundamente atemorizado.

Al salir a la calle no vi a nadie y me empecé a tranquilizar. Pero apenas inicié mi marcha noté que me seguían de nuevo. No había tiempo que perder. Una oportuna sumisión pedía salvarme todavía. Entonces corrí a presentarme a la Agencia parisiense de la sociedad a que yo había pertenecido. Admitieron mi sucesión y me vi de nuevo en el trabajo que tanto odiaba. No dejaba, sin embargo, de admirar y de odiar a muchos de mis compañeros. Ellos se consagraban en cuerpo y alma a sus proyectos. Mas yo, que antes abrigaba su mismo entusiasmo, era ahora un desilusionado que venía obligado a trabajar en ello para no perder la existencia. En suma, que tenía que vivir para obedecer y obedecer para vivir. La última comisión que me encargaron ha sido la de esta noche, comisión que ha acabado tan trágicamente. Ocultando quién era, yo debía solicitar a Vuestra Alteza una audiencia, pretexto para asesinaros. Lo único que restaba de mis convicciones era el odio a los reyes, de suerte que acepté con gusto el encargo. Pero me habéis vencido, pues habéis conquistado mis simpatías. Vuestro carácter y vuestro talento habían sido falseados. Yo fui olvidando poco a poco que erais príncipe para recordar tan sólo que erais hombre. Y cuando la hora se aproximaba, me sobresalté tanto que ya visteis, cuando oí las pisadas de mi cómplice, cómo os insté para que os marcharais. Pero no quisisteis; ¿qué podía hacer yo? Me era imposible mataros; mi corazón se rebelaba y mi brazo se negaba a hacerlo. Por otra parte, mi cómplice se iba a presentar aquí de un momento a otro y yo debía evitar que le detuvieran y, al mismo tiempo, evitar que os matara. En tal trance solamente la muerte me podía salvar y si continúo viviendo no es ciertamente culpa mía. Pero usted, señora, había venido al mundo para salvar al príncipe deshaciendo nuestros planes. Ha prolongado usted mi vida y ha causado usted la muerte de mi compañero, el cual oyó los relojes y como le era

imposible ayudarme y se creía deshonrado, pensó que lo mejor para él era darse la muerte.

—La verdad es—dijo el príncipe—que su generosidad de usted le ha puesto en este aprieto y yo no le reprocharé la menor cosa. Pero es extraño, señora, que tanto usted como yo, que practicamos virtudes minúsculas y cometemos faltas comunes a todos, podamos vivir bajo el odio de la Providencia con las manos limpias y la conciencia tranquila mientras este joven infeliz se encuentra sin tener quien le proteja. Señor mío — y el príncipe se volvió hacia el joven—, no os puedo favorecer porque tal cosa provocaría las tempestades que sobre usted se ciernen, pero le dejo en libertad.

—Por mi parte—declaré yo—le ruego a usted que se lleve el cadáver. Tal cosa corresponde a ustedes si es que se precian de caballeros.

—Así se hará—contestó el joven con voz temblorosa.

—Y a usted ¿en qué puedo servirla? La debo la vida—dijo el príncipe dirigiéndose a mí.

—Príncipe—contesté—, tengo mucho cariño a esta casa por los recuerdos que encierra para mí. Los inquilinos que la han habitado me han causado siempre mil disgustos. Bendije a mi buena estrella cuando vi que me la alquilaba un empleado de usted. Pero ahora soy de otro parecer. No quiero un inquilino de tal linaje. Rescindid el contrato y os quedaré agradecida.

—Debo decirles que el coronel Geraldine no es otro que yo, que me oculto bajo ese nombre, y que os agradecería que no me considerarais como inquilino molesto.

—Alteza, siento una sincera admiración por vos, pero en lo que respecta a mi casa no puedo dominar mis sentimientos. Pero como no trato de ofenderos, os doy mi palabra de que si os marcháis, nadie más ocupará la casa.

—Señora, defiende usted su causa tan bien, que no puedo negarme.

Los tres nos marchamos de la casa. El joven todavía vacilante, se fue a pedir ayuda a sus compañeros. El príncipe, que era muy galante, me acompañó hasta la puerta de mi hotel. Al día siguiente fue rescindido el contrato y desde entonces acá no he admitido más inquilinos en esta casa.

LA CASA DE LA PLAZA DORADA (Continuación)

En cuanto la anciana terminó su relato, Somerset se apresuró a ofrecerle sus respetos.

—Señora—la dijo—, la historia que ha relatado es amena e instructiva y usted la ha contado muy bien. Su final ha llegado a emocionarme porque da la casualidad de que mis opiniones liberales me hubieran llevado a alguna sociedad secreta caso de haber tropezado con ella. Pero todo lo que ha dicho usted me ha abierto los ojos. Precisamente soy la persona más a propósito para sacar a usted de perplejidades. Tengo un carácter muy vehemente.

—No sé lo que me dice, no le comprendo—exclamó irritada la señora—. Ha interpretado usted mal mis palabras y tal cosa me sorprende.

Somerset se sintió alarmado y se apresuró a rectificar.

—Señora, usted, a su vez, interpreta mal mi observación. Mi conciencia se rebela al ver lo que usted ha sufrido por causa de personas que tienen el carácter como el mío.

—Muy bien dicho. Pocas personas confiesan sus errores.

—Pero la verdad es que en todo esto no veo nada que me concierna.

—Ahora lo verá usted—continuó la señora—. En la promesa que hice al príncipe hay algo que se relaciona con nuestro asunto. Me gusta ir de acá para allá y cuando no tengo ningún pleito pendiente gusto de pasar temporadas en los balnearios. A mí me gusta la sociedad de las gentes. Bien, vayamos al grano. No puedo arrendar esta casa. Pues bien, pienso hacerle a usted un favor cediéndosela con muebles y todo para que viva en ella. Ha sido una idea repentina que seguramente levantará las protestas de mis allegados cuando se enteren de ello. Aquí tiene usted la llave. Mañana, cuando usted vuelva, ya no me encontrará usted a mí ni a los gatos, los cuales podrían molestarle si se quedaran aquí.

Dicho esto, se levantó para dar a entender al visitante que debía marcharse. Pero Somerset, mirando la llave, se puso a hacer objeciones.

—Mistress Luxmore, esto es completamente imprevisto. Usted no me conoce. Sólo sabe que soy tímido y resuelto a la vez. Pero puedo resultar al mismo tiempo un granuja. Figúrese que vendo sus muebles...

—Por mí puede usted hacer volar la casa con dinamita. No me importa. Es inútil que proteste. Cuando se me antoja una cosa no paro hasta conseguirlo. Este es mi gusto y basta. Usted, por su parte, puede obrar como le parezca, alquilar los pisos, reservárselos, etc. Le prometo que le avisaré un mes antes de mi regreso. Sepa que cumplo religiosamente mis promesas.

El joven iba a replicar de nuevo cuando notó en el rostro de la dama un brusco cambio de expresión.

—¿Es que va usted a exteriorizar una falta de respeto?—dijo.

—Señora — contestó resueltamente Somerset—, acepto. La ruego que se convenza de que acepto lleno de gratitud.

—Perfectamente. No se hable más. Buenas noches.

Y condujo al joven hasta la puerta, dejándole en la calle aturdido y con la llave en la mano.

Al día siguiente, por la mañana, Somerset se dirigió hacia la plaza en que estaba enclavada la casa en cuestión, plaza que llamaremos dorada, aunque no sea ese su

verdadero nombre. Ignoraba cómo le iban a ir las cosas, pero como se trataba de un hombre que se ilusionaba fácilmente, le era agradable pensar en la aventura en que se veía envuelto. Sorprendido por la magnificencia de la casa la miraba admirado. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta, penetrando rápidamente en su interior y recorriendo atónito todas sus habitaciones. Los gatos, la servidumbre y la señora habían desaparecido tan completamente como desaparece lo escrito en una pizarra por donde pasan la esponja de borrar. Recorrió todos los pisos. La casa era muy grande; la cocina, muy cómoda; todos los cuartos espaciosos. El salón, en particular, se hallaba decorado con exquisito gusto. En la casa daba el sol, pero, no obstante, sentíase en ella el frío de una casa deshabitada. El polvo y la oscuridad se metían por los ojos. Somerset oía el eco de sus propios pasos y el rumor del viento que agitaba los árboles.

La biblioteca se hallaba junto al comedor. La anciana, en su relato, había hablado de ella. Estaba situada sobre las cocinas del piso inferior. Somerset pensó que la biblioteca podría servirle de dormitorio poniendo en ella una cama de hierro que había visto en una de las habitaciones superiores. En el comedor, que era grande, ventilado y estaba muy alumbrado, podría pasar agradablemente las horas, guisar e incluso dedicarse al noble arte de la pintura, al que había decidido dedicarse. Pronto volvió a la casa cargado con su modesto ajuar. El mozo de cuerda que le ayudó a transportar los bultos le ayudó asimismo a armar la cama, lo cual se lo agradeció con una modesta propina.

Cuando Somerset salió de la casa, a las seis, para ir a cenar, volvióse ya en la calle para contemplar el edificio, sintiéndose tan orgulloso de él como si éste le perteneciera. Permaneció un rato apoyado sobre la verja de la plaza, sin dejar de silbar con la ayuda de la llave. Se preguntaba si no era víctima de un agradable sueño.

A los pocos días, todos los aristocráticos inquilinos de la plaza se dieron cuenta de las singulares maneras que gastaba aquel nuevo inquilino. A lo mejor salía al balcón a las cuatro de la tarde, fumando su pipa. Otras veces hacía una escapada a una taberna vecina, de la que volvía con una jarra de cerveza en la mano. Tales cosas excitaron el interés y la indignación de los chismosos criados de las otras casas. Pero Somerset supo ser amable con todo el mundo y muy pronto, a fuerza de buenas palabras y de convites, se granjeó la simpatía de todos sus adversarios.

El joven sentíase inclinado al arte de Rafael, en parte para romper la monotonía de su vida y en parte porque lo prefería a cualquier oficio. Transformó la mitad del comedor en un estudio para él y se dispuso a reproducir cuadros de la Naturaleza. Coleccionó una gran variedad de objetos, cogidos al azar por la cocina, por el salón y por el jardín, y se dispuso a pasar horas enteras entregado a su asiduo trabajo. Pero la soledad de aquel piso desocupado le preocupaba. Dejar que aquella riqueza quedara improductiva era una falta de energía. Puesto que contaba con el beneplácito de Mrs. Luxmore, resolvió poner en la ventana un cartelito anunciando que se alquilaban habitaciones amuebladas. Una hermosa mañana de julio colocó el cartel. Luego salió a la plaza para juzgar el efecto que causaba. Le pareció adecuado. Volvió entonces al salón de la casa para calcular cuánto dinero podría pedir de los alquileres.

La idea de alquilar las habitaciones le distrajo bastante del arte de la pintura, ya que se pasaba las horas muertas en el balcón, con la pipa en la boca, esperando que alguien entrase a preguntar; parecía un pescador esperando un tirón del anzuelo. No faltaban transeúntes que se detuvieran ante el letrero, mas lo cierto era que todos pasaban luego de largo. Diríase que hallaban algo repulsivo el edificio. Parecía que todos estaban de

acuerdo. Somerset tuvo que sufrir, pues, las impertinentes miradas de los que buscaban piso, y aunque siempre se apresuraba a hacerse el distraído y a ocultar su pipa, nadie llegó a preguntarle el precio del alquiler. Llegó a atribuir la cosa al sentimiento de repugnancia que inspiraba su propia persona, pero al pensar en tal cosa echó una mirada al espejo y sus temores se disiparon en el acto.

Era forzoso, sin embargo, admitir una causa. Había calculado cuidadosamente lo que la casa le podría producir semanalmente. Y ahora veía que, a despecho de la aritmética, los resultados eran igual a cero. Anduvo preocupado hasta que al fin llegó a la conclusión de que el error radicaba en el procedimiento. —Este es el siglo del reclamo—pensaba—, el siglo del hombre-anuncio, el del legendario jabón de Pear, el de la sal de fruta Eno, la cual, valiéndose de rimbombantes reclamos, ha desterrado la sal pirética de Lamplough que se usaba durante la infancia. Y yo, que me precio de conocer al mundo, he usado como anuncio medio pliego de papel de cartas, unas cuantas palabras frías que no dicen nada a la inteligencia y, por todo adorno, cuatro sellos de lacre rojo. ¿Es que no voy a remontarme yo también como la sal de fruta Eno? ¿No voy a acomodarme, como el traficante, a la realidad de la vida?

Como consecuencia de sus pensamientos se hizo con varias hojas de papel de gran tamaño y, abandonando sus pinturas, se dispuso a confeccionar una muestra que llamara la atención de los transeúntes; muchos colorines, muchas palabras escogidas; en fin, una composición realista que hablara de las delicias que esperaban a los que traspasaran los umbrales de aquella casa. Tales debían ser los elementos de su anuncio.

Pero si era fácil pintar las dulzuras del hogar, niños de rubia cabellera y un puchero humeante puesto en el hogar, era preferible y estaba más en consonancia con sus propias inclinaciones pintar los encantos de un vivir libre, un paraíso tan envidiable como el paraíso de Mahoma. El artista estuvo tanto tiempo sin saber por qué cuadro decidirse, que se encontró con que ambos estaban terminados. Su buen corazón le impedía posponer a ninguna de sus obras de arte, así que resolvió exponerlas alternativamente. De esta forma, todas las clases sociales podrían acudir a su llamamiento. Una moneda, lanzada a cara o cruz, le proporcionó la solución. Le tocó el turno al cuadro más recargado de pintura. El letrero resultaba expresivo y la alegoría muy atrevida. Salvo ciertas imperfecciones, el cuadro podía tomarse por un modelo en su género. Cuando lo contempló desde la verja de la plaza, Somerset sintió un entusiasmo de artista.

—¡Qué triunfo! He dado con un tema que no tiene precio. Este será el primer cuadro que someta a la aprobación de la Academia.

Pero la realidad no se mostró en consonancia con estas palabras. Cierto que algunos transeúntes se agolpaban de cuando en cuando ante la fachada, pero su objeto no era otro que el de burlarse. El más atrayente de los cartones no ofrecía, pues, ningún éxito. Somerset pudo convencerse, avergonzado, de que sólo excitaba la hilaridad pública. Pero al día siguiente, un caballero muy bien vestido llamó a su puerta. Parecía muy contento.

—Perdone—dijo—, pero querría saber lo que significa ese extraordinario cartel.

—Me parece—contestó Somerset con sequedad—, que la cosa está bastante clara.

Y ya se disponía a cerrar la puerta cuando el caballero, interponiendo su bastón, lo evitó.

—Le ruego que se calme. Si es cierto que usted alquila habitaciones, quizás nos arreglemos. Desearía verlas y que me diera usted precios.

Somerset se puso muy contento. Hizo pasar al visitante, al que enseñó todos los departamentos, cuyas comodidades elogiaba. El caballero quedó admirado del lujoso salón.—Esto me conviene—acabó por decir—. ¿Cuánto quiere usted por este piso y el de arriba? —Cien libras semanales.

—No seré yo quien las pague—exclamó el caballero.

—Bien, pues se lo dejaré por cincuenta — rebajó Somerset.

—Es usted muy elástico en sus peticiones—recalcó el otro—. ¿Qué le parece si, imitando sus procedimientos de divisibilidad, le ofrezco veinticinco?

—¡Trato hecho!—se apresuró a decir Somerset.

Y después, candorosamente, añadió:

—Después de todo, es dinero que me encuentro.

—Siendo así — dijo estupefacto el caballero—, no tendré que abonar nada más.

—No... creo que no—dijo titubeando el inexperto casero.

—¿Entra también el servicio?—prosiguió el desconocido.

—¿El servicio?—preguntó Somerset que no había comprendido la pregunta—. ¿Cree usted que yo voy a recoger sus aguas sucias?

—Apreciable joven — dijo el caballero mirándole amistosamente—, siga usted mi consejo y no se meta más en negocios como éste. No son adecuados a usted.

Y dando media vuelta, desapareció.

El autor de los carteles sintióse desorientado. Colocó los carteles en el comedor y puso en la ventana el cartel primitivo, al que añadió las siguientes palabras: "Sin servicio". Pero no pudo por menos de sentirse melancólico. Su naturaleza se hallaba siempre dispuesta hacia la melancolía y sintióse decepcionado ante el fracaso de sus proyectos, el ridículo que corriera durante la entrevista con el caballero y la ceguedad del público, que no había sabido apreciar el mérito artístico de sus cuadros anunciadores.

Una semana después llamaron a la puerta. Un caballero, que parecía extranjero y militar, solicitó ver las habitaciones. Iba afeitado y llevaba sombrero flexible. Según dijo, un amigo suyo, muy delicado de salud y necesitado de vida retirada y tranquila, le había encargado buscar un alojamiento que no fuera de huéspedes.

—La particular cláusula del anuncio me ha llamado la atención—siguió el caballero—. Esto le convendrá seguramente a mi amigo Jones, he pensado. ¿Ejerce usted alguna profesión?

—Soy artista—respondió el joven.

El desconocido miraba los cuadros desparramados por el comedor.

—Y éstas son seguramente sus obras. Muy notables.

Luego miró escrutadoramente el aspecto del joven.

Somerset, muy ruborizado, guió al visitante a través de la casa.

—Perfectamente — dijo el desconocido mirando a través de una abierta ventana—. La cuadra está allí detrás, ¿no es cierto? Muy bien. Mi amigo se quedará con el salón y dormirá en esta habitación. Su ama de llaves, una irlandesa, dormirá en el desván. Le pagarán diez dólares semanales y usted, por su parte, queda obligado a no admitir a ningún inquilino más. ¿Acepta?

Somerset no encontraba palabras con que expresar su gratitud y su alegría.— Entonces queda convenido—dijo el otro—. Para ahorrarle molestias, mi amigo traerá algunos hombres que le ayuden en el cambio de muebles. Verá usted qué retraído es mi amigo. Recibe muy pocas visitas y sólo sale por las noches.

—Desde que vivo aquí — respondió Somerset—, apenas salgo tampoco, si no es para comprar cerveza. Eso sí, alguna noche me voy a divertir. Uno debe divertirse también. Convinieron la hora, desapareció el desconocido y Somerset se puso a calcular qué cantidad representaba en moneda inglesa la cantidad en que habían quedado. El resultado no le satisfizo del todo, pero ya no podía deshacer el trato y no había otro remedio que conformarse. Esperó la llegada del inquilino probando, por medio de varias operaciones aritméticas, si conseguía hacer que el dólar diera más de sí, pero no lo consiguió. Impaciente al ver que avanzaba la noche, salió al balcón. El crepúsculo daba las boqueadas. No corría el más ligero soplo de viento y el ambiente era tibio. Los faroles del alumbrado público brillaban, disipando la oscuridad del centro de la plaza. Las ventanas de las demás casas se hallaban iluminadas. En los distintos comedores se oía preparar las mesas provistas de blanco mantel y de botellas de vino selecto. Las estrellas apuntaban ya en el firmamento cuando Somerset pudo notar que tres carruajes se detenían ante la casa. Iban cargados con grandes baúles y habían andado por la calle con gran lentitud, lentitud que el joven no pudo menos de relacionar con la enfermedad de su inquilino.

De los coches bajaron el señor que había estado allí por la mañana y, además, dos hercúleos mozos de cuerda. Estos, rehusando la ayuda de Somerset, se pusieron a colocar en los sitios designados por el individuo los cestos y los baúles, armando luego la cama en el lugar elegido para dormitorio. Cuando los preparativos estuvieron terminados, bajó del tercer coche un caballero de gran estatura que daba el brazo a una mujer enlutada que parecía una viuda. El mencionado señor iba envuelto en una capa y ocultaba su rostro por medio de una bufanda de colores.

Somerset le vio solamente un momento, al pasar. El caballero alto se encerró más tarde en el salón y los demás partieron. Y si la enfermera no se hubiera presentado más tarde para preguntar si había por las cercanías alguna posada decente, Somerset se hubiera creído solo en la casa.

Los días se sucedieron sin que Somerset hablara nunca con su misterioso inquilino. Las puertas del salón no se abrían nunca y aunque Somerset oía pasos en su interior el hombre alto no salía nunca de allí. Visitantes sí llegaban muchos, algunas veces, al anochecer, otras, a altas horas de la madrugada. Los visitantes eran hombres en su mayoría. Unos iban pobremente vestidos y otros vestían muy lujosamente. Unos eran distinguidos, otros ordinarios. Y todos parecían desagradables para Somerset. Parecían inquietos y sobresaltados. El caballero que tenía trazas de militar, mirado más de cerca, no parecía tal caballero. En cuanto al doctor que asistía al enfermo, tampoco parecía un doctor, es decir, un hombre poseedor de una carrera universitaria. Además, el ama de llaves, tampoco parecía muy católica. Siempre andaba cargada con frascos de whisky y aunque nunca se mostraba muy comunicativa a veces le parecía a Somerset que se tomaba demasiada confianza. Cuando se la preguntaba por la salud del enfermo agitaba la cabeza con pesadumbre y decía que el pobre caballero estaba muy grave.

Somerset no salía de su asombro. Los pájaros de mal agüero que se reunían en la casa, los extraños ruidos que salían del salón a altas horas de la noche, el descuidado servicio y los intemperados hábitos de la enfermera, la absoluta reclusión de míster Jones, todo esto ejercía penosa impresión sobre la mente del joven. La idea de que existía algo irregular y oculto le obsesionaba y esta idea se afianzó más en su mente el día en que pudo observar las facciones de su inquilino. La cosa ocurrió de este modo: el joven

despertóse cierta noche a consecuencia de un ruido que oyó en el salón. Tiróse de la cama, abrió la puerta de la biblioteca y pudo observar que el hombre alto, con una vela encendida en la mano, se hallaba hablando con otro hombre. La luz daba de lleno en el rostro de ambos y Somerset no descubrió en el de su inquilino la menor huella de enfermedad. Mientras observaba, los dos hombres se despidieron y el inquilino marchóse escaleras arriba sin dar la menor muestra de cansancio o debilidad.

Aquella noche, con la cabeza recostada en la almohada, Somerset sintió que dentro de sí se desarrollaba una fuerza que podríamos llamar detectivesca. Desde el día siguiente empezó a observar atentamente todo lo que ocurría. Aquel día iba a ser fecundo en sorpresas. En cuanto se sentó ante el caballete, ocurrió la primera. Un coche cargado con equipaje se detuvo ante la puerta y de él bajó míster Luxmore en persona, que subió rápidamente la escalera y llamó a la puerta. Somerset se apresuró a abrir.

—Querido, vengo como caída del cielo—dijo alegremente—. Me alegro de hallarle aquí. Creo que se alegrará usted de que le devuelva la libertad.

Somerset no encontraba palabras con que dar la bienvenida. La dama se introdujo vivamente en el comedor, donde, a los pocos pasos, se detuvo sorprendida. Su asombro estaba muy justificado. Sobre la mesa se veían platos y botellas vacías. En el fuego se asaban unas chuletas. El suelo se hallaba literalmente lleno de libros, ropas, bastones y materiales de arte pictórico. Pero lo que más sorprendió a la dueña fue el rincón del cuarto en que las naturalezas muertas se hallaban amontonadas. De un montón de rocas sobresalían una calabaza, un caldero de cobre y la concha de un cangrejo cocido.

—Pero... ¿qué es esto?—gritó asombrada la dueña de la casa.

Luego, volviéndose irritada hacia el joven, añadió:

—¿Qué clase de hombre es usted? Parecía usted un caballero, pero por lo visto es un verdulero. Haga el favor de empaquetar esos objetos y salir de mi casa.

—Pero, señora, usted me prometió que me avisaría con un mes de anticipación.

—Sí, es verdad, mas ahora le digo que desaloje al momento.

—Señora, por lo que a mí se refiere, la complacería con mucho gusto, pero... ¡tengo un inquilino!

—¿Un inquilino?

—Sí, ¿por qué negarlo? Hace una semana que lo tomé.

La dama dejóse caer en una silla exclamando:

—¡Un inquilino! ¿Y... cómo vino a usted?

—Por medio de un anuncio. Pero no es que yo haya vivido ocioso—y sus ojos se elevaron involuntariamente hacia los cuadros—. He estado trabajando.

Los ojos de la señora siguieron su mirada, y la dama, sacando de su bolso una lente, examinó los cuadros. Su rostro se animó, exclamando:

—¡Oh, delicioso! Es usted encantador. Espero que expondrá estos cuadros en el Museo Pherson—dijo dirigiéndose a su doncella que se había quedado en el pasillo—, almuerzo con míster Somerset. Toma la llave de la bodega y sube buen vino.

Durante el almuerzo mostró muy buen humor, obsequiando a Somerset con veinticuatro clases de vino. Cada vez que descorchaba una botella decía:

—¡Por las encantadoras pinturas de usted! Cuando usted se marche me las dejará, ¿no es cierto?

Finalmente, afirmando que aquella casa era el manicomio más absurdo de Londres, se marchó, indicando de una manera vaga que se marchaba al continente.

En cuanto la dama se marchó, Somerset se encontró en el corredor con la enfermera irlandesa. Al parecer no estaba bebida. Dijo que la salud de míster Jones había empeorado después de la visita de míster Luxmore y que solamente una franca explicación podría tranquilizar al enfermo. Somerset, algo sorprendido, contestó lo que le parecía pertinente al caso.

—¿Eso es todo?—gritó la mujer—. ¿Esa es toda la verdad?

—Señora—replicó el joven—, no me imagino lo que se puede usted pensar. Suponga que esa señora fuera amiga de mi esposa, suponga que esa señora es mi abuela, suponga que es la Reina de Portugal... ¿qué le importa a míster Jones?

—¡Dios mío!—exclamó la enfermera—. ¡Cómo se alegrará él al oír todo esto! Y subió volando la escalera.

Somerset, pensativo y haciendo muchas suposiciones, volvió al comedor. Distráido, apuró el contenido de una botella. El vino era Oporto, el único vino capaz de competir con el tabaco. Apurando traguito tras traguito, fumando y teorizando, Somerset iba analizando sus sospechas y se volvía más y más osado cuanto menos Oporto quedaba en la botella. Aunque no se vanagloriaba de ello, era un escéptico y no odiaba ni a los vicios ni a la virtud. Contemplaba el mundo sin preocuparse por la moral consecuencia frecuente de la juventud y de la salud. Al mismo tiempo se hallaba persuadido de que albergaba a unos malhechores bajo su techo y una especie de instinto de la caza le impelía a la severidad. La botella tocaba a su fin. El sol estival se había ocultado completamente y el hambre y las tinieblas de la noche le sacaron de su ensimismamiento.

Se marchó a cenar al *Criterion*, un restaurante que no estaba muy de acuerdo con su bolsillo, pero sí con el vino que había ingerido. Entre unas cosas y otras, pasaba de la media noche cuando volvió a su casa. En la puerta había un carruaje, y Somerset, al entrar, dióse de manos a boca con uno de los frecuentes visitantes de míster Jones; este visitante iba muy bien vestido y llevaba barba en punta, a la americana. Poseía una gran figura y unas facciones muy acusadas. Llevaba una maleta al hombro. Somerset, al ver que un visitante se llevaba un bulto por la noche, se acordó de algunas historias que había leído: realquilados que no solamente sacan de la casa sus efectos en secreto, sino que también se llevan los efectos de los que le dieron albergue. No lo pensó mucho y, entre divertido y suspicaz, se hizo el borracho y tropezó con el hombre, al que se le cayó la maleta al suelo. El visitante palideció intensamente e, invocando el nombre de Dios, se acurrucó en un ángulo de la escalera. Al mismo tiempo, tanto el inquilino "enfermo" como la enfermera asomaron la cabeza, como conejos, en lo alto de la escalera: parecían tan asustados como el visitante.

La vista de aquella increíble emoción petrificó a Somerset. El visitante, dando gracias a Dios, se irguió de nuevo.

—¿Le duele a usted algo?—le preguntó el joven.

—¿Tiene usted un poco de coñac? Estoy enfermo—contestó el otro.

Somerset le sirvió dos copitas, una tras otra. El visitante, más repuesto, dijo que su nerviosidad no tenía nada de extraña ya que se hallaba convaleciente de una enfermedad. Somerset se metió en la cama, pero no durmió. ¿Qué diablos contendría la maleta negra? ¿Géneros robados? ¿El cuerpo de un asesinado? ¿O bien una máquina infernal? Al pensar esto último se incorporó en la cama. Prometiéndose solemnemente que procuraría salir de dudas en cuanto descansara.

A la mañana siguiente instalóse junto a la ventana del comedor para espiar los tejes y manejes de aquellos misteriosos individuos.

Las horas pasaban lentamente. Dentro de la casa no se notaba nada nuevo, excepto que el ama de llaves iba y venía más apresuradamente que de ordinario, mostrándose más charlatana que de ordinario. Pero, pasadas las seis, apareció en el jardín una joven elegantemente vestida, la cual, contemplando anhelante la fachada de la casa, se detuvo a algunos pasos de ella. No era la primera vez que el joven la veía, ya que había tenido más de una vez ocasión para cambiar con ella una mirada ardiente. Alegróse, pues, de verla llegar, acercándose a la ventana para poder saludarla. Pero esta vez su sorpresa fue enorme, pues la joven subió la escalinata y llamó a la puerta. El ama de llaves debía estar durmiendo, así que Somerset experimentó la satisfacción de recibir él en persona a la gentil visita.

La visitante preguntó por míster Jones y a continuación, sin la menor transición, preguntó al joven si él era el dueño de la casa. Y al hacerlo pareció sonreír.

—Se lo pregunto porque desearía alquilarle otras habitaciones.

Somerset le respondió que había adquirido el compromiso de no quedarse con más inquilinos, a lo que la joven replicó que como ella era amiga de míster Jones éste estaría conforme con todo.

—Empecemos a ver la casa por aquí—añadió, señalando la puerta del comedor.

—¡Dios mío! ¡Qué cambiado está esto!

—Señorita—exclamó el joven—, soy yo el que debe decir esto desde que usted entró aquí.

La joven recibió aquel cumplido bajando los ojos, sonriendo con gracia, miró y remiró las maravillas de las dos habitaciones, contemplando detenidamente los cuadros, a los que alabó tímidamente. Luego elogió la disposición de la naturaleza muerta y al llegar al dormitorio, cuya entrada había defendido inútilmente Somerset, exclamó:

—¡Qué sencillo y varonil! No hay nada de esa pulcritud afeminada tan detestable en un hombre.

A continuación, diciéndole que conocía perfectamente el camino y que no le quería molestar más, despidióse de él con una sonrisa y subió sola por la escalera.

La joven, durante más de una hora, permaneció encerrada con míster Jones. Pasado ese tiempo, cuando ya era de noche, salió en compañía de míster Jones. Era la primera vez, desde la llegada de su inquilino, que Somerset se encontraba a solas con el ama de llaves. Quiso aprovechar la ocasión y, acercándose a la escalera, la llamó por su nombre. Ella presentóse sonriente y, contestando a la invitación de si deseaba conocer sus cuadros, confesó que no deseaba otra cosa, ya que había admirado sólo desde lejos sus preciosas pinturas. Cuando el ama de llaves entró en el comedor y encontró sobre la mesa una hermosa botella de vino y dos vasos sintióse predispuesta a ser un crítico benévolo, y en cuanto hubo admirado los cuadros se dejó invitar.

—Tendré un gran honor en beber a su salud—dijo—. Tengo gran gusto en encontrar en esta horrible casa un caballero tan fino y tan amable como usted, que, además, es seguramente un gran pintor.

El hecho de que hubiera aceptado un primer vaso indicaba que aceptaría un segundo. Cuando aceptó el tercero, Somerset no tuvo necesidad de beber para acompañarla. En cuanto al cuarto, lo pidió ella misma.

—La vida es muy triste sin la bebida—dijo—.Míster Guire la pedía. Y hasta él, cuando está abatido, la pide como un niño de pecho pide mamar.

Luego, entre lágrimas, se puso a describir la muerte de su esposo, lamentándose de sus disposiciones testamentarias. Después dijo que oía a su amo que la llamaba. Se levantó, dio un traspies y se apoyó en las rocas, apoyando su cabeza sobre el cangrejo mientras gimoteaba de lo lindo.

Somerset subió apresuradamente al primer piso y abrió la puerta del salón, que se hallaba muy iluminado. Era una anchurosa habitación que comunicaba con otro salón y poseía tres ventanas a la calle. De proporciones elegantes, se hallaba empapelado de color verde mar y amueblado con una sillería tapizada de seda azul. La chimenea estaba adornada con mármoles de diversos colores. Así era la habitación que recordaba Somerset. Pero la que ahora tenía ante su vista aparecía cambiada por completo. Los muebles se hallaban cubiertos con tela de zaraza¹. Las paredes estaban empapeladas con papel color ruibarbo², Pero lo más chocante de todo era que Somerset contó hasta siete ventanas. Era como si se hubiese equivocado, penetrar sin darse cuenta en la casa contigua. Los ojos de Somerset se fijaron a continuación en los mil objetos que había esparcidos por el suelo; gatillos de pistolas desmontadas, relojes a medio montar, damajuanas, frascos, botellas. En un rincón había un banco de laboratorio y una mesa de carpintero.

El salón que se abría a continuación, al que también pasó Somerset, había experimentado, asimismo, otro cambio, habiéndose convertido en un vulgar dormitorio de casa de huéspedes. Una cama con cortinas verdes ocupaba uno de los rincones. La ventana se hallaba obstruida por la mesa y el espejo. El joven sintióse atraído por la puerta de un pequeño gabinete. Encendió un fósforo, abrió la puerta y entró. Sobre una mesa veíanse varias pelucas y barbas. De varias perchas colocadas en las paredes pendía una colección de trajes, entre los que descollaba un soberbio abrigo de piel. Somerset se acordó al punto del anuncio del *Standard*. La alta estatura de su inquilino, la anchura de sus hombros y las particularidades de su instalación le persuadieron de que dicho inquilino era el hombre a quien buscaban.

En estas se le apagó el fósforo. Somerset, cogiendo el abrigo de piel, salió al salón iluminado. Allí, entre miedoso y sorprendido, se puso el abrigo y, adoptando una actitud de príncipe ruso, se metió las manos en los bolsillos y se colocó frente a un espejo. Una de sus manos, dentro del bolsillo, tropezó con un periódico. Lo sacó, lo desdobló y vio que era el *Standard*. Sus ojos encontraron al punto el anuncio en que ofrecían las doscientas libras. Era innegable que su inquilino había dejado de usar el abrigo el mismo día en que apareció el anuncio.

Estaba todavía con el abrigo puesto y el periódico en la mano, cuando se abrió la puerta, apareciendo el inquilino, el cual cerró la puerta tras sí. Durante algún tiempo, ambos hombres se miraron en silencio. Míster Jones se dirigió después a la mesa, tomó asiento junto a ella y, sin cambiar la dirección de su mirada, dijo al joven:

—Está usted en lo cierto. Yo soy ese por el que dan dinero. ¿Qué va usted a hacer ahora? Somerset no sabía qué responder.- Sorprendido, con el abrigo puesto, rodeado de todo un arsenal de explosivos diabólicos, permaneció silencioso.

1 Tela de algodón estampada.

2 Planta herbácea que vive en Asia central y cuya raíz se usa mucho en medicina como purgante.

—Sí—continuó el otro—, soy yo. Soy el hombre a quien persiguen con odio impotente de guarida en guarida y de disfraz en disfraz. Si es usted libre yo puedo ser la base de su fortuna; si es usted desconocido, se puede usted hacer célebre. Ha emborrachado usted a una inocente viuda. Le encuentro a usted en mis habitaciones, por las que le pago dinero contante y sonante; le hallo registrando mi guardarropa y metiendo mano a mis bolsillos. Ahora puede usted terminar la serie de sus ignominiosos actos con el que será el más ignominioso, al par que el más remunerador de todos.

El orador, para dar más énfasis a sus palabras, se detuvo. Luego, cambiando de voz, prosiguió:

—Y, sin embargo, cuando le miro el rostro, siento que no puedo engañarme: es usted un caballero. Quítese mi abrigo y abandone ese aire de confusión que no es consecuencia de una conciencia atormentada, pues aunque alguna vez haya pensado en venderme, la cosa no fue más que un mal pensamiento, como todos estamos expuestos a tenerlos. Pero usted es tan incapaz de llevarlo a cabo como yo de dirigirle mis reproches.

Y el orador, como un padre que perdona, tendió al joven su mano.

No estaba en la naturaleza del joven el analizar aquella generosidad. Sin reflexionar, aceptó la mano.

—Ahora—continuó el inquilino—, ahora que tengo su mano entre las mías, desecho mis malos pensamientos. No me preocupa el cómo ha venido usted aquí. Siéntese; beberemos un vaso de excelente *whisky*.

Dicho y hecho; sacó una botella y dos vasos y ambos bebieron en silencio.

—Confíese usted que le ha sorprendido el aspecto de la habitación—dijo el huésped.

—Cierto. No puedo imaginarme la razón de estos cambios.

—Pues son mis medios para continuar existiendo. Imagínese usted la diversidad de testigos y la variedad de sus declaraciones. Uno me habrá visitado en este salón según estaba antes; otro, según está ahora; otro, según estará mañana. Si a usted le gustan las novelas —a todos los artistas les gustan— le diré que hay pocas vidas tan novelescas como la mía. Claro que mi gloria es anónima. Laboro en la oscuridad. Echo los cimientos de la paz y tranquilidad de un país horriblemente oprimido, de una tierra a la que sonreirá con el tiempo un futuro mejor. Entretanto, yo ando perseguido, trabajando tétricamente y practicando mañas infernales.

Somerset, con el vaso en la mano, contemplaba aquel fanático y escuchaba asombrado su horrible discurso. Y al mirarle fijamente el rostro descubrió en él rasgos de finura y educación, lo que le llenó de asombro.

—Señor—le dijo—, no sé si debo llamarle a usted todavía míster Jones...

—Me puede usted llamar por cualquiera de los nombres siguientes: Jones, Breitman, Higginbotham, Pumpnickel, Davio, Hénderland. Por temporadas los he ido llevando. Con todo, el nombre que más aprecio es uno que no lo tienen ustedes apuntado en ninguna parte. Por la noche, entre mis desesperados compañeros, soy el temido Zero.

Somerset no había oído nunca aquel nombre, pero por cortesía, mostróse sorprendido y encantado.

—¿Debo entender que se ha dedicado usted a la profesión de dinamitero usando todos estos nombres?—preguntó.

El conspirador había ocupado su asiento y vuelto a llenar los vasos.

—Sí—contestó—. En estos tiempos lóbregos, una estrella, la estrella de la dinamita, ha aparecido entre los oprimidos. Y entre los que practican su empleo... —se detuvo un

momento y luego continuó—. Pocos han tenido tanta suerte como yo.

—Me imagino que esa profesión no está exenta de interés—dijo Somerset—. Contiene algo del apasionante interés de la caza, de esconderse, de ser buscado... Pero... claro que hablo como un lego en la materia, a mí nada me parece más sencillo que colocar una máquina infernal y retirarse tranquilamente para evitar los peligros de la explosión.

—Habla usted, verdaderamente, con gran desconocimiento del caso. ¿No le dice a usted nada el peligro que corremos en este mismo instante, por ejemplo? ¿Le parece a usted un grano de anís ocupar una casa como ésta, amenazada con derrumbarse de un momento a otro?

—¡Dios mío!—murmuró Somerset.

—Y cuando, a propósito de experimentos científicos, habla usted de tranquilidad y seguridad, me llena usted de admiración. ¿No sospecha usted que los cuerpos químicos son tan volubles como la mujer y que los resortes y mecanismos son tan caprichosos como el mismo demonio? Mire mi frente: estas arrugas son de ansiedad. Mire mis cabellos. ¿No ve cuántas hebras de plata? Los mecanismos y las sustancias químicas me los han producido. No, míster Somerset —prosiguió tras una breve pausa—, no crea usted que es regalada la vida de dinamitero. Lleva aparejados muchos sinsabores y desengaños. Se trabaja desde el alba hasta la noche durante mucho tiempo para que luego una insignificancia estropee todo el trabajo. Recientemente me ha ocurrido un caso así. Y, si hubiera podido recobrar los sacos perdidos, menos mal. Con poco trabajo habría podido arreglar las máquinas. Pero debido a la pérdida que sufrí y las dificultades con que nos encontramos a cada paso, nuestros amigos de Francia están dispuestos a dejar de emplear este medio. En cambio, se proponen emplear alcantarillas de toda una ciudad para propagar la fiebre tifoidea. Este es un proyecto científico y tentador, pero demasiado simple. No es que deje de reconocer la elegancia del sistema. Pero yo tengo en mí algo de poeta a la vez que algo de tribuno y permaneceré fiel al sistema antiguo que resulta más enfático, más llamativo, más indiscriminado. Me refiero a la bomba explosiva. Tengo el presentimiento de que he de triunfar.

—Se me ocurren dos cosas—observó Somerset—. La primera de ellas es la siguiente: ¿Nunca ha tenido usted éxito durante toda esa vida que tan vivamente me ha bosquejado usted?

—Sí—dijo Zero—, he tenido éxito una vez. Soy el autor de la salvajada llevada a efecto en el Patio del León Rojo.

—Pero, si no recuerdo mal—observó Somerset— la cosa fue un fiasco. Lo único que se estropeó fue el cerdo de un basurero y unos cuantos ejemplares del periódico Weekly Budget.

—Perdone—replicó Zero con marcada aspereza—; salió herido un niño.

—Precisamente eso me lleva al segundo punto. He observado que ha empleado usted la palabra "indiscriminado", esto es, que no hace distinciones. Si las víctimas fueron un niño y un cerdo, la cosa representa el vértice de lo indiscriminado. Y eso me parece que trae aparejada tan poca eficacia...

—¿De veras he usado ese término? —preguntó Zero—. Bien, antes de discutir vamos a llenar nuevamente los vasos. La discusión a palo seco es algo muy insípido.

Ambos bebieron de nuevo y Zero, recostándose en el asiento, empezó a desarrollar sus opiniones.

—¿Indiscriminado?—dijo—. La guerra, amigo mío, es de lo más discriminado que hay; no perdona ni al niño, ni al cerdo del infeliz basurero. Bien, pues yo tampoco los perdono. Dondequiera que el terror puede echar raíces, dondequiera que las actividades del país pueden paralizarse, en el Parlamento, en un vaporcillo para excursiones, en cualquier lugar hay sitio para mis sencillos planes. ¿Es usted, por casualidad, lo que se llama un creyente?

—No, yo no creo en nada—respondió Somerset.

—Entonces está usted en buena disposición para comprender mis argumentos. El objeto que debe perseguir la humanidad es el glorioso triunfo de la humanidad misma. Y estando obligados a trabajar para este fin, ¿vamos a reparar en los medios? Usted supondría, sin duda, que íbamos a atacar a la Reina, al ministro Gladstone, al severo Derby, al hábil Granvilla. Pero se equivoca. Nosotros vamos contra el pueblo porque éste es el que nos interesa. ¿Ha observado usted la vida de las criadas en Inglaterra?

—Sí, creo que sí.

—Ya me lo esperaba yo así en un hombre consagrado al arte—replicó amablemente el conspirador—. La criada es un tipo aparte, una figura atractiva y muy a propósito para nuestros planes: la cogis nítida³, los modales serviciales... Y luego, su posición entre las clases, la probabilidad de que posea un buen corazón al que nos podamos dirigir... Sí, sí; tengo inclinación —llámela usted debilidad— por las criadas... No es que yo desprecie a la niñera; ésta, desde el punto de vista del niño, es algo muy interesante. Hace mucho tiempo que considero al niño como punto sensitivo de la sociedad...

Al llegar aquí movió la cabeza con ademán pensativo.

—A propósito de niños—continuó—permítame referirle un pequeño incidente que ocurrió hace pocas semanas y que yo mismo observé. Se trataba precisamente de una bomba explosiva. Fue así...

Y Zero, recostado en su asiento, narró lo siguiente:

3 Sic. Posible errata.

EN DONDE ZERO REFIERE EL EPISODIO DE UNA BOMBA EXPLOSIVA

Estaba yo, en una ocasión, invitado a comer por uno de nuestros agentes más fieles. La comida se celebraba en St. James Hall. El hombre era M'Guire, un individuo muy caballeroso, pero no perito en nuestras mañas. De ahí la necesidad de nuestra entrevista. No tengo que encomiarle a usted cuántas cosas dependen del buen funcionamiento de una máquina. Yo dispuse una pequeña bomba para que ésta explotara media hora después, pues el sitio donde debía ser llevada estaba muy cerca. Para evitar contratiempos, empleé un mecanismo inventado recientemente por mí; al abrirse la maletilla en que la bomba estaba encerrada se produciría la explosión. M'Guire se hallaba algo turbado con aquel nuevo mecanismo desconocido para él. Decía que si le prendían moriría él también al mismo tiempo que sus enemigos. Pero yo no me dejaba conmovir y, apelando a su patriotismo, le ofrecí un vaso de buen *whisky* y le lancé a su gloriosa empresa.

Nuestro objetivo era la estatua de Shakespeare, situada en Leicester Square, sitio muy adecuado para nuestros fines, no solamente a causa de la estatua que representa un dramaturgo que es tenido neciamente por gloria de la raza inglesa a pesar de sus opiniones políticas, sino también por el hecho de que los bancos de alrededor se hallan casi siempre llenos de niños, de jóvenes vagabundos, de muchachas desgraciadas, de gentes que inspiran piedad pública y, por lo tanto, aptas para nuestros fines. Cuando M'Guire se acercó a su objetivo, sintió que su corazón latía con un sentimiento de triunfo. Nunca había visto tan lleno el jardincito; niños que empezaban a andar e iban, de acá para allá; viejos retirados, inválidos de guerra, etcétera. La culpable Inglaterra iba a ser, pues, herida en sus partes más delicadas. El momento había sido elegido con acierto. M'Guire se acercó adonde tenía que dejar la maleta. De pronto, reparó en un robusto policía que vigilaba junto al pedestal. Mí osado compañero, deteniéndose, miró a su alrededor. Aquí y allá, en la espesura, en los bancos estaban apostados algunos hombres que se fingían abstraídos. M'Guire no era un niño en estos asuntos y comprendió en el acto que se trataba de un plan del maquiavélico Gladstone. Da la casualidad de que una de las mayores dificultades con que siempre tenemos que luchar es cierta nerviosidad de los miembros subalternos de nuestras sociedades. Cuando se acerca la hora de algo decisivo, estos miembros sienten un imperioso deseo de avisar anónimamente a las autoridades. A no ser por esta circunstancia, Inglaterra habría desaparecido ya del mapa. El Gobierno, al recibir tal aviso, llena de policía el sitio elegido. Mi sangre hierve al pensar en los que, por dinero, sirven a tal causa. Claro que nosotros, merced a generosos compatriotas, recibimos buenos estipendios. Yo tengo un sueldo que me pone a cubierto de toda tentación mercenaria. El mismo M'Guire, antes de ingresar en nuestras filas, se moría materialmente de hambre y ahora ¡gracias a Dios! dispone un sueldo decoroso. Así debe de ser. El patriota no debe estar mordido por ninguna preocupación rastrera. La diferencia entre nosotros y la policía es tan manifiesta que no vale la pena de que hablemos de ello.

Mas, a pesar de todo, nuestro plan sobre Leicester Square, se había divulgado. El gobierno había llenado aquello de policías. Hasta los militares retirados debían ser agentes disfrazados. Nuestro emisario, sin más arma que la maleta que llevaba en la mano, se vio frente a la fuerza bruta, ya que la policía es como el espejo de aquella mano firme de los tiempos de la opresión. Si se atreviera a colocar la máquina, lo más probable

era que le vieses y le prendiesen; se levantaría un griterío y acaso la policía no bastara para librarle de la ira popular. El plan debía ser demorado. Permanecía con el paquete bajo el brazo contemplando la fachada de un edificio cuando he aquí que se acuerda de algo capaz de helar la sangre en las venas del más pintado: el mecanismo estaba en marcha y la máquina explotaría a su debido tiempo. ¿Cómo librarse de ello?

—Haga el favor de ponerse con la imaginación en lugar de aquel patriota. Estaba en la plenitud de la vida, pues aun no había cumplido los cuarenta años. ¡Y estaba condenado a morir por la dinamita! La plaza le daba vueltas y los edificios parecían volar por los aires. Se desmayó.

Cuando volvió en sí, un policía le atendía.

—¿No se encuentra bien?

—Sí, ya estoy mejor. Y, con inseguros pasos, pues parecía que el suelo de la plaza se le hundiera bajo los pies, huyó de la escena. Pero decir que huía no es la palabra justa. Aunque hubiera dispuesto de las alas del águila o de las de los vientos del océano, sin poder deshacerse del paquete que llevaba consigo, ¿de qué le habría servido? Hemos oído hablar de vivos condenados a estar unidos con los muertos. Pero eso no es gran cosa comparado el hecho de estar unido a una bomba explosiva.

En Green Street le asaltó una terrible idea... ¿Sería ya la hora? Detúvose al punto y echó mano al reloj. Los oídos le zumbaban y en sus ojos había un vapor. Además, su mano temblaba de tal modo que apenas podía distinguir los números de la esfera. Durante unos segundos cubrióse los ojos con las manos. Le parecía que se había convertido en un viejo de noventa años. Por fin pudo ver que podía disponer todavía de veinte minutos. Había de trazarse un plan.

La calle Green estaba desierta, pero pronto observó que una niña venía hacia él mientras empujaba con el pie un trozo de madera, tal como hacen los niños. ¡Aquella era una ocasión enviada por Dios!

—Preciosa—la dijo—, ¿quieres que te regale un precioso maletín?

La niña dio un grito de alegría y alargó las manos para tomar el regalo. Primero miró el maletín, pero luego observó la cara del que se lo regalaba y se asustó tanto que se echó hacia atrás lo mismo que si hubiera visto al mismo demonio. Casi al mismo tiempo salió una mujer de una tienda y llamó enfadada a la niña.

—¡Ven aquí, picara! No hagas travesuras. ¡Deja en paz a ese pobre viejo!

La mujer volvió a entrar en la tienda y la niña corrió hacia ella.

Una vez hubo perdido esta esperanza, M'Guire sintió que su corazón se debilitaba. Cuando de nuevo volvió en sí se encontró en San Martín de los Campos, dando traspies como un borracho y llamando la atención de los que pasaban, los cuales advertían sorprendidos el terror que se pintaba en el rostro del infeliz.

—Señor, me parece que está usted bastante enfermo—le dijo una mujer que se había detenido junto a él—. ¿Le puedo ser útil en algo?

—¿Enfermo? — repitió M'Guire—. Es una enfermedad crónica—y luego añadió—: La gota. Padezco de gota. Pero ya que es usted tan compasiva, lléveme este maletín a Portman Square, que cae algo lejos de aquí. ¡Oh, compasiva mujer! Por su salvación, por sus hijos, lléveme este maletín a Portman Square, Piense que también tengo yo madre—añadió con voz conmovida—. Portman Square, 19.

Creo que se expresó con demasiada energía, pues la mujer sintió miedo de él y contestó:

—¡Pobrecillo! Lo mejor que puede usted hacer es volverse a su casa.

Y, dando media vuelta, desapareció.

"¡A casa!—pensó M'Guire—. ¡Qué irrisión!" ¿Tenía él casa? Era una víctima de la filantropía. Se acordó de su madre, de su juventud feliz. Del estallido inevitable, de la posibilidad de no morir, sino quedarse tullido para siempre, acaso ciego, sordo seguramente. ¡Ah, usted ha hablado muy a la ligera sobre el peligro a que se expone el dinamitero! Dejando aparte el peligro de morir, ¿se imagina usted lo que representa para un hombre de cuarenta años quedar separado de pronto de toda la música de la vida, de la voz de la amistad y del amor? ¡Qué poco nos damos cuenta de los sufrimientos de los demás! Hasta el brutal Gobierno, que, con toda crueldad, no duda en cazar por medio de espías a los patriotas, corromper a los jueces y premiar al verdugo, retrocedería ante la idea de imponer tal pena. No, sólo puede no arriesgarse a quedar sordo por pura filantropía.

Pero me aparto de M'Guire. Pensó en el tiempo que habría transcurrido. Sacó el reloj y vio que solamente habían pasado tres minutos. No lo podía creer. Miró el reloj de la iglesia. Éste marcaba una hora distinta que el suyo.

Aquello fue lo peor de todo cuanto sufrió M'Guire. Hasta ahora había creído que su reloj era para él un amigo, un consejero. Pero ahora ¿en quién iba ya a confiar? Su reloj estaba atrasado. Podía seguir atrasándose... ¿Cuánto? ¿Cuánto se podía atrasar su reloj en treinta minutos? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Quince? Parecíale, desde que salió de St. James Hall, que habían transcurrido siglos. Era de temer que la explosión se produjera de un momento a otro.

Ante aquel nuevo contratiempo se serenó un poco. Era como si después de siglos de estar muerto volviese a la vida. Las casas se achicaban y se alejaban ante su vista. El ruido de las calles de Londres sonaba en sus oídos como un débil murmullo y el rumor que producían las ruedas de cualquier carruaje que pasara por su lado era tan imperceptible para él como si se tratara de un carruaje que se paseara por una ciudad de África. Se sentía completamente abstraído de sí mismo y oía sus pisadas como las de un ser pequeño, débil y desgraciado a quien sinceramente compadecía.

Pasó por la parte trasera de la National Gallery, sitio que le pareció más tranquilo que de costumbre. Entonces se acordó de un portal de Whitcomb Street donde, sin ser notado, podría tal vez depositar su trágica carga. Dirigió sus pasos hasta allí, pareciéndole que flotaba sobre el pavimento.

Al llegar al portal se encontró asomado a él un hombre en mangas de camisa que se dedicaba, con ademán grave, a cortar una caña. M'Guire se paseó por los alrededores buscando una ocasión propicia, pero el hombre en mangas de camisa no se movía del portal y le observaba lleno de curiosidad.

Tampoco se la había cuajado aquella esperanza. Miró el reloj y calculó, contando con el retraso, que le quedaban unos quince minutos. Su mente sintió entonces algo así como una oleada de sangre. Empezó a verlo todo de color rojo. Pero, cosa extraña, se encontraba alegre y, sin darse cuenta de lo que hacía, se puso a tararear y a silbar, según iba caminando.

A mí nada me importa

ni a nadie importo yo.

Cantaba y luego se echaba a reír ante la verdad que proclamaba en su cante. Los viandantes le miraban asombrados. Era como si una inspiración cálida y genial se hubiera posesionado de él. ¿Qué era la vida? ¿Quién era M'Guire? ¿Qué era la verde

Erin? Todo le parecía tan pequeño que se sonreía. Caso de haber podido hubiera dado dos años de su vida por un vaso de alcohol. Pero el tiempo corría y se debía privar de tal placer.

En la esquina del Haymarket paró un coche de punto y ordenó al cochero que le condujese a un embarcadero que le nombró. En cuanto el vehículo se puso en marcha, escondió lo mejor que pudo la maleta bajo el asiento delantero del coche. Luego miró el reloj. Así viajó durante cinco interminables minutos, teniendo el alma en un hilo a cada traqueteo del vehículo y temiendo inspirar sospechas al cochero si se apeaba en seguida. Tenía que dejar tiempo al cochero para que se olvidara del maletín.

Por fin, al llegar a las primeras escaleras del embarcadero, hizo parar al coche y, contentísimo, se apeó de él. Todo había salido a las mil maravillas. Había salvado su vida y había colocado la bomba en un coche de punto. Pronto correría por todo Londres la noticia de la explosión. Pero al meterse la manó en el bolsillo para pagar al cochero se encontró con que no tenía dinero. Luego de registrarse los bolsillos se quedó mirando al cochero con la desesperación más atroz pintada en el rostro. No llevaba ni un penique.

—¿Qué le pasa? ¿No está usted bueno?

—¡He perdido el dinero!—exclamó M'Guire con una voz tan lastimera que inspiraba lástima.

El cochero, con toda naturalidad, miró debajo del asiento.

—Tome usted esa maleta—dijo.

M'Guire la tomó inconscientemente, pero cuando ya la tuvo en la mano se puso más pálido que la muerte y exclamó:

—No es mía. Se la habrá dejado aquí el anterior cliente de usted.

—¡Vamos!—exclamó el cochero—. ¿Está usted loco o bien soy yo el que lo estoy?

—Bien; pues si es mía, quédese con ella en pago del viaje.

—Bien, ¿qué hay dentro de ella? Ábrala y enséñeme su interior.

—No, no—respondió M'Guire—; es una sorpresa, una sorpresa preparada expresamente para los cocheros honrados.

—No estoy conforme—dijo el cochero tirándose del pescante y acercándose al infeliz patriota—. O me paga usted en dinero contante y sonante o vamos a la comisaría.

Fue un momento de angustia verdaderamente atroz. Pero, súbitamente, M'Guire vio en aquel momento un tal Godall, vendedor de tabaco de Ruppert Street, que venía por la orilla del Embarcadero. Él le había comprado puros algunas veces. M'Guire se hallaba tan apurado que, al ver al estanquero, le pareció ver el cielo abierto.

—Gracias a Dios—dijo—. Aquí viene un amigo mío. Le pediré prestado. —Y se precipitó al encuentro de Godall—. Señor, señor Godall, sin duda se acuerda usted de mí, ¿no es verdad? Estoy metido en un apuro. ¡Oh, señor! Por humanidad, por la esperanza de alcanzar a ver alguna vez un trono de gloria, présteme usted dos chelines y seis peniques.

—No me acuerdo de su rostro—respondió míster Godall—, pero como no me gusta la barba que usted lleva le presto un soberano para que se afeite esa perilla.

M'Guire, sin proferir palabra, tomó el dinero, se lo entregó entero al cochero, bajó hasta el último escalón del Embarcadero, arrojó la maleta al río. Luego cayó de cabeza tras ella. Fue librado de una sepultura fluvial acaso por las piadosas y fuertes manos de míster Godall. Recién sacado y chorreando, cuando todavía se hallaba en la orilla, una

explosión sorda y formidable conmovió los sólidos cimientos del Embarcadero. Lejos, en el río, surgió una columna de agua hirviente.

LA CASA DE LA PLAZA DORADA
(Continuación)

En vano procuró Somerset hallar el significado de aquellas palabras, Por su parte, se había aplicado al vaso con asiduidad. El conspirador parecía preocupado e inquieto. El joven, que parecía como si estuviera bajo el efecto de una pesadilla, se puso en pie, negóse a tomar un tercer vaso y, alegando que ya era muy tarde, dijo que se retiraba a descansar.

—Querido—díjole Zero—, veo que es usted muy sereno. Bien, no seré tirano. Somos amigos. Querido casero, *au revoir!*

El conspirador estrechó la mano del joven, y, con mucha cortesía, le acompañó hasta el descansillo de la escalera.

Somerset no se dio cuenta de cómo se acostó. Pero al día siguiente, cuando un pequeño ruido le despertó, sintió un horroroso trastorno. El hecho de haber conversado con un hombre de la ralea de su abominable inquilino, le pareció, a la luz del día, una verdadera flaqueza. Ciertamente había sido sorprendido en una situación que hubiera puesto a prueba el aplomo de Talleyrand. Pero esto era un paliativo, no una excusa, ya que no había excusa posible para una capitulación tan completa de principios. No había más remedio que cortar por lo sano todas estas familiaridades.

En cuanto se vistió subió al piso, dispuesto a una ruptura. Zero le saludó con mucho entusiasmo.

—Entre, querido Somerset. Siéntese y almuerce conmigo.

—Señor—contestó Somerset—, permítame que ponga a salvo mi honor. Anoche fui sorprendido y llevado a ciertas apariencias de complicidad. Pero ahora le he de decir de una vez para siempre que sus maquinaciones me causan horror y que no dejaré de remover las piedras para echar abajo sus planes.

—Querido—replicó Zero con mucha amabilidad—, estoy muy acostumbrado a esas debilidades humanas. ¿Conque horror y disgusto? Yo también los he sentido muchas veces. La franqueza con que usted declara lo que le pasa hace que me sienta predispuesto en su favor. ¿Qué piensa usted hacer? Se encuentra usted en una situación muy semejante a la que se encontró Carlos II, el menos degradado de nuestros soberanos, cuando fue confidente del ladrón. No creo que me denuncie usted. ¿Y qué otra cosa puede usted hacer? No, querido, está usted atado de pies y manos, está usted condenado, a menos que se porte como un cochero, a seguir siendo conmigo el compañero intelectual que fue usted anoche.

—Creo que, por lo menos, le puedo despedir de esta casa—exclamó Somerset.

—Sí, me puede usted despedir—contestó el conspirador—, pero yo no le haré caso. Imite usted a Judas o no le imite usted. Yo, por mi parte, no me muevo de este piso, en el que me encuentro a gusto.—No puede usted echarme.

—Repito—gritó Somerset enfadado, mas tal vez con no demasiada energía—, repito que le conmino para que abandone esta casa. Soy el dueño y le ordeno que se marche.

—¿Me da usted una semana de tiempo? Bien, hablaremos dentro de una semana. Convenido. Pero el almuerzo se está enfriando. Está usted condenado, míster Somerset, a la compañía, durante una semana, de un carácter muy interesante. Y los verdaderos artistas sienten predilección hacia los caracteres interesantes. Mañana, si quiere, hágame

usted ahorcar. Pero en este momento deseche esos prejuicios burgueses y siéntese a almorzar conmigo.

—Pero, hombre—exclamó Somerset—, ¿no se da usted cuenta de cuáles son mis sentimientos?

—Claro que sí—respondió Zero—, me doy cuenta y los respeto. ¿Qué tiene eso que ver? En el siglo diez y nueve, ¿no pueden dos caballeros diferir en sus opiniones políticas y, sin embargo, ser amigos? Sus duras palabras han hecho que me sonriera, ¿quién de nosotros dos es el filósofo?

Somerset era muy tolerante y fácil de seducir por medio de la sofistería. Hizo un gesto de desesperación y tomó asiento a la mesa del conspirador. El almuerzo era excelente. El inquilino se mostraba muy amable y hablaba, con conocimiento de causa, de mil cosas diversas. Parecía haber sufrido durante mucho tiempo el tormento del silencio y que ahora se desquitase hablando. Somerset se daba cuenta que, según transcurría el tiempo, se inclinaba a pesar suyo a tratar al conspirador con cierta familiaridad. Somerset carecía de habilidad para sustraerse a una compañía, aunque ésta fuera desagradable, permaneciendo prendida a ella como el gorrión permanece prendido a la liga que le ha apresado. En esta ocasión se pasó junto al conspirador, hora tras hora, sin atreverse a separarse de él. A la hora de cenar se volvió a sentar a su mesa, no separándose de él hasta ya muy entrada la noche. Zero le despidió con mil excusas y cortesías. Sus compañeros de conspiración, al no conocerle, se alarmarían al ver un rostro extraño.

Somerset, en cuanto se quedó solo, sintióse tan malhumorado como por la mañana. Se enfadaba consigo mismo, se paseaba por el comedor tomando firmes resoluciones para el futuro, retorciéndose la mano deshonrada por el apretón del malhechor. Pero entre todos los pensamientos que le daban vueltas por la cabeza, el que le producía más desasosiego era el pensar que la casa se hallaba repleta de unos malditos ingredientes. Comparado con aquella casa, un polvorín era un lugar seguro.

Buscó refugio yéndose a pasear. Anduvo por el campo en busca de seguridad, de luz, de aire, de rostros humanos. Habló con los campesinos y luego, al entrar de nuevo en la ciudad, hasta se acercaba a hablar con los policías. ¡Qué culpable se sentía al hablar con ellos! ¡Qué deseos sentía de llorar reclinado en el pecho de aquellos servidores de la ley! Pero la fatiga acabó sobreponiéndose al remordimiento y, cuando clareaba, volvió a su casa. La miró con terrible expectación cual si en aquel preciso instante fuera a estallar en llamas. Quiso abrir la puerta, mas en el momento en que iba a hacerlo sintióse de nuevo desanimado y temeroso y alejóse de allí, yendo a buscar refugio en un cafetín.

Cuando despertó lucía ya la luna. Pagó el precio de su mísera cama con el poco dinero que le quedaba y pensó que se veía obligado a volver a su casa. Entró en ella y se dirigió al armario donde guardaba su dinero. Una vez en posesión de él podría separarse de aquel obsesionante amigo. Pero el destino lo había dispuesto de otro modo. Oyóse en la puerta un golpecito y, casi inmediatamente, se presentó Zero.

—¿Le he atrapado?—gritó con alegría—. Querido. Ya estaba impaciente. En el rostro de Zero parecía dibujarse un gran afecto. —Estoy tan poco acostumbrado a tener un amigo... que temo no tenga otro remedio que mostrarme celoso.

Y se apoderó de la mano de su casero.

Somerset no estaba dispuesto para resistir tal saludo con absoluta frialdad. Se hallaba acostumbrado a devolver siempre cordialidad por cordialidad. Una desigualdad en

sentimientos afectuosos parecerá siempre una culpa a los caracteres generosos. Pronunció, balbuceando, palabras vagas y remisas.

—Está bien—dijo Zero—. No diga usted una palabra más. Creí que me había usted abandonado, pero confieso que tal temor no tenía fundamento y le pido perdón. Vamos, la cena nos espera. Mientras comemos me contará usted sus aventuras de la noche.

La bondad sellaba una vez más los labios de Somerset, que se sentó de nuevo junto a aquel criminal. Y, una vez más, el conspirador hizo revelaciones inconscientes: el nombre y la biografía de un individuo, la dirección de un centro importante, etc. Y cada palabra era como una puñalada para su infeliz invitado. Finalmente, Zero, prosiguiendo su monólogo, nombró a la señorita que le había visitado hacía dos días, aquella que cambió unas palabras con Somerset, el cual había quedado hechizado de su gracia y de su mirar comunicativo.

—¿La vio usted?—dijo Zero—. Hermosa, ¿verdad? Pues es también una de los nuestros, precisamente muy entusiasta aunque quizás demasiado nerviosa. Pero sobresale en la intriga y es maestra en osadía. Emplea distintos nombres: Lake, Fonblanque, De Marly, Valdivia... Pero su verdadero nombre... No, no debo decirlo. Basta con decir que a ella debo el ocupar esta casa y el haberle conocido a usted. Parece que ella conocía la casa. Ya ve usted que no le oculto nada, que le digo francamente casi todos mis secretos...

—¡Por Dios, cállese de una vez! No puede imaginarse cómo me hace sufrir.

El rostro de Zero mostró una sombra de inquietud.

—A veces me imagino que usted no me estima —dijo—. Querido Somerset, ¿por qué esa falta de cordialidad? Estoy triste. Se me acerca la prueba que será como mi piedra de toque y si fracaso...—hizo un gesto sombrío—si caigo en la abyección, querido joven... Estos son pensamientos muy graves. Juzgue lo necesitado que estoy de su deliciosa compañía... El hablar con usted es una distracción para mí. Y con todo... con todo... —Apartó de sí el plato y se levantó de la mesa—. Sígame. Tengo mal humor en este momento, necesito aire. Debo contemplar el plan de batalla.

Dicho esto, guió a su invitado a través de escalerillas y desvanes hasta que llegaron al terrado de la casa, un terradito resguardado por un grupo de chimeneas que formaban la parte más alta del tejado. El terrado dominaba, hacia el Norte, a un gran espacio en el que se veían innumerables tejados. A lo lejos se alzaban las altas torres de las iglesias.

—He ahí esa rica ciudad—exclamó Zero—, esa populosa ciudad que ha crecido con el despojo de los continentes. Pero pronto ha de yacer en ruinas. Algún día, desde este mismo puesto de observación, quedará usted sorprendido al oír lo que pudiéramos llamar el cañonazo del juicio final. Y entonces—Zero extendió la mano—, entonces verá usted surgir el incendio. Ese será el gran día, el día en que los detectives huirán junto a los ladrones. Y yo exclamaré: ¡Arde, arde, corrompida ciudad! ¡Húndete, flatulenta monarquía!

Al decir estas palabras Zero dio un traspiés y se habría caído al espacio si Somerset, más rápido que el rayo, no le hubiera agarrado, llevándoselo abajo como a un ratero. El conspirador, sentado en la escalera, empezó pronto a volver en sí. Y en cuanto abrió los ojos, lo primero que hizo fue manifestar a Somerset su agradecimiento.

—Su acción de usted ha sellado nuestra amistad —le dijo—. Nuestra unión es ya de vida o muerte. Si antes me sentía ya atraído por su carácter, ¿cómo será ahora mi gratitud y mi amor? Pero estoy demasiado conmovido. Déme el brazo y ayúdeme a llegar hasta mi cuarto.

El conspirador recobró su serenidad con una copita de licor. De pronto, reparó en el aspecto abatido del joven.

—¿Qué le pasa, querido Somerset?—exclamó—. Le duele a usted algo? Tome usted una copita... —Pero Somerset no necesitaba aquel socorro corporal.

—Déjeme en paz—dijo—. Ahora estoy perdido. Me ha prendido usted en las redes. He vivido hasta ahora de la manera más descuidada, he obrado siempre según mi albedrío, inocentemente. Y ahora, ¿en qué me he convertido? ¿Tan bobo y tan ciego es usted que no se da cuenta del odio que me inspira? ¿Es posible que crea usted que voy a seguir viviendo de este modo? ¡Por mostrar demasiada amabilidad me veo metido en este embrollo!

Y Somerset, cubriéndose la cara con las manos, dejóse caer en el sofá.

—¡Y yo que siento por usted tanta ternura e interés!—exclamó Zero—. ¿Es posible que se encuentre usted bajo la presión de esos necios escrúpulos? ¿O tal vez es que juzga usted al patriota según las normas de la religión? Yo le tenía a usted por un buen agnóstico.

—Míster Jones—respondió Somerset—, no discuta usted. No creo en nada divino, pero, a pesar de esto, le considero a usted como a un reptil al que me gustaría aplastar con mis plantas. ¿Quiere usted hacer volar a la gente? Bien, pues yo deseo, a pesar del dolor que ello me cause, volarle a usted.

—¡Somerset, Somerset! — exclamó Zero palideciendo—. Eso está muy mal, me atormenta usted, me hiera hablando así, Somerset.

—¿Dónde puedo encontrar un fósforo?—gritó Somerset—. Voy a incendiar a un monstruo, voy a perecer yo también.

—¡Por el amor de Dios!—exclamó Zero sujetando al joven—. ¡Domínese! La muerte nos rodea. Un extranjero a quien usted ha llamado su amigo...

—¡Silencio!—gritó Somerset—. Usted no es amigo mío. ¡Le aborrezco, tiemblo de repulsión al verle!

Zero rompió a llorar.

—¡Ay!—exclamó—. Esto desata el último lazo que me ligaba a la humanidad. Mi amigo me abandona y me insulta. ¡Estoy maldito!

Somerset quedó estupefacto ante aquel repentino cambio de tono. Después, haciendo un gesto de desesperación, huyó de la habitación y, más tarde, de la casa. Se dirigió, a toda prisa, hacia la comisaría más próxima, mas de pronto, empezó a dudar, y antes de llegar a ella, se encontró sumido en profundas cavilaciones. ¿Era él un agnóstico? ¿Tenía derecho a obrar? Su conciencia le decía: "No pienses en majaderías y que perezca Zero". Pero más tarde pensaba otra cosa. ¿No le había estrechado las manos, no había partido el pan con él? ¿Cómo hacer intervenir a la ley sin perder el honor? ¿El honor? Y... ¿qué era el honor? Una ficción. Debía dejarlo de lado para perseguir al crimen. ¿Y qué era el crimen? Otra ficción. Anduvo durante todo el día errante por los parques. Y durante la noche recorrió la ciudad. Y, al rayar el alba, sentóse en la cuneta de la carretera de Peckham y lloró amargamente. Sus dioses habíanse derrumbado. Él, que había elegido el iluminado y anchuroso camino del escepticismo universal, encontrábase aún esclavo del honor; él, que había aceptado un punto de vista tan elevado como el del águila, aunque careciera de las miras rapaces de este animal, para reconocer la necesidad de la guerra, de la competencia comercial y del crimen, que se hallaba preparado para ayudar al asesino que huía y al ladrón impenitente, era contrario, completamente contrario al

empleo de la dinamita. La noche extendía ya su manto sobre la ciudad y el infortunado escéptico seguía entristecido por su inconsecuencia.

Después de pasadas muchas horas, púsose en pie y tomó como testigo al sol que nacía. "No hay ninguna duda—se dijo—respecto a la manera de obrar". Había decidido volver a la casa para intentar persuadir a Zero a que abandonase su horrible profesión. Si no lo conseguía, le daría una hora para que se pusiera a salvo y luego le denunciaría a la policía..

A pesar de que, instado por su resolución, caminaba bastante de prisa, era ya muy entrada la mañana, cuando llegó a la Plaza Dorada. En aquel momento llegaba también ante la puerta la joven de los muchos.; nombres. Somerset quedóse sorprendido al notar en su rostro señales de preocupación.

—Señorita...—empezó a decir Somerset cediendo a un primer impulso y sin saber todavía lo que la iba a decir.

Pero la joven, al oír su voz, pareció experimentar un estremecimiento de miedo y de horror. Retrocedió. Cubrióse el rostro con el velo y echó a correr.

Nosotros nos apartamos también ahora de Somerset para proceder a relatar el extraño y romántico, episodio de *La Caja Negra*.

LA AVENTURA DE DESBOROUGH
La Caja Negra

Míster Henry Desborough vivía en el tranquilo y antiguo barrio de Bloomsbury, rodeado en toda su extensión por el tumultuoso tráfico de Londres, pero gozando en su interior con la dulce tranquilidad de una ciudad provinciana. Nuestro personaje vivía en Queen's Square, en la casa frontera al Hospital de Niños, a mano izquierda según se va hacia el Nordeste. Queen's Square, la Plaza de la Reina, se hallaba consagrada a las artes humanas y liberales; las casas eran de hermosa estampa y en una de ellas se daba clase a los pobres. Los gorriones revoloteaban vocingleros por los tejados mientras que abajo, ante el Hospital, veíanse constantemente a grupos de niños que acudían a ver si podían, por casualidad, besar la mano de su hermanito enfermo o hablar unas palabras con él. Desborough vivía en un primer piso y sus habitaciones daban a la plaza. Pero, además, tenía derecho, derecho que aprovechaba con frecuencia, a utilizar una de las terrazas de la parte trasera de la casa, situada sobre su jardín. A esta terraza daba también la puerta-ventana de un cuarto desalquilado.

A las doce, aproximadamente, de un caluroso día, Desborough salió a la terraza a fumar un rato. Se hallaba algo desesperanzado y abatido. Llevaba varias semanas buscando colocación sin encontrarla. Se dijo que, por lo menos, estaría solo en la terraza. A semejanza de todos los jóvenes que carecen de riqueza, de ingenio y de éxito, Desborough seguía la compañía de los demás hombres. De pronto levantó la cabeza y vio que en la ventana de la casa desalquilada notaba una cortina con fleco de seda. Era evidente que tenía mala suerte. En lo sucesivo, cuando saliera a la terraza ya no podría animarse a sí mismo hablando en voz alta ni desahogarse silbando aires melancólicos. Enfurecido golpeó con su pipa la barandilla con demasiada energía. La pipa se rompió. Era una pipa muy apreciada por él y se puso de muy mal humor. De entonces en adelante ya no podría lanzar bocanadas de humo a las ramas de lilas del jardín.

Arrellanándose en la silla del jardín, sacó del bolsillo una novelita barata que había comprado y, antes de ponerse a leer, arrancó la última hoja del libro, que contenía tan sólo respuestas a los corresponsales, y se puso a liar con él un cigarrillo. Pero no era ciertamente un maestro en el arte de liar cigarrillos y el tabaco escapábasele otra vez por sus extremos. Se hallaba casi furioso por su torpeza cuando la cortina de seda que daba a la terraza se descorrió, dando paso a una señora extrañamente ataviada, la cual penetró en la terraza.

—*Señor*—dijo con una voz dulcísima que parecía la limpia nota de un órgano—, *señor*, veo que está usted en un aprieto. Permítame que le ayude.

La dama tomó el papel y el tabaco y con una facilidad que a Desborough no pudo por menos de parecerle mágica, lió un cigarrillo y se lo presentó.

El joven, que continuaba sentado, lo tomó sin pronunciar palabra, mirando fijamente a lo que le había parecido casi una aparición. El rostro de la dama ostentaba un color extremadamente sano; las facciones eran muy distintas de las que suelen verse en el norte. Sus ojos eran rasgados y extremadamente brillantes; su cabello estaba cubierto por una mantilla de blonda. Bajo la mantilla, que le caía por los hombros, veíanse sus brazos, desnudos hasta el hombro. Toda su femenina figura revelaba actividad, vitalidad y cierta grandeza.

—¿No le gusta mi cigarrillo, señor? Está mejor hecho que el que lo hacía usted.

Y, así diciendo, se echó a reír con una risa que en los oídos del joven sonó a música divina.

—Ya comprendo—añadió después—, son mis modales los que le impresionan. Soy muy diferente de las jóvenes inglesas.

—¡Ah!—exclamó encantado Enrique.

—En mi tierra—siguió la joven—las cosas ocurren de otro modo que aquí. Las muchachas están rodeadas de limitaciones sin cuento. No les está permitido casi nada. Han de vivir retiradas y aparecer encogidas. En cambio aquí, en la libre Inglaterra, ¡oh, gloriosa libertad!, no hay restricciones. La mujer puede atreverse a ser ella por completo, y los hombres, los caballeros... ¿no está escrito en el mismo escudo de vuestra nación? *Honni soit...* ¡Ah! Y yo apenas me atrevo a ser yo, a ser libre. Pero no me juzgue usted todavía. Ya aprenderé, ya me haré digna del carácter inglés, a ser una verdadera inglesa. ¿Acaso no hablo bien el inglés?

—Lo habla usted magníficamente — respondió el joven con tanta seriedad como si se tratara de un asunto de gran importancia.

—Pues bien, también aprenderé a obrar según el carácter inglés. Mi padre tenía sangre inglesa. Ahora sólo me falta cambiar mis modales.

—¡Oh, aunque no los cambie no perderá usted nada, señora!

—Soy la señorita Teresa Valdivia. Pero se ha levantado un airecillo muy molesto. Adiós. Y antes de que Enrique hubiera pronunciado una palabra, la joven desapareció de la terraza.

El joven quedóse inmóvil, con el cigarrillo sin encender en la mano. Se había olvidado del tabaco. Sólo pensaba en aquella hermosa joven. Su voz repercutía aún en sus oídos; sus ojos, cuyo color no podía precisar, le habían parecido muy hermosos. Su mal humor desapareció como por encanto. Sólo pensaba en que adoraba a aquella mujer. No se atrevía a calcular su edad temiendo echarla más años de los que él tenía y pensando que era un sacrificio mezclar la gracia adorable de su gesto con las cosas materiales. En cuanto al carácter... para los jóvenes, la belleza va siempre unida con la belleza. El pobre joven quedóse en la terraza suspirando y lanzando furtivas miradas a la ventana en cuestión. Y cuando al fin entró en su casa a comer el carnero frío y la cerveza le parecieron un verdadero néctar de los dioses.

Al día siguiente, cuando volvió a la terraza, notó que la ventana estaba algo entreabierta. La joven estaba sentada junto a ella, pues Enrique pudo alcanzar a ver una parte de su hombro, pero permaneció inmóvil en el mismo sitio durante todo el rato. Al otro día, en cambio, la joven salió a la terraza a primeras horas de la mañana, sin duda a disfrutar del sol matinal. Mostróse en un artístico desaliño de toda su persona ya que, indudablemente, todavía no había hecho su tocado. Llevaba en la mano un pequeño paquete.

—¿Quiere usted probar el tabaco cubano? Era de mi padre. Ya sabe usted que en Cuba las damas, al igual que los caballeros, fuman. No tema, pues, molestarme con el olor. La fragancia del tabaco me recordará mi tierra. Mi casa, señor, estaba junto al mar.

Desborough, al oír estas palabras, comprendió por vez primera la poesía del Océano.

—Despierta o dormida, siempre sueño con Cuba —prosiguió la hermosa joven—. ¡Mi querida Cuba!

—Algún día volverá usted allá—dijo Desborough sintiendo que se le encogía el corazón.

—¡Nunca!—exclamó la joven—. ¡Nunca!

—Entonces, ¿residirá usted siempre en Inglaterra?—preguntó el joven muy animado.

—Pregunta usted mucho más de lo que yo sé— contestó ella, añadiendo—: ¿no prueba usted mi tabaco cubano?

—Señorita—respondió Enrique—, no me cabe la menor duda de que todo lo que procede de usted es delicioso.

—Señor—contestó la joven con gravedad—, parece usted tan sencillo y tan bueno que hasta procura dirigirme cumplidos. Pero... ¡lo hace usted muy mal! Yo había oído decir que los ingleses podían ser los compañeros honestos, serios y respetuosos de una joven sin pretender decirla piropos. No estropee usted esa creencia comportándose como se comportan mis compatriotas. Sea usted mismo el caballero inglés noble y serio de quien he oído hablar desde mi juventud y a quien deseo aún encontrar.

Enrique, que no sabía cuáles eran las costumbres de los cubanos, intentó defenderse.

—Su seriedad nacional le cuadra mucho mejor— insistió ella—. Mire—añadió trazando en el suelo una raya con su diminuto pie—, hasta aquí será terreno neutral. Allí, en la cortina, empieza la frontera. Si usted me ataca, hará que me retire a mis fuertes, pero si no, seremos verdaderos amigos ingleses. Yo vendré aquí cuando me encuentre triste. Otras veces le permitiré a usted que acerque su butaca hasta mi ventana para que me instruya sobre las costumbres inglesas mientras yo trabajo.

La joven, al llegar a este punto, colocó con gentileza una mano sobre el brazo del joven y miró a éste a los ojos.

—¿Sabe usted que ya he adquirido algo del aplomo inglés? ¿No nota usted ningún cambio, señor? ¿No son mis modales más parecidos ahora a los de una señorita inglesa que cuando me vio usted por vez primera?

Sonrió alegremente, retiró la mano y antes de que el joven pudiera expresar las fuertes emociones que sentía, la joven desapareció mientras murmuraba:

—Adiós, señor. Buenas noches, mi querido amigo inglés.

Al día siguiente, Enrique consumió en vano una onza de tabaco en el terreno neutral. Cuando sonó la hora de la cena marchóse desengañado.

El otro día amaneció nublado y llovió. Pero ya ni la lluvia ni la pobreza en perspectiva ni la estrechez presente apartaron al joven de su guardia. Cubierto con un impermeable, permanecía junto a la "balaustrada; parecía la imagen de la humedad y de la incomodidad, pero ardía interiormente de tiernos sentimientos.

De pronto se abrió la ventana y apareció la hermosa cubana.

—Venga usted aquí, junto a mi ventana—le dijo—. La galería de arriba le protegerá contra la lluvia. Siéntese aquí—y le ofreció graciosamente una butaca.

El joven tomó asiento lleno de alegría y, al hacerlo, un bulto de su bolsillo le recordó algo.

—Me he tomado la libertad de traerla a usted un librito—dijo—. Mírelo usted. Al verlo en la librería me acordé de usted. Está en español. El librero me aseguró que está escrito por uno de los mejores autores.

La joven tomó el libro y su rostro, al recorrer con los ojos las páginas, se ensombreció.

—Me parece que se ha disgustado usted—añadió el joven.

—No señor, no me he disgustado. Sólo estoy avergonzada porque...—una oleada de rubor subió a su rostro—, porque... en efecto, el español es mi idioma nativo y el regalo que me hace usted sería inestimable para mí si supiera leer. Esta es la humilde verdad: no sé leer.

Enrique la miró con asombro. La cubana pareció encogerse ante su vista.

—¿No sabe usted leer? ¡Usted!

La joven descorrió del todo la cortina de seda y dijo:

—Entre, señor. Ha llegado la hora que yo esperaba con ansiedad mezclada de inquietud, la hora en que he de optar entre referirle sin paliativos la historia de mi vida o bien perder su amistad.

Enrique atravesó el umbral de aquella puerta con una especie de devoción. En el cuarto reinaba un encantador desorden. Se hallaba lleno de objetos artísticos: pieles, tapices, riquísimas rinconeras, lámparas antiguas. Sobre un velador veíase una concha de plata del tamaño de medio coco repleta de joyas desmontadas. La hermosa joven, que era la piedra preciosa de más valor entre todas aquellas joyas, invitó a Enrique a sentarse en una silla. Y, tomando asiento en otra a su lado, empezó así su historia.

HISTORIA DE LA HERMOSA CUBANA

No soy lo que parezco. Mi padre descendía, por su padre, de un grande de España, y por línea materna, del patriota Bruce. Mi madre también descendía de reyes, pero de reyes africanos. Era hermosísima, mucho más hermosa que yo, que me parezco también a mi padre. Además, tanto su entendimiento como sus maneras eran verdaderamente regios. Yo la veía superior a cuanto la rodeaba y crecí adorándola. Cuando le llegó la hora recibí su último aliento con mis labios. Ignoraba yo entonces que mi madre no era más que una esclava, la querida de mi padre. Su muerte acaeció cuando yo tenía dieciséis años. Fue mi primer dolor. Dejó nuestro hogar privado de sus atractivos, echó una sombra de melancolía en mi vida, y como consecuencia de ello, cambió de carácter mi padre. Pasó el tiempo y mis pocos años recobraron algo de la alegría que los caracteriza. La plantación ofrecía cosechas frescas, los negros se habían olvidado ya de mi madre y me ofrecían a mí la sumisión que antes ofrecían a ella. Pero una sombra de pesar ensombrecía el cielo del amo Valdivia, mi padre. Antiguamente solía estar ausente durante algunas temporadas, pues comerciaba en piedras preciosas en la ciudad de La Habana. Pero, desde la muerte de mi madre, sus ausencias se hicieron casi continuas.

El lugar donde yo nací y pasé mi niñez es una isla del mar Caribe que dista media hora de remo de la costa cubana. La isla era muy escarpada y sólo la habitábamos nosotros con nuestros negros. La parte que no ocupábamos la dejábamos abandonada a la naturaleza. La casa, edificio espacioso y bajo rodeado de verandas⁴, se hallaba sobre un montículo y su fachada principal miraba hacia Cuba. Las brisas soplaban dulcemente acariciándonos cuando reposábamos en nuestras hamacas de seda y agitando las flores de las magnolias. Detrás de la casa, hacia la izquierda, las chozas de los negros y los campos dedicados a plantación ocupaban una octava parte de la isla. A la derecha, y casi bordeando el jardín, se extendía un pantano anchuroso y mortífero, cubierto de bosque, del que surgían emanaciones pestíferas, y donde vivían ostras venenosas, cangrejos enormes, caimanes y peces nocivos. Por las orillas de aquel pantano solamente podían andar los negros, pues el aire se hallaba emponzoñado por un implacable enemigo de los europeos.

Una mañana—de entonces data mi desgracia—salí de mi cuarto algo entrado el día. En aquel clima no abundan los madrugadores. Como quiera que no encontrara a ningún servidor, di la vuelta a la veranda, llamando inútilmente. En un ángulo de la veranda se hallaban reunidos todos los negros. Pero, aunque me acerqué inmediatamente a ellos, no me hicieron caso ninguno. No tenían ojos y oídos más que para una persona; era ésta una mujer ricamente vestida, de porte elegante y melodioso hablar. No tenía muchos años, pero se hallaba gastada por los placeres. Su rostro, atractivo aún, ofrecía al que lo miraba los rasgos de las más crueles pasiones; en su mirada fulguraba el deseo del mal. No fue su aspecto sino cierto hálito que emanaba de su persona, lo que hizo que me apartara con horror. Como tememos a las plantas que matan y a las serpientes que fascinan, así me atemoriqué ante tal mujer. Mas yo era valiente. Me sobrepuse, me abrí paso entre los esclavos, y pregunté:

—¿Quién es?

Una esclavita que me tenía mucho afecto me contestó al oído que anduviese con cuidado, pues se trataba de la señora de Mendizábal. Yo desconocía absolutamente este

4 Galerías, porches o miradores de un edificio o jardín.

nombre.

La desconocida, entretanto, se llevaba los impertinentes a los ojos y me examinaba con insolente curiosidad.

—Joven—me dijo al fin—, tengo gran experiencia en esclavos rebeldes y hago puntillo de honra el abatirlos. Tú me tientas. Si en estos momentos no tuviera entre manos otros negocios de más importancia, te compraría en la almoneda de tu padre.

—Señora...—empecé a decir.

—¿Es posible que no sepas tu verdadera situación? ¡Qué gracioso! Decido comprarte. ¿Es instruida, verdad?—añadió dirigiéndose a los demás.

Los negros contestaron que yo había sido educada como una señorita, ya que así parecía a su inexperiencia.

—Entonces me viene como anillo al dedo para mis negocios de La Habana.

Y la señora de Mendizábal me siguió observando con sus impertinentes.—Tendré placer en hacerte trabar amistad con el látigo—añadió dirigiéndose a mí y sonriendo cruelmente.

Yo recobré el uso de la palabra y mandé a los esclavos que se apoderaran de aquella mujer, la metieran en un bote y la llevaran a Cuba. Pero todos a una contestaron que no podían obedecerme. Luego se me acercaron, rogándome que tuviera prudencia. Como yo insistiera en mis órdenes, los negros se apartaron de mí como de una persona blasfema. Era evidente que rodeaba a la desconocida una aureola de superstición; lo leí en los rostros de los esclavos. Yo entonces miré de nuevo a la señora Mendizábal, que seguía completamente tranquila mirándome despreciativamente con sus impertinentes. A la vista de su superioridad sobre todas mis amenazas, lancé un grito de rabia y huí de la veranda de mi casa.

Corrí y corrí sin saber adonde me dirigía. Llegué a la playa. Aquellos insultos habían resultado tan imprevistos que me hallaba atónita. ¿Quién era aquella mujer? ¿Qué poder tenía sobre mis criados? No encontraba respuesta a estas preguntas. En el torbellino de mi mente sólo una cosa estaba clara: la odiosa imagen de la mujer.

Todavía corría yo llena de ira y de miedo cuando vi que mi padre me salía al encuentro desde el Embarcadero. Lancé un grito, me arrojé sobre él y lloré sobre su pecho. Mi padre hizo que me sentara bajo una alta palmera que crecía muy cerca, me consoló como pudo y luego, cuando me vio más calmada, me preguntó la causa de mi dolor. Su voz mesurada me extrañó sobremanera; con voz firme, aunque interrumpida por los sollozos, yo le empecé a contar todo lo que había sucedido, esto es, que había en la isla una señora desconocida que quería comprarme y que los esclavos ya no me obedecían. Vi que se sobresaltaba al oír esto. Escuchó todo lo que yo le conté y al cabo, con especial gravedad, me dijo:

—Teresa, he de hacer un llamamiento a tu valor. Mi hija debe mostrarse animosa. Esa Mendizábal... ¿Qué he de decirte? ¿Cómo te diré lo que es? Hace veinte años era la más hermosa de las esclavas. Hoy ya ves lo que es: una mujer prematuramente vieja, ajada por la práctica de todos los vicios y por una industria misteriosa y nefanda. Pero, eso sí, libre, rica, casada, según dicen, con un hombre a quien alista el cielo ejerciendo entre sus antiguos camaradas una misteriosa influencia. Se supone que su imperio se halla cimentado en terribles ritos; los ritos de Hidú. Pero no pienses más en esa bruja. El peligro que nos amenaza no viene por esa parte. Te prometo que nunca caerás en sus manos.

—Padre... ¿caer en sus manos?—grité—. Entonces... es que hay alguna verdad en sus palabras. ¿Soy una...? ¡Oh, padre!, dímelo claramente, pues prefiero saberlo todo a la duda.

—Bien, te diré todo—siguió mi padre con brusquedad—. Tu madre era una esclava. Yo tenía intención de marcharme con ella a Inglaterra, cuyas leyes nos habrían permitido unirnos en matrimonio, pero tardé en realizarlo y, en el último momento, la muerte lo impidió. Ahora comprenderás lo triste que me quedé cuando murió tu madre. Pero mi dolor no hace ahora al caso. Lo que he dejado de hacer no puede ya repararse y debo sufrir la pena de mi remordimiento. Pero debemos poner cuanto antes manos a la obra para salvarte a ti, Teresa.

Quise expresarle mi agradecimiento, pero mi padre me interrumpió con aspereza.

—Durante la enfermedad de tu madre sentí tantas preocupaciones que descuidé los negocios, que quedaron durante largo tiempo en manos ignorantes. Como consecuencia de ello, quebré. No puedo pagar.

—¿Y eso qué importa?—grité—. ¿Qué significa la pobreza si nuestro amor nos une y también la sagrada memoria de mamá?

—No comprendes—dijo mi padre tristemente—. Eres esclava, casi una niña, educada, bonita, inocente. Y todas estas cualidades que desarmarían a las mismas fieras son, ante los ojos de mis acreedores, ventajas que acrecen al precio de una propiedad. Eres una cosa que se puede vender... ¡Dios mío, yo mismo lo tengo que decir!... Eres dinero, en una palabra. ¿Empiezas a comprender? La manumisión sería anulada. Tú continuarías siendo esclava y yo considerado como un criminal.

Yo tomé una mano de mi padre entre las mías y lloré de lástima por mí y por él.

—He trabajado mucho para reparar mis pérdidas. Pero la bendición de Dios no ha descendido sobre mí. Me complazco en creer que descenderá sobre tu cabeza. Desapareció toda esperanza. Una gran suma vencía sin remedio, dejándome arruinado. Me declararon en quiebra. Mis tierras, mis joyas, mis esclavos, a quienes he hecho felices, habrán de ser vendidos, pasando a manos de miserables traficantes. ¡Y tú también, hija mía, tú también habrás de ser vendida! ¡Esto es el castigo por haberme aprovechado durante mucho tiempo del crimen de la esclavitud! Pero... ¿va a ser mi hija el precio de mi maldad? No, tome al cielo por testigo de mi tentación. Mira, este maletín contiene joyas; lo cogí y huí. Pero me perseguirán. Esta noche, mañana, llegarán a esta isla, consagrada al recuerdo de tu madre, para encerrar a tu padre en una prisión y reducirte a ti a la esclavitud y al deshonor. No tenemos tiempo que perder. Por fortuna, anclado en el norte de la isla hay un yate inglés. Pertenece a Sir George Greville, a quien conozco, habiéndole prestado excelentes servicios. Creo que él protegerá nuestra fuga. Pero si no la protegiese, pienso obligarle a ello. Ese hombre costea las Grandes Antillas desde hace muchos años y siempre lleva el barco lleno de piedras preciosas. ¿De dónde las saca?

—Tal vez haya encontrado una mina.

—Eso me dijo él—replicó mi padre—, pero este don con que me ha dotado la naturaleza, este don que me permite saber a la primera ojeada de dónde procede una piedra preciosa me mostró la falsedad de esa fábula. La primera vez que traje diamantes yo se los compré inocentemente. Pero cuando me fijé en ellos pude comprobar que algunos de ellos habían visto la luz en África, otros en el Brasil. Y otros presentaban una ruda talla, eran despojos de templos antiguos. Esto me puso sobre aviso e hice algunas

averiguaciones. Él es listo, pero yo soy más listo que él. Me enteré de que visitaba todos los joyeros de la ciudad a los que ofrecía piedras preciosas distintas. A uno les llevaba rubíes, a otro esmeraldas, etc. Y siempre contaba la misma historia, la historia de la mina. Pero ¿en qué mina iba a encontrar juntos los rubíes de Ispahán, las perlas de Coromandel y los diamantes de Golconda? No, hija mía, ese hombre, con todo su yate y su título me ha de temer y me obedecerá. Esta noche, en cuanto oscurezca, emprenderemos el camino por la orilla del pantano. Después atravesaremos las tierras altas de la isla y por un paso que conozco y que se distingue por un altísimo árbol llegaremos en seguida, hacia el norte, a un abrigo⁵ donde el yate está anclado. Aunque mis perseguidores lleguen antes de la hora en que los espero, no podrán alcanzarme. Tengo en la costa a un amigo que me avisará en cuanto aparezcan. Si es de noche encenderá una hoguera y si es de día verá una columna de humo. Una vez avisados tendremos tiempo de poner el pantano entre ellos y nosotros. Mira, ahora voy a esconder este saquito. Alguna esclava charlatana me podría denunciar si me viera llegar con él. Me colocó en el regazo el contenido del maletín: una lluvia de piedras preciosas de todos colores y tamaños en cuyas facetas resplandecía magnífica la luz del sol. No pude por menos de lanzar un grito de admiración.

—Hasta a ti, que no entiendes de piedras preciosas, te causan admiración. Y, con todo, no son más que piedras frías. Mas... ¡qué ingrato soy! Cada una de estas frías piedras representa para ti y para mí un año de vida tranquila. Vamos a ponerlas seguras. ¡Sígueme, Teresa!

Se puso en pie y me guió hasta las orillas del gran pantano, en cuyas orillas crecía una vegetación espesa y venenosa. Durante unos instantes escudriñó con ojos atentos la maleza. Su rostro se animó de pronto.

—Aquí está la entrada del paso secreto de que te he hablado—me dijo—. Espérame aquí. No penetraré más que unos centenares de metros en el manglar para esconder mi tesoro. Volveré en cuanto lo haya puesto a salvo.

Yo intenté persuadirle, añadiendo, al ver que no lo lograba, que me dejara acompañarle, ya que yo, a causa de mi sangre, resistiría perfectamente los peligros del sitio. Pero no me hizo caso y desapareció.

Al cabo de una hora larga, los arbustos se separaron y mi padre apareció de nuevo. Su rostro estaba rojo, pero, a pesar del calor, no sudaba lo más mínimo.

—Estás cansado—le dije acercándome a él—, estás enfermo.

—Cansado sí—replicó—. El aire del manglar es muy sofocante. Además mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y la luz del sol los hiere ahora dolorosamente. Escúchame, Teresa. He sepultado el tesoro bajo un ciprés después de pasado el canalizo, a mano izquierda de la entrada. Si es necesario lo debes ir a buscar allí. Vamos a casa ahora. De prisa, de prisa, de prisa. Hemos de comer para prepararnos a la jornada que nos espera. Luego dormiremos, dormiremos...

Y me miraba de una manera especial.

Volvimos a casa apresuradamente. No quería que los criados sospechasen nada. Pasamos por la veranda y llegarnos por fin al interior de la casa. La comida estaba servida. Los criados, informados de la vuelta del amo por los boteros, se hallaban todos en sus puestos, mirándome aterrorizados. Nos acercamos a la mesa, pero en cuanto solté el brazo de mi padre, éste se llevó las manos a los ojos, exclamando:

5 Abrigo, lugar resguardado de los vientos.

—¡ Dios mío! ¡ Estoy ciego!

Corrí hacia él para guiarle hasta la mesa, pero él, apretándose las sienes y abriendo mucho la boca para respirar, exclamó:

—¡ Cómo me duele la cabeza!

Y cayó redondo al suelo.

Yo sabía muy bien lo que podía ser y supliqué a los criados que me ayudaran a cuidarle. Pero todos me respondieron lo mismo. No había esperanza. El amo había penetrado en el pantano. Todo cuanto se haga es inútil. Así me respondieron. ¿Para qué detenerme en más pormenores? Hice que le llevaran a la cama y le cuidé. Rechinaba los dientes y pronunciaba palabras con incoherencia. Lo único que entendí fue: "Apresúrate, apresúrate". En aquel trance tenía muy presente el peligro que corría su hija. Habíase puesto el sol y reinaba la noche cuando me di cuenta de que me iba a quedar sola en el mundo. ¿Cómo iba yo a pensar en huir ni en los peligros de mi situación cuando mi padre estaba moribundo? Cuando murió me quedé junto al cuerpo de mi padre olvidándolo todo menos mi dolor.

Al día siguiente, cuando ya hacía cuatro horas que había amanecido, se presentó en la habitación la esclava que ya he mencionado. Me quería mucho y al explicarme la causa de su venida lloraba amargamente. Al amanecer habían llegado al Embarcadero unos policías en un bote. Decían que iban a prender a mi padre. Y un hombre alto, grueso, que con ellos venía, agregó que ahora le pertenecía a él toda la isla y todos los que estábamos en la isla.

—Creo—añadió la esclava—que debe ser un político o bien un brujo poderoso, pues al verle llegar, la señora de Mendizábal se escondió en el bosque.

—Tonta—repliqué—, a lo que teme la señora de Mendizábal es a la policía. Mas... ¿por qué sigue esa mujer en la isla? Dejemos esto, Cora. ¿Qué importa ya todo esto a una huérfana?

—Amita—me replicó—, debo recordarte dos cosas. No hables nunca de este modo a los negros. La señora de Mendizábal es muy poderosa entre ellos. Si alguien se atreviera a pronunciar su verdadero nombre haría que un muerto se levantara. No hables tampoco así a la infeliz Cora. La señora de Mendizábal oye todas las palabras que se dicen en el mundo. Y, además, me mira de una forma que se me hiela la sangre. En cuanto a la segunda advertencia que te he de dar, amita, es que tú ya no eres la hija del amo sino una esclava, como yo. El hombre que ha venido con la policía dice que eres suya y te llama. Claro que tú, con tu juventud y tu belleza puedes, si te muestras amable, asegurarte una vida feliz.

Durante unos instantes miré a la negra con indignación. Pero muy pronto me tranquilicé de nuevo.

—Vete, Dora—le dije—. Muchas gracias por tus advertencias. Déjame sola un momento con mi difunto padre y dile a ese hombre que voy en seguida.

Marchóse la negra y yo me dirigí a los oídos que ya no me oían.

—Padre—dije—, tu último pensamiento, ya en las garras de la muerte, era que tu hija pensase en escapar de la desgracia. Pues bien, postrada a tus plantas juro cumplir tu plan. No sé todavía cómo, pero juro cumplirlo. Si es necesario apelaré hasta el crimen. Y que Dios nos perdone a ti, a mí y a nuestros opresores.

Luego me sentí más animada. Me arreglé ante el espejo en la misma cámara mortuoria, refresqué mis llorosos ojos, dije un silencioso adiós al autor de mis días y, procurando mostrar un rostro sonriente, me dirigí al encuentro de mi dueño.

Éste se hallaba muy atareado removiendo y catalogando todo lo que había en la casa. Era corpulento, sanguíneo, de mediana edad, sensual; parecía inclinarse hacia el buen humor. Pero el fuego que observé en sus ojos cuando me miró me avisaron del peligro.

—¿Es ésta la amita?—preguntó a los esclavos.

Éstos le contestaron afirmativamente. Entonces los despidió.

—Preciosa—me dijo—, no soy español sino inglés. Me gusta el trabajo. Me llamo Caulder.

—Gracias, señor—dije saludando con sumisión.

—Vamos—exclamó luego—, esto es mejor de lo que yo esperaba. Si me eres fiel verás que soy un amigo muy amable. Me gustas mucho—y, al llegar aquí pronunció mi nombre, por cierto que horriblemente mal—. ¿Todo este pelo es tuyo?

Pasóme la mano por el pelo como para satisfacer sus dudas. Yo ardía en cólera, pero me contenía.

—Muy bien, muy bien—y me hizo una caricia—. ¿No te arrepentirás de ser del viejo Caulder, verdad? A propósito, tu difunto amo era un canalla y ha escondido algo que me pertenecía. Tú, que eras parienta suya, debes saber algo del asunto. Respóndeme. Toda mi futura amabilidad dependerá de tu honradez. Soy un hombre honrado y quiero que mis siervos lo sean también.

—¿Se refiere usted a las piedras preciosas?—dije bajando la voz y con gesto de misterio.

—Precisamente.

—¡Silencio!—exclamé yo.

—¿Silencio? ¿Por qué? ¿No estoy en mis dominios? ¿No me rodean mis fieles esclavos?

«—¿Se han marchado ya los policías?

Todo mi éxito dependía de la contestación.

—Sí—contestó desconcertado—. ¿Por qué lo preguntas?

—Hubiese preferido que los hubiera tenido usted.

Hablaba con gravedad, pero mi corazón saltaba de alegría.

—Amo mío—proseguí—, no debo ocultarle la verdad. Los esclavos de esta isla son muy peligrosos. Hace tiempo que fermenta entre ellos el motín.

—¿Sí? A mí me han parecido muy pacíficos—dijo.

Pero yo noté que palidecía.

—¿No le han dicho a usted que la señora de Mendizábal está en la isla y que desde que han venido no obedecen a nadie más que a ella? Esta mañana le han recibido bien a usted por mandato de ella, que desea que disimulen.

—¿Conque la señora Jezabel?... Sí, es mal pájaro. La policía le persigue por varios asesinatos. Sí, claro que tiene gran influjo entre los negros... Es verdad, ¿qué buscará aquí?

—¿Qué va a buscar?—exclamé yo—. Las piedras preciosas. ¡Ah, señor, si usted hubiera visto aquel tesoro de zafiros, de topacios y de rubíes heridos por el sol como yo lo he visto y como también los ha visto ella, no se extrañaría que anduviera tras él!

—¿Que ha visto ella las piedras preciosas?—preguntó.

Y por la expresión de su rostro comprendí que mi audacia tenía éxito.

Tomé su mano entre las mías y añadí:—Amo mío, soy de usted y tengo el deber de defender sus intereses y su vida. Le suplico que se deje guiar por mi prudencia. Sígame en secreto. Iremos al lugar donde está sepultado el secreto. Y ya no volveremos aquí sin traer fuerza armada.

¿Qué hombre libre que viviera en una tierra libre hubiera creído tan pronto en mi sumisión? Pero aquel opresor cayó como un niño en el lazo que le tendían. Me dio las gracias, añadiendo que yo poseía todas las cualidades de una esclava fiel. Me preguntó luego más detalles sobre el tesoro. Yo se los di, procurando inflamarle su codicia. Luego me despidió para que pudiera ocuparme de todos los detalles de mi plan.

De un departamento del jardín tomé un pico y un azadón y luego, por caminos apartados, conduje a mi dueño hasta la entrada del manglar. Yo llevaba las herramientas, mirando a todos lados por miedo a que nos espieran. Cuando llegamos a la entrada del paso me acordé de que me había olvidado la comida. Volví, pues, por una cesta de alimentos que tenía preparada, pero una voz secreta me decía que mi amo no precisaría de aquellos alimentos. Cuando estaba ante mi amo mi indignación me prestaba bríos, pero ahora que no le tenía ante mí sentía que no tenía tantos ánimos. Incluso experimentaba deseos de hablarle de mi traición, apartándole de la pestilencia que le esperaba en aquel lugar. Pero el voto hecho a mi difunto padre fue más fuerte que mi conciencia y cuando llegué ante él le invité a entrar en el manglar⁶.

El paso en que entramos parecía un túnel cortado en la viva manigua. Tanto a ambos lados como por encima, el follaje era sumamente espeso. La luz del día se filtraba con mucha dificultad a través de la fronda. El aire era denso, cargado de vapores y de aromas vegetales, y dejaba como un peso en el cerebro y en los pulmones. Los pies se hundían en el profundo cieno. Al pasar junto a las mimosas, éstas producían algo así como un lúgubre silbido. Después, todo volvía a quedar silencioso.

A los pocos pasos, míster Caulder sufrió un mareo y tuvo que sentarse. Mi conciencia no pudo más y rogué al infeliz que saliera de allí, pues su vida corría peligro.

—No—me respondió—. La señora Jezabel podría encontrarlas.

Y continuó adelante, jadeando como un perro enfermo. Pronto vi en su rostro las señales de la muerte.

—Amo—le dije—, está usted muy pálido. Sus ojos, por el contrario, están tan rojos como los rubíes que buscamos.

—¡Bruja!—me contestó—. Ten cuidado con lo que dices. Si me enojas te acordarás de que eres esclava.

Un poco más tarde vi que se arrastraba un gusano y dije a mi amo que su picadura era mortal. Luego vimos una gran serpiente.

—¡La serpiente de ataúd!—exclamé—. Esta serpiente también produce la muerte.

Pero no se le podía disuadir.

—Soy un viajero curtido—me contestó—. Cierto que este manglar es muy malo. Pero pronto saldremos de él.

—¿Qué fin?—pregunté yo sonriendo.

Echóse a reír. El paso se ensanchaba y se hacía más alto.

6 Terreno que en la zona tropical cubren de agua las grandes mareas, lleno de esteros que lo cortan formando muchas islas bajas, donde crecen los árboles que viven en el agua salada.

—¿No te lo dije yo?—me contestó—. Ya hemos pasado lo peor. Llegamos al canalizo⁷. El tronco de un árbol caído hacía de puente. De la asquerosa laguna, pútrida y morbosa, salían las cabezas de los caimanes. Sus orillas eran un hervidero de cangrejos escarlata.

—Si nos caemos desde ese frágil puente nos devorarán los caimanes. Y si queremos dar un rodeo por la orilla nos encontraremos con esas miríadas de cangrejos. Si nos encontrásemos ahí sin ayuda ni defensa todos nos atacarían. ¿Qué podríamos hacer para defendernos de tanto animal? Pereceríamos vivos en sus garras.

—¿Estás loca, muchacha? Calla y sigue adelante.

De nuevo miré de soslayo, pero él, con su bastón, me dio un cruel golpe, obligándome a caminar.

—¡Adelante!—dijo—. ¿Voy a estar todo el día perseguido por el temor a la muerte? ¡Maldita esclava!

Recibí el golpe sonriendo, pero la sangre se me agolpó en el corazón. Algo cayó en aquel momento en las aguas del lago y yo me dije a mí misma que lo que había caído no era una alimaña sino mi compasión.

Al otro lado de la laguna no era tan denso el bosque ni las plantas trepadoras tan espesas. De vez en cuando había algún pequeño trecho iluminado por el sol. En el borde de un claro se distinguía perfectamente el ciprés de la izquierda. Dejé las herramientas y la cesta a los pies del ciprés, donde los rodearon en seguida un ejército de hormigas. Miré una vez más el rostro de mi víctima. Los mosquitos y las moscas formaban tal nube alrededor de nosotros que apenas podía distinguir sus facciones. El zumbido de su vuelo casi nos ensordecía.

—Este es el sitio—le dije—. Yo no puedo cavar, pues no me enseñaron a ello. Pero por su bien le suplico que se apresure.

Mi amo se había dejado caer en tierra. En su rostro mostraba el mismo color rojo oscuro que tenía el de mi padre cuando se sintió enfermo.

—Estoy enfermo—me dijo—. Todo el manglar gira a mi alrededor. Y el zumbido de estas moscas me confunde. ¿No tienes vino?

Le ofrecí un vaso y bebió ansiosamente.

—No podrá usted resistir esto—le dije—. El manglar es muy pestilente.

—Dame el pico—me dijo—. ¿Dónde están sepultadas las joyas?

Le indiqué vagamente el lugar. Mi amo empezó entonces a cavar con la impetuosidad de un hombre joven y sano. Al principio sudó copiosamente y en el sudor que bañaba su rostro se posaron miríadas de insectos.

—¿Sudar aquí, mi amo?—le dije—. ¿No ve usted que por cada poro penetra la fiebre?

—¿Qué me quieres decir?—gritó con el pico clavado en tierra—. ¿Quieres atontarme más de lo que estoy? ¿Piensas que no comprendo el peligro en que me encuentro?

—Eso es lo que quiero—le respondí—. Sólo deseo que se dé usted prisa.

Y acordándome de mi difunto padre, empecé a murmurar: "De prisa, de prisa, de prisa".

De pronto, con gran sorpresa por mi parte, el cavador se puso a repetir: "De prisa, de prisa, de prisa, el manglar es muy pestilente. No hay tiempo que perder. De prisa, de prisa, de prisa..." Decía esto de manera mecánica, como si desvariara. El sudor había desaparecido de su rostro, que estaba seco y de color rojizo. De repente levantó el saco de joyas, pero no se dio la menor cuenta de ello y siguió cavando.

—Amo, aquí está el tesoro—le dije.

⁷ Canal estrecho entre islas o bajos.

Pareció como si se despertara de un sueño.

—¿Dónde?—gritó—. ¿Es posible? Debo estar loco. Muchacha, aquí hay algo que no marcha bien. ¿Es que este maldito manglar está embrujado?

—Este manglar es un sepulcro—respondí—. No saldrá usted vivo de él. En cuanto a mí, mi vida se halla en manos de Dios.

Cayó en tierra como herido por un rayo, ignoro si bajo el efecto de mis palabras o de la enfermedad. Luego alzó un poco la cabeza.

—Me has traído a morir aquí—dijo—, arriesgando tu propia vida. ¿Por qué?

—Para salvar mi honor—contesté—. Pero no dirá usted que no le avisé luego. Lo que le impulsó a usted a seguir ha sido la codicia.

Mi amo sacó entonces su revólver y me lo mostró.

—Ya ves que podría matarte—dijo—. Pero si es verdad eso que dices de que me estoy muriendo, nada podría ya salvarme. Y como mi cuenta es ya bastante larga... Hija mía—añadió con expresión lastimosa—, si es verdad que en el otro mundo hay juicio, mi cuenta es ya bastante larga...

Rompí a llorar y me arrojé a sus plantas, besándole las manos y pidiéndole perdón. Después puse el revólver en sus manos, pidiéndole que se vengase. Pero él estaba determinado a no causarme remordimientos.

—No tengo nada que perdonar—dijo—. ¿Qué representa un viejo? Y yo que creí que me habías tomado cariño...

Le entró un mareo, se abrazó a mí como un niño e invocó el nombre de una mujer. Luego recobró todo su conocimiento.

—Voy a hacer testamento. Saca mi cartera.

Y en una hoja de papel, con un lápiz, escribió algo apresuradamente, luego dijo:

—Que no lo sepa mi hijo. Que no sepa mi hijo Felipe lo que has hecho conmigo, pues se querría vengar de ti.

Luego, de repente, exclamó:

—¡Dios mío! Estoy ciego.

Y puso ambas manos sobre sus ojos.

—¡No dejes que me coman los cangrejos!—murmuró desesperadamente.

Le juré que no me apartaría de él mientras conservara un átomo de vida. Me senté a su lado y le velé como había hecho con mi padre. Por la tarde empeoró. Yo trabé una verdadera batalla con las nubes de mosquitos y con los ejércitos de hormigas que le acometían. Vino la noche. Aumentó el zumbido de los insectos y todavía no estaba segura de que hubiera muerto. Pero su mano, que retenía entre las mías, se le fue enfriando paulatinamente. Había llegado el momento de mi libertad.

Tomé su cartera y su revólver y, dispuesta a morir si me capturaban, me dirigí hacia el norte cargada con los comestibles y las joyas. Las alimañas y los insectos pululaban por el manglar. Yo caminaba a través de las tinieblas. El húmedo suelo se hundía bajo mis pies. El tacto del follaje era el único guía de que disponía y su contacto me estremecía como el contacto de las serpientes. La oscuridad parecía dificultarme la respiración. Nunca me he asustado tanto como durante aquella caminata nocturna. Por fin, con inmensa alegría, observé que el camino se hacía más firme y ascendía en cuesta y que a lo lejos aparecía una cinta de plata: era la luz de la luna.

Noté el aroma de las plantas de las montañas, el claro silencio de los altos bosques, el piso de roca. Mi sangre de negros me había salvado a pesar de haber atravesado aquel

pantano tenebroso. Ya solamente quedaba ante mí la parte más fácil de la empresa: cruzar la isla, llegar al yate y convencer a su dueño de que debía dejarme en lugar seguro. De pronto, bajo las estrellas, llegó a mis oídos un conjunto de voces que cantaban a coro.

Yo no sabía dónde me encontraba, pero dirigí mis pasos hacia donde se oía el ruido. Tras un cuarto de hora de camino llegué a un claro, iluminado por una hoguera. Cerca de la hoguera se alzaba la casita coronada por una cruz; era una antigua capilla abandonada que se utilizaba ahora para el culto de Hidú. En la puerta veíanse a una gran cantidad de gallos, conejos, perros y otros animales, atados juntos en un montón. La capilla y la hoguera se hallaban rodeadas de negros arrodillados. Unas veces levantaban al cielo las manos suplicantes y otras las bajaban hasta tocar el suelo. Las cabezas seguían el movimiento de las manos y también subían y bajaban. Sentí miedo, pues sabía que mi vida corría peligro por haber descubierto una función religiosa del rito Hidú.

De pronto, abrióse la puerta de la capilla y apareció un negro alto y corpulento completamente desnudo. Tras él salió la señora de Mendizábal también completamente desnuda, llevando en sus manos una cesta de mimbres completamente llena de serpientes. El fervor de la muchedumbre pareció crecer a su vista y el canto creció en intensidad de tono y expresión. A una señal del negro cesó el canto y dio comienzo a la segunda parte de la función. Los asistentes se precipitaron entonces, uno a uno, hasta cerca de la hoguera, donde se volvían a postrar, haciendo las más terribles peticiones: pedían muerte, enfermedades para sus amigos. Y hubo uno que pidió toda una serie de males para mí. Yo estoy segura de no haberle hecho nunca mal alguno. A cada petición, el negro alto echaba mano de uno de los animales y lo degollaba. Luego llegó el turno de officiar a la sacerdotisa, la cual, postrándose entre las serpientes, exclamó:

—¡Oh, poder, cuyo nombre no pronunciamos! ¡Poder más fuerte que el bien, mayor que el mal! Toda mi vida he procurado adorarte y servirte. He derramado sangre en tus altares. He enronquecido alabándote. ¿Quién ha degollado al hijo de sus entrañas? ¡Yo, Metambogú! Me nombro y rasgo el velo. Sírveme o mátame. Óyeme, espíritu del pantano, veneno de las serpientes, óyeme o mátame. ¡Dame la sangre de mi marido blanco, Hidú, dame su sangre! Además, ¡oh dominador de los vientres y origen de la corrupción!, me vuelvo vieja y odiosa, me persiguen. Haz que rejuvenezca, haz que tu sacerdotisa sea de nuevo una doncella capaz de encender el deseo de los hombres. ¡Oh, señor, te pido esta maravilla porque he preparado para ti el sacrificio enjo⁸, el cabrito sin cuernos!

Y mientras la sacerdotisa pronunciaba estas palabras, la multitud lanzaba un murmullo de alegría, griterío que llegó a ser un griterío espantoso cuando el negro alto, que había entrado en la capilla, reapareció llevando en sus brazos el cuerpo de Cora, la esclava. Cuando salí de mi estupor observé que Cora yacía en la escalinata, junto a las serpientes y que el negro había ya levantado el cuchillo para degollarla. Yo no pude contenerme y lancé un grito, pidiéndoles que se detuvieran en nombre de Dios.

Los caníbales quedaron aterrados. Luego pensé que estaba perdida. Pero el cielo estaba de mi parte. En aquel momento estalló una tormenta y retumbó un horroroso trueno. Al oír el estampido perdí el conocimiento.

8 *Sic.* Posible errata.

Cuando volví de mi desmayo era ya de día. Yo no había sufrido daño alguno y los árboles que me cobijaban tampoco, pero a poca distancia, en línea recta, veíanse los efectos de un tornado.

Por donde el tornado había pasado no había dejado nada en pie. Pero tras de mí los árboles mecían sus ramas intactas. Por el contrario, en la faja afectada por el tornado, árboles, hombres, animales, la maldita capilla, los fieles de Hidú, todo había sido arrasado por los poderes del aire.

Era imposible caminar por las sendas que el tornado había hollado. Las ruinas de la vegetación amontonadas allí alcanzaban ya gran altura. Pero yo me armé de valor y las crucé, aunque con muchas caídas y dificultades. Cuando al fin llegué al otro lado me sentí desfallecida. Tomé asiento para reparar mis fuerzas, dando gracias a la Providencia, que me había conducido a un paraje descrito por mi padre, desde el cual era fácil y seguro llegar hasta donde se hallaba el yate. ¡Con qué alegría y resolución atravesé aquellas tierras altas de la isla!

Todavía no era mediodía cuando llegué a la cima de una eminencia desde la que dominaba el mar. A lo largo de toda la costa, la espuma levantada por el tornado de la noche pasada formaba un cinturón níveo. A mis plantas había un puerto. En él se balanceaba un barco que causó ciertamente mi admiración. De su palo mayor flotaba al aire la bandera inglesa. Aquél era mi asilo. Tenía que llegar a bordo.

Media hora después atravesaba los bosques. Un promontorio me ocultaba el yate. Yo tenía que andar aún bastante trecho por lo que parecía soledad virgen. Mi vista descubrió un bote mecido en una especie de puertecillo natural. Miré en torno mío para averiguar quiénes habían venido en él y descubrí, a la entrada de un bosquecillo, a varios marineros acoplados alrededor de una hoguera. Me acerqué a ellos. La mayoría eran negros, pero había algunos blancos. Toqué en el hombro al que tenía gorra galoneada y botones brillantes en el traje, por lo que supuse que era oficial. Se levantó en seguida. Los demás volvieron la cabeza hacia mí.

—¿Qué quiere usted?—me preguntó el oficial.

—Ir a bordo del yate—respondí.

Creo que, al oírme, se desconcertaron. Yo estaba determinada a ocultar mi nombre hasta que hablara con sir George y el primer nombre que se me vino a los labios fue el de la señora Mendizábal. El efecto fue instantáneo. Los negros me miraron con veneración y los blancos con sorpresa. Y yo añadí:

—Y si no, llamadme Metambogú.

Nunca vi un efecto tan maravilloso. Los negros se adelantaron uno a uno y me besaron los pies y las desgarradas ropas. El oficial blanco les preguntó si se habían vuelto locos, pero los negros le cogieron por los hombros y le llevaron al interior del bosque, donde, poniéndole en medio de un corro, le explicaron algo empleando la más mímica de las pantomimas. El oficial parecía resistirse haciendo gestos de incredulidad, pero acabó convenciéndose o poco menos. Se me acercó y dijo:

—El bote está a su disposición.

Mi recepción a bordo del *Nemorosa* —así se llamaba el yate—, tuvo el mismo carácter. Cuando los negros que se hallaban en él me vieron llegar empezaron a levantar las manos al cielo con aspavientos de alegría.

A la entrada de la escalera me recibió un oficial de hermoso aspecto, a quien manifesté mi deseo de ver a Sir Jorge.

—No está—me contestó.

—Ya lo sé—dijo el oficial que me había acompañado en el bote—. Pero ¿qué iba yo a hacer? Mire usted a los negros.

Yo seguí también su indicación y mi vista se posó en aquellos ignorantes africanos que me adoraban como a una diosa. El oficial del barco fue al instante del parecer del subalterno, pues, con mucha amabilidad, me dijo:

—Señora, Sir Jorge está en la isla. Con permiso de vuestra señoría nos haremos inmediatamente a la mar. Camarero, conduce a Lady Grevilla al camarote.

Maravillada ante aquel nuevo nombre, fui llevada a un amplio y aireado camarote adornado con tapices y divanes. Hice una señal al camarero para que me dejase sola y me recostase sobre unos mullidos almohadones. Pronto conocí que el buque navegaba. Rendida, me dormí profundamente.

Desperté a la mañana del día siguiente. El mundo se columpiaba en torno mío. Pero el saquito de piedras preciosas se hallaba al alcance de mi vista. Por cierto que, debido a las oscilaciones del barco, las piedras chocaban contra sí, produciendo un cristalino ruido. Pasé un buen rato hasta acordarme de los acontecimientos que me habían conducido allí.

Coloqué el saquito de joyas, maravillada de que hubieran sido respetadas, en mi pecho, y viendo una campanilla de plata al alcance de la mano, la agité. Al instante se presentó un camarero que me preguntó respetuosamente qué deseaba. Le pedí comida y, al instante, el camarero empezó a preparar una mesita, sin dejar de mirarme.

—¿Siempre llevan los yates una tripulación tan numerosa como la que hay aquí?—le pregunté.

—Señora—me contestó—, no sé quién es usted ni qué la induce a tomar un nombre que no es el suyo. Cuando lleguemos a la isla...

En aquel momento entró el primer oficial. El camarero, al darse cuenta de ello, se puso repentinamente muy pálido.

—¡Parker! — exclamó el oficial, mostrándole la puerta.

—Sí, míster Kentish—respondió el camarero.

Y, pálido como un muerto, salió del camarote.

El oficial me invitó a sentarme, me sirvió comida y se puso a comer a mi lado.

—Voy a llenar el vaso de vuestra señoría— me dijo llenando mi vaso de cristalino ron.

—Señor—le dije—. ¿Cree usted que voy a beber eso?—le dije.

El oficial se echó a reír alegremente.

—¡Qué cambiada está vuestra señoría!—exclamó.

Apareció un marinero blanco, nos saludó a los dos y dijo al oficial que un vapor estaba a punto de pasar junto a nosotros y que míster Harland dudaba qué bandera izar.

—¿Tan cerca de la isla encontramos a un vapor?

—Esto es lo que ha dicho míster Harland—contestó el marinero.

—Bien—exclamó míster Kentish—. Si navega bien poned bandera yanqui. Pero si va averiado izad la bandera holandesa. Los holandeses son muy descorteses y así no extraña que no acudamos en su auxilio.

—Míster Kentish—dije yo en cuanto el marinero hubo desaparecido—, ¿se avergüenza usted de su verdadera bandera?

—¿Se refiere su señoría a la bandera pirata?—me preguntó con gravedad.

Luego se echó a reír.

—Dispéñseme—dijo—. Pero, por vez primera, he reconocido en su pregunta la afectuosidad de su señoría.

Quise que me explicara esto, pero no lo conseguí.

Durante nuestra conversación el yate había aminorado la marcha. Noté luego que echaba el ancla. Kentish me ofreció el brazo y me condujo a cubierta. Habíamos anclado entre unos islotes cubiertos de aves marinas. Cerca del barco había una pequeña isla que tenía vegetación y en donde se veían algunas chozas. Un barco más pequeño se hallaba anclado no lejos del nuestro.

Lanzaron un bote al agua y míster Kentish me invitó a tomar asiento en él. Los remeros nos condujeron rápidamente hacia el brazo de mar que conducía a la isla habitada. Una multitud de negros armados, entre los que se veían algunos blancos, nos recibió. Y la palabra mágica corrió de nuevo entre los negros a los que vi hacer las mismas demostraciones de los de antes. Cuando me vi entre aquellos hombres y en aquel paraje aislado, mi valor empezó a flaquear. Me agarré del brazo de míster Kentish y le pregunté qué significaba todo aquello.

—Nada, ya lo sabe usted—contestó conduciéndome entre la multitud.

Llegamos a una casita aislada con jardincillo, y abriendo su puerta, me invitó a entrar.

—¿Qué es esto?—le pregunté—. Yo quiero ver a Sir Jorge.

—Señora—dijo míster Kentish, poniéndose repentinamente grave—, hablemos claro. No sé quién es usted. Pero lo que sí sé es que no es la persona cuyo nombre ha usurpado. Pero, sea usted quien sea, espíritu, demonio o fantasma, si no entra inmediatamente en esta casa, la mato.

Y mientras esto decía miraba con ademán intranquilo a los negros que nos seguían.

No esperé que me amenazara de nuevo y entré en la casita. La puerta quedó cerrada con llave. No había muebles. Toda la casa se hallaba llena de cañas de azúcar, barricas de alquitrán, cuerdas embreadas y otros objetos inflamables. Las ventanas contenían gruesos barrotes de hierro.

Tenía tanto miedo que hubiera dado años de mi vida por volver a ser la esclava de míster Caulder. De repente, a través de una de las enrejadas ventanas, vi el rostro de un negro que me hacía una imperiosa seña para que me acercara. Obedecí. El negro me soltó entonces un largo parlamento en una lengua que no entendí.

—No te he entendido ni palabra—le contesté.

—¿No?—dijo en español—. ¡Qué grande es el poder de Hidú! Ha cambiado hasta tu inteligencia. Querida sacerdotisa, ¿por qué has consentido que te encierren en esa jaula? Tus esclavos te hubieran defendido. ¿No ves que piensan asesinarte? Esta casa se inflamará toda con una sola chispa. ¿Y quién será entonces nuestra sacerdotisa?

—¿No puedo ver a Sir Jorge?—grité—. Tengo que hablar con él.

—¡El señor!—exclamó el negro—. Ahí viene precisamente.

Y se apartó de la ventana.

—En mi vida he oído tantas tonterías—exclamó una voz.

—Eso es lo que decimos todos, Sir Jorge. Pero póngase usted en nuestro lugar. Los negros se hallaban en proporción de dos a uno. Y como se les ha metido en la cabeza de que es su sacerdotisa...

—Sois unos imbéciles. Puedes estar seguro, Kentish, de que tanto tú como Harland y Parker seréis ahorcados por esto.

La llave giró en la cerradura y apareció en mi encierro un caballero como de cuarenta a cincuenta años. Tenía un rostro franco y un aspecto distinguido.

—Querida señorita—me dijo—. ¿Quién diantre es usted?

Le referí toda mi historia. Al principio me oyó muy asombrado, pero cuando le dije que la señora Mendizábal había muerto a consecuencia del tornado mostróse muy alegre.

—Hija mía—contestó abrazándome—, dispensa que te abrace, pero podría ser tu padre. Esta noticia me ha producido una gran alegría. Esa mulata era nada menos que mi esposa. Querida mía—continuó—, estoy tentado hasta de creer en la Providencia. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Sir Jorge—exclamé—, yo soy rica. Pero necesito su protección.

—Entendido—dijo con gran alegría—; y te prometo que no me casaré nunca.

—Yo no me hubiera atrevido a proponerle tal cosa —dije echándome a reír; luego, con gesto serio, añadí—: Lo que deseo es que me lleve usted a Inglaterra.

—Bien—exclamó alegremente—, algo te debo por la noticia tan alegre que me has traído. Además, tu padre me fue útil muchas veces. He adquirido bastante fortuna. Poseo una mina de piedras preciosas, una agencia naval, etcétera. Me pienso retirar a mi país, el condado de Devon, para vivir en paz los años que me restan de vida. Así sí, no volveré a casarme. Bien, si me juras no decir nunca nada a nadie de esta isla, de estos episodios y de mi infortunado matrimonio, te llevaré en el *Nemorosa*.

Yo estuve conforme con sus condiciones. —Otra cosa—añadió Sir Jorge—. Mi difunta esposa era para estos negros algo así como una bruja. Y todos están convencidos de que ha vuelto a la vida encarnando en tu agradable persona. ¿Quieres hacer el favor de jurarles en nombre de Hidú o como se llame que yo soy también algo sagrado?

—Sí, lo haré. Se lo juro a usted por la memoria de mi padre.

—No te esfuerces en jurar. Tengo una prenda de ti que es mejor que cualquier juramento: me refiero a las piedras preciosas que obran en tu poder.

Ante aquella verdad me quedé muda. Tenía razón; llevaba unas piedras preciosas que no eran mías. En el acto pensé en restituirlas, aun a costa de mi libertad. Abrí el saquito y, al hacerlo, apareció la hoja de papel que me había entregado míster Caulder. Era su testamento. Le entregué dicho papel a Sir Jorge y éste se echó a reír. En él se me hacía donación del saquito de piedras preciosas, además de manumitirme de mi condición de esclava.

Mi relato toca a su fin. Sir Jorge y yo, que representaba a su rejuvenecida esposa, aparecimos del brazo ante los negros, que nos aclamaban, y nos dirigimos al embarcadero. Sir Jorge, antes de embarcarse, se despidió de sus antiguos compañeros con un discurso del que recuerdo algunos fragmentos.

—Si alguno de vosotros pierde el dinero, que no busque el perdón, pues le denunciaría. Las amenazas y los chantajes no sirven conmigo; prefiero jugármelo todo a una carta que ir perdiendo por grados.

Aquella misma noche nos hicimos a la mar, llegando al puerto de Nueva Orleans. Desde allí remití la cartera de míster Caulder, que había quedado en mi poder, a su hijo Felipe. En una semana se pagó a la gente, nos hicimos con nuevos tripulantes e hicimos rumbo a Inglaterra.

Tuvimos una feliz travesía. Sir Jorge no era un hombre muy escrupuloso en sus negocios, pero poseía muy buen humor y mucha franqueza. Resultaba interesante oír sus

proyectos para el futuro. En una palabra, éramos buenos amigos y vivíamos como padre e hija, aunque yo, naturalmente, no podía respetarle como a una persona intachable.

Faltaban aún algunos días para llegar a Inglaterra cuando Sir Jorge obtuvo un montón de periódicos procedentes de Inglaterra. Los estaba leyendo, haciendo sabrosos comentarios sobre lo que decían, cuando de pronto se puso serio.

—Demonio—exclamó—. Escucha esto, miss Valdivia. No quisiste hacerme caso y enviaste aquella maldita cartera al hijo de Caulder...

—Era mi deber, Sir Jorge—contesté.

—Pues te paga bien. Lo siento mucho, pero no voy a poder hacer nada por ti. El hijo de Caulder pide tu extradición.

—Pero una esclava está segura en Inglaterra—repliqué.

—Sí, pero es que él no pide una esclava, sino una ladrona. Ha destruido tranquilamente el testamento que le mandaste y ahora te acusa de haber robado a su padre joyas por valor de cien mil francos.

Aquel golpe del destino me abatió tanto que Sir Jorge se apresuró a tranquilizarme.

—No te apures — dijo—. Tengo buen corazón y haré lo que pueda por ayudarte. Te prestaré algún dinero contante y sonante, te desembarcaré en secreto y te daré la dirección de un buen abogado de Londres que pueda sacarte del atolladero.

Así lo hizo. Cuatro días después, el *Nemorosa* atracó en cierto desembarcadero solitario de la costa de Inglaterra y un bote me dejó en la playa, cerca de una estación de ferrocarril. Guiada por las indicaciones de Sir Jorge llegué hasta la estación, donde, envuelta en un gran abrigo, esperé la llegada del día; cuando salió la aurora, un mozo de la estación se me plantó delante.

—¿Quién es usted?—me preguntó.

—Una viajera—contesté.

—¿Y de dónde viene usted?

—Voy a Londres en el primer tren—repliqué.

Así desembarcó Teresa, cargada con su saquito de joyas, en las costas de Inglaterra. Sin nombre y sin historia, ocupó su puesto entre los millones de habitantes de su nuevo país. Desde entonces he puesto mi asunto en manos de un abogado y he vivido en tranquilas viviendas. Sé que me persiguen los espías de Cuba. Ignoro la hora en que perderé mi libertad y mi honor.

LA CAJA NEGRA
(Continuación)

La narración produjo mucho efecto en Enrique Desborough. La hermosa cubana, que ya le había parecido antes la más hermosa de las mujeres, parecióle desde entonces la más desgraciada de todas. Era una romántica historia. No encontró palabras para expresar sus sentimientos. ¡Cuánta piedad y admiración sentía!

—¡Oh, señorita!—empezó a decir—. Cuento usted conmigo para todo.

Cuando salió de la casa de la cubana, todo lo demás le pareció tétrico y triste. Ella, al despedirse, le había sonreído. ¡Qué sonrisa tan bella y tan expresiva! No podía apartar de su corazón su recuerdo. Entró en su restaurante y la música que tocaban los músicos que amenizaban le pareció algo seráfico: la melodía glosaba la sonrisa de la cubana.

Al día siguiente continuó pensando intensamente en ella. Cuando oía sus pisadas quedaba extasiado. Todos los libros que leía hablaban de Cuba. Y hasta llegó a encontrar uno que relataba aquel gran huracán o tornado de que ella le había hablado. Empezaba a encontrarse en la fase del amor más simpática de los jóvenes, esto es, la fase en que empiezan a preguntarse quién son ellos para merecer el amor de su amada. ¿Qué haría para hacerse más digno de que le amara? ¿Por medio de qué actos llamaría la atención de aquellos ojos?.

Meditando en todo esto se puso a pasear por la plaza donde su casa se hallaba enclavada. Había contraído algunas amistades entre sus vecinos y estaba en buenas relaciones con los gatos domésticos y con los niños que frecuentaban el lugar. Seguía empeñado en que era muy poca cosa para merecer el amor de su adorada. Sus ocupaciones fluctuaban entre dirigir la palabra al hermanito de un enfermo o bien acordarse de la que consideraba reina de las mujeres y sol de su vida.

Había observado que Teresa tenía costumbre de salir por las tardes. Quizá corriera peligro de encontrarse con un espía cubano. En tal caso, la presencia de un amigo la podría ser útil. Sí, la seguiría en cuanto la viera. Mas ofrecerle su compañía podría parecer una intrusión. Seguirle a las claras era asimismo una intrusión. No le quedaba otro remedio que seguirla a escondidas. Esto le repugnaba, mas a pesar de ello se resolvió a llevarlo a cabo con pericia detectivesca.

Al día siguiente puso su plan en acción. Pero en la esquina de Rotterdam Road, la señorita se volvió de repente, dándose de manos a boca con su enamorado.

—¡Qué afortunada soy, señor!—le dijo—. Estaba buscando a alguien que me hiciera un recado.

Y, con la más amable de las sonrisas, le envió al otro extremo de Londres a unas señas que no pudo hallar. Aquello resultó un poco amargo para el caballero andante. Cuando, muy fatigado, se presentó por la noche a la joven para decirla que había estado haciendo averiguaciones y que no había podido hallar la persona buscada, Teresa se echó a reír, declarando que había cambiado de parecer, así que era una suerte que el recado no hubiera surtido su efecto.

Al día siguiente volvió a esperar a la joven en la calle. Estaba decidido a proteger a la joven aun a riesgo de su vida. Pero le aguardaba una tremenda decepción. En la silenciosa y estrecha calle Hanway, Teresa volvióse súbitamente hacia su perseguidor y, airada, le dijo:

—¿Me sigue usted, señor? ¿Son estos los modales de un caballero inglés, señor?

Enrique, confundido y avergonzado, prometió no ofenderla más, apartándose de ella muy abatido. No podía seguir persiguiéndola. Empezó de nuevo a vagar por la terraza o por la plaza, lleno de amor y remordimiento, admirable y atontado al mismo tiempo, objeto, como todos los jóvenes enamorados, de la envidia y del desprecio de los que tienen más edad y menos ilusiones. Mientras espiaba una sonrisa de la amada, se fijaba en las personas que la visitaban. En realidad no recibía muchas visitas. Puede decirse que sólo un señor la visitaba. Tratábase de un caballero alto, con barba en punta. A Enrique le fue antipático desde el primer momento. Y cuando, armado de valor, se atrevió a preguntar a su amada, la respuesta de ésta le abatió más.

—Ese caballero—contestó Teresa sonriendo—, me pretende en matrimonio y, no quiero ocultárselo a usted, me apremia con el más respetuoso ardor. Y yo, ¿qué voy a hacer?. ¿Cómo va la abandonada Teresa a rechazar una proposición semejante? Enrique no se atrevió a decir palabra, pero unos celos horribles atravesaron su corazón. Ni siquiera pudo despedirse cortésmente de ella. En la soledad de su aposento se entregó a la desesperación. Adoraba a la joven. Y lo que le llegaba al alma no era que se casara con otro, sino que ese otro no la mereciera. Si el hombre que se la llevara estuviera adornado de notorias cualidades, la cosa se le hubiera hecho más llevadera. ¡Pero aquel tipo de la barba! No parecía un caballero. Tenía aspecto patibulario. Tenía las uñas enlutadas. Sus ojos eludían la vista de la gente. Seguramente era un pretexto su amor, siendo, en realidad, un enviado de Cuba. Enrique se juró salir de dudas y, a la noche siguiente, a la hora de la acostumbrada visita de aquel hombre, se situó en un lugar desde donde podía ver sin ser visto.

Ante la puerta de la casa de Teresa se detuvo un coche y el hombre en cuestión saltó de él. Llevaba una caja negra debajo del brazo. Media hora después volvió a salir sin la caja y, a pie, se retiró hacia el Este. Desborough no dudó ni un momento y se dispuso a seguirle. El hombre empezó a callejear, deteniéndose en los escaparates de los estancos y de las fruterías. De pronto, como si hubiera tomado una súbita resolución, se dirigió hacia la Posada de Lincoln. Pero al llegar a una calleja lateral dio media vuelta y encaróse con Enrique, preguntándole con alguna aspereza si no había tenido el gusto de verle antes de ahora.

—Desde luego—contestó Enrique—. Y no negaré que le estoy siguiendo. De sobras sabe usted por qué.

El hombre de la barba pareció sentir un gran pánico ante aquellas palabras. Dio media vuelta y echó a correr como alma que lleva el diablo.

Enrique quedó tan sorprendido que no quiso perseguirle. Cuando volvió de su sorpresa el hombre había tomado ya un coche, que desaparecía entre el inmenso tráfico de Holborn Street.

Intrigado y desanimado por aquella conducta extraña, Desborough volvió sobre sus pasos. Cuando llegó a la Plaza donde vivía se aventuró por vez primera a llamar a la puerta de la hermosa cubana. La joven, desde dentro, le mandó que empujara la puerta y entrase. Se hallaba arrodillada junto a la caja negra.

—Señorita — dijo Enrique—. Dudo mucho que el carácter de ese hombre sea el que pretende hacerle creer a usted. Cuando le he dicho que le seguía se ha escapado como alma que lleva el diablo.

—¡Oh, don Quijote, don Quijote!—exclamó Teresa—. ¿De nuevo ha acometido usted los molinos de viento?

Se echó a reír, añadiendo:

—¡Cómo debe haberle asustado usted! Él sabe que aquí hay autoridades cubanas y que la pobre Teresa puede ser cazada de un momento a otro. Y él, que es un pobre mandadero de mi abogado, puede ser sorprendido también por los espías.

—¡Un pobre mandadero! — exclamó Enrique—. ¡ Pero si usted misma me dijo que se quería casar con usted!

—Creí que a los ingleses les gustaban las bromas— afirmó tranquilamente la joven—. En realidad es el secretario de mi abogado y me ha traído noticias desastrosas. Me encuentro en un gran apuro, Enrique. ¿Quiere usted ayudarme? Al oír aquella palabra tan esperada, el corazón del joven latió de alegría. Esperanzado con el servicio que podría prestar a su dama, se olvidó de la broma.

—¿Y lo pregunta usted? Dígame lo que he de hacer.

Dando muestras de una emoción que no era fingida, la bella cubana colocó su mano sobre la caja negra.

—Esta caja contiene mis joyas, mis documentos, todo, en fin, lo que me une con Cuba, con mi doloroso pasado. Pues bien, la caja se ha de esconder fuera de Inglaterra, según opinión de mi abogado, o, de lo contrario, estoy perdida. Un marinero de un paquebote irlandés espera la caja mañana. La cuestión sin solucionar aún es quién llevará la caja hasta Holyhead, que es donde está el paquebote. ¿Quiere usted hacerlo? ¿Saldrá usted mañana en el primer tren? ¿Hará usted esto para salvar a su amiga?

—No comprendo bien...—empezó a decir el joven.

—Tampoco yo comprendo bien—continuó Teresa—pero es preciso obedecer las órdenes de mi abogado.

—Señorita—replicó gravemente Enrique—, pienso que lo que me pide es muy poco. Yo quisiera hacer más cosas por usted. Pero permítame que la diga una cosa. Si sus documentos no están seguros en Londres tampoco lo estará su persona. Me parece comprender el plan de su abogado. Cuando yo vuelva me encontraré con que ha huido usted. Bien, pongamos las cosas claras. La amo a usted y no puedo resistir la idea de no saber noticias de usted. No deseo más que servirla, pero le suplico que si se marcha me escriba. ¡Prométamelo!

—Se lo prometo—dijo la joven tras de una pausa.

Y al decirlo, aparecían en su rostro las emociones de un tremendo conflicto.

—Quiero decirle que en caso de accidente...—siguió Desborough.

—¡Accidentes!—exclamó la joven—. ¿Por qué dice usted tal cosa?

—No sé—replicó el joven—. Se puede usted marchar antes que yo vuelva y no encontrarnos en mucho tiempo. Sepa usted que desde el día en que me lió usted el cigarrillo su recuerdo no se ha apartado de mi mente y que si la cosa le sirve a usted para algo, puede estrujarme como a un papel y echarme al fuego. La amaré hasta la muerte.

—Márchese—exclamó la joven—, márchese; la cabeza me da vueltas. No sé ni de lo que hablamos. Vayase y buenas noches. ¡Ah, vuelva usted sano y salvo!

Una vez en su habitación apoderóse del joven una alegría salvaje al recordar las últimas palabras de la cubana y la súbita palidez de su rostro. Su corazón le engañó, no queriendo pensar sino en que su amada se había conmovido al separarse. Se acostó embebido en estos pensamientos y durante toda la noche no pudo apartar de sí el recuerdo del rostro de Teresa. Cuando se hizo de día, saltó del lecho sobresaltado, sin tiempo de levantarse. Se vistió, se desayunó y fue al piso de Teresa a buscar la caja. La

puerta se hallaba abierta y un gran desorden reinaba en su interior. Los muebles estaban apartados como para dejar sitio a una persona con gran prisa. No obstante, en un lugar visible se hallaba la caja. Sobre ella había un papel que decía: "Enrique, espero volver antes de que usted se marche".

El joven sentóse a esperar, poniendo su reloj sobre la mesa. Le había llamado "Enrique". Aquello era suficiente para que se creyera en el quinto cielo. Con todo, la vista del desorden de la habitación no le había gustado mucho. La puerta de la alcoba estaba abierta de par en par y Enrique pudo darse cuenta de que la cama se hallaba intacta. Estaba preguntándose lo que aquello significaba cuando vio que ya era hora de marchar. Ante todo, era hombre de palabra, así que salió hacia Sunthampon Road, hizo parar un coche y colocó la caja en el asiento delantero, ordenando al cochero que marchara al trote largo.

Las calles se hallaban todavía casi desiertas. No había nada que atrajera la vista del joven, así que no pudo por menos de ponerla en la caja. En un lado de ésta había una tarjeta que rezaba lo siguiente: "Miss Doolan, pasajera para Dublín. Cristal. Frágil". El joven pensó con ternura que el ídolo de su corazón pensaría tal vez tomar el nombre de Doolan. Y, mientras examinaba la tarjeta, se dio cuenta de que una gran depresión se apoderaba de él. Fue en vano que intentara distraerse silbando: no podía apartar de su imaginación la idea de que le amenazaba un peligro inminente. Miró hacia afuera. No era probable que nadie le siguiera. De pronto se dio cuenta de que, unido al ruido que producía el coche, se oía un monorrítmico ruido, algo así como el tic-tac de un reloj. Ocurriósele aplicar su oído a la caja y notó que el tic-tac procedía de su interior. Mas de pronto, sin saber por qué, dejó de percibirlo. Se rió entonces de sí mismo y de sus temores y pensó que el tic-tac no había existido más que en su imaginación. Al llegar a la estación saltó del coche alegremente; habían desaparecido todos sus temores.

Teresa le había dicho que el tren salía mucho antes de lo que en realidad salía, así que tuvo que esperar bastante rato en la estación. Entregó la caja a un mozo mientras se paseaba por el andén. Cuando abrieron el quiosco de la estación se puso a examinar los títulos de las novelas que vendían. Cuando más abstraído estaba sintió que le tocaban en el brazo. Era una mujer que iba oculta tras un velo. El joven se fijó en ella, reconociendo a la hermosa cubana.

—¿Dónde está eso?—le preguntó con voz ahogada.

—¿Eso?—exclamó él—. ¿El qué?

—La caja. En seguida, tráigala para acá, la colocaremos en un coche. Tengo mucha prisa.

Enrique apresuróse a obedecer, maravillado de tales cambios. No quiso molestar a Teresa con preguntas. Una vez encontrado el coche y colocada la caja en el pescante, la joven se apartó un tanto de la estación y le hizo una seña para que la siguiera.

—Ahora—dijo la joven con el tono entrecortado de voz que ya antes le había llamado la atención—, debe usted ir solo a Holyhead. Llega usted a bordo, busca a un hombre con pantalones a cuadros y corbata encarnada y le dice usted que todo se ha descubierto. Adiós.

—Teresa—dijo Enrique—, suba usted al coche. Yo iré con usted. Parece usted muy trastornada. Quizás le amenaza algún peligro. No habrá nada que me aparte de usted.

—¿No se va usted? ¡Oh, Enrique, sería mejor!

—No, no voy.

La joven le miró un momento a través del velo. Luego se apoderó de su mano con un movimiento que más parecía de miedo que de ternura. Y ambos se dirigieron hacia el carruaje.

—¿Adonde vamos?—preguntó Enrique.

—A casa—contestó la joven.

Y dirigiéndose al cochero añadió:

—A escape. Pagaremos doble.

En cuanto subieron al coche éste salió a la carrera.

Teresa reclinóse en un rincón. Durante todo el trayecto, el joven pudo darse cuenta de que su compañera estaba llorando. Pero Teresa negóse a dar explicaciones. Cuando llegaron a Queen's Square, el cochero bajó la caja. Pero Enrique, orgulloso de sus fuerzas, se la arrebató, colocándola sobre su hombro para llevarla a la casa.

—¡Que la lleve el cochero!—murmuró la joven.

—De ninguna manera—murmuró Enrique.

Subieron a la casa. La patrona y la criada habían salido, de modo que en el edificio sólo estaban ellos dos. Enrique, ayudado por Teresa, dejó la caja junto a la mesita de la ventana. Y en el silencio de la habitación los oídos del joven creyeron percibir un débil tic-tac, el mismo que ya le había llamado la atención cuando se encontraba dentro del coche.

—Y bien—preguntó Enrique—. ¿qué ha pasado?

—Pero... ¿no se marcha usted?—gritó Teresa con voz temblorosa—. ¡Oh, Enrique, Enrique, vayase y déjeme abandonada a mi destino!

—¿A su destino?

—No haga caso. No sé lo que me digo. Pero quiero estar sola. Puede usted volver esta noche, Enrique, vuelva cuando quiera. Pero déjeme ahora.

Luego, como atacada por una súbita inspiración, añadió:

—Tengo que enviar un recado. Usted no me puede rehusar este favor. ¿Irá?

—No—dijo Enrique—. Usted no tiene que enviar ningún recado. Está usted inquieta, la amenaza algún peligro. Levántese el velo y dígame lo que es.

—Entonces, no me queda ya más que un camino.

Y la joven, levantándose el velo, descubrió un rostro pálido, unos ojos marchitos de tanto llorar, una frente surcada por las arrugas del temor.

—Enrique—dijo—, yo no soy lo que parezco.

—Ya me ha dicho usted eso en varias ocasiones—respondió Enrique.

—¡Oh, Enrique, Enrique, cómo me avergüenza usted!. La pura verdad es que soy una joven malvada y peligrosa. Me llamo Clara Luxmore. Nunca estuve en Cuba. Penzance es el sitio más lejano que alcancé a visitar. He estado jugando con usted. Y ahora no me atrevo a decirle lo que soy. Hasta hoy no me he dado cuenta de la profundidad de mi maldad.

El joven la miraba espantado. Luego sintió una oleada de generosidad.

—Tanto mejor—respondió—. Si es verdad lo que dice tendrá usted necesidad de mí.

—¿Es posible que ni mis palabras le alejen de aquí? ¿Nada le apartará de esta casa de muerte?

—¿De muerte?—respondió Enrique como si fuera el eco.

—Sí, de muerte—contestó Teresa—. En esa caja que usted ha paseado por Londres duerme la energía de la dinamita, controlada por un aparato de relojería.

—¡Santo Dios!—exclamó Enrique.

—¡Ah! ¿Huirá usted ahora? De un momento a otro oirá usted el clic del resorte. Y, a continuación, esta casa se derrumbará. Estoy segura de que M'Guire se ha equivocado. Esta mañana, antes de amanecer, fui a ver a Zero y éste ha confirmado mis temores. Entonces me di cuenta de que le amaba a usted, Enrique. ¿Huirá usted ahora? ¿No me perdonará este involuntario crimen?

Enrique, con la mirada fija en la caja, permanecía mudo. Por fin exclamó:

—¿De.... modo que esa caja contiene una máquina infernal.

Los labios de la joven dijeron que sí sin que se oyera la voz. Enrique, entonces, lleno de tremenda curiosidad, se acercó al artefacto y se inclinó hacia él. El tic-tac se oía perfectamente y su corazón se sobresaltó.

—¿Para cuándo está puesto?—preguntó.

—¿Qué importa?—contestó la joven asiéndole por un brazo—. Si se puede usted salvar aún, ¿por qué se entretiene con preguntas?

—¡Dios mío!—exclamó Enrique—. ¿Y el Hospital de Niños? Cueste lo que cueste esta máquina se ha de parar.

—Es imposible. Todo humano poder es impotente para pararla. Pero, tú, Enrique, amado mío, puedes huir todavía...

En aquel momento se oyó un golpe seco en el interior de la caja, un golpe parecido al que produce un reloj de pesas antes de dar la hora. Ambos jóvenes, horrorizados, fijaron sus ojos en la caja. Enrique, cubriéndose el rostro con una mano, rodeó con la otra el talle de la joven y apretándola contra su pecho se reclinó hacia la pared.

En la habitación resonó un crujido. Los ojos de ambos jóvenes se cegaron ante el inminente horror y, aturdidos, se tiraron al suelo. Oyóse entonces un estridente y prolongado silbido. A continuación, un vapor irresistible penetró en sus gargantas. La habitación estaba llena de un humo denso y picante.

Pero este humo pronto se dispersó. Los dos jóvenes se sentaron en el suelo. El primer objeto que llamó su atención fue la famosa caja. Permanecía en su sitio, intacta. De su cerradura surgían aún espirales de humo.

—¡Pobre Zero! — exclamó la joven sonriendo—. ¡Cuando se entere se va a llevar un disgusto!

LA CASA DE LA PLAZA DORADA

Somerset subió por la escalera y citando llegó al salón notó que la puerta, al revés de lo ordinario, estaba abierta. El joven se precipitó en su interior. Zero, muy abatido, se hallaba reclinado en un sofá. Ante él había un vaso de bebida que no había probado. Aquello era señal de que una gran preocupación le embargaba. Además, la habitación mostraba un gran desorden; las cajas habían sido removidas, el suelo se hallaba lleno de llaves y otras herramientas. En medio de este desorden veíase en el suelo el guante de una mujer.

—Vengo decidido a terminar con esto—dijo Somerset—. O abandona usted inmediatamente sus téticas artes o, cueste lo que cueste, le denuncio a usted.

—¡Ah, llega usted demasiado tarde, querido! No tengo ya esperanzas. Soy objeto de befa y escarnio. Mis lecturas no se han nutrido precisamente de novelas —e hizo un gesto de desesperación—. Con todo, recuerdo ahora un pasaje que pinta con exactitud mi situación actual. Soy como un tambor que se le ha roto la tripa.

—¿Qué le ha pasado a usted?—preguntó Somerset.

—Mi última hornada de artefactos ha sido como todas las demás: una befa. En vano me seco los sesos combinando los elementos. En vano ajusto bien los resortes. Todos me desprecian, todos menos usted, mi querido amigo. Pronto no me querrá mirar ninguna persona a la cara. Mis mismos subordinados se han vuelto contra mí. ¡Qué palabras tengo que escuchar! La joven ya se mostró así una vez. Yo se lo habría perdonado porque aquel día se hallaba muy excitada. Pero ha vuelto, ha vuelto para anunciarme este golpe aplastante. Sí, querido. He tenido que beber una copa muy amarga. La mordacidad de las mujeres es tremenda. Bien, denúncieme usted si quiere. Pero le advierto que denunciará usted a un muerto. He acabado ya. Es extraño que en esta hora terrible para mí se me ocurran frases de escenario, pero lo cierto es que se me ocurre una frase de Ótelo: "Todo ha terminado para mí". Sí, querido, esto se va. Ya no soy un dinamitero. Mas... ¿cómo me podré conformar con una vida menos gloriosa?

—No puedo expresarle lo aliviado que me siento —dijo Somerset acomodándose sobre una caja—. Le tengo a usted cierta simpatía. Además me repugna todo lo que se parece a un deber. Sus noticias me son muy gratas. Pero, ¡caramba!, me parece que en esta caja oigo un tic-tac.

—Sí—respondió Zero con negligencia—, he puesto varias en marcha.

—¡Cielos!—exclamó Somerset, dando un salto—. ¿Máquinas infernales?

—¡Sí, máquinas infernales! Me avergüenzo de ser su autor. ¡Ay!—exclamó cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Tener que confesar yo mismo esto!

—¡No sea usted loco!—exclamó Somerset, sacudiéndole por un brazo—. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que ha puesto usted esos artefactos en marcha y vamos a hacernos papilla?.

—¿Hacernos papilla? ¡Vamos, ya tenemos aquí otra frasecita! Pero estoy atontado. En serio, querido amigo. He puesto en marcha varias máquinas. Esa, sobre la que usted se reclina, está a media hora... Aquella otra...

—¿Media hora?—gritó Somerset—. ¡Cielos! ¡Dentro de media hora!

—No se excite, querido. Mi dinamita no es más peligrosa que la arena. Si yo tuviera un hijo pequeño se la daría para que jugara con ella. ¿Ve usted este ladrillo? Una cantidad

así de dinamita podría ser suficiente para llenar de ruinas toda la plaza. Pues bien, yo lo estrello contra el suelo...

Somerset, en el paroxismo del terror, dio un salto y se apoderó del ladrillo. Luego, con más cuidado que una madre primeriza transporta a su primer hijo, lo colocó en un extremo del salón. Luego limpióse el copioso sudor que inundaba su frente. El conspirador le miraba muy abatido.

—Era completamente inofensivo — suspiró—. Dicen que arde como el tabaco.

—¡Por el chápuro verde! — exclamó Somerset—. ¿Qué le he hecho yo para que me dé esos sustos? Abandonemos, por lo menos, esta casa maldita. No tengo corazón para dejarle abandonado aquí. Luego, si su determinación es sincera y escucha usted mis consejos, abandone para siempre esta ciudad, donde ya nada tiene que hacer.

—Precisamente mis propósitos se ajustaban en todo a ese plan. En cuanto haya hecho mi maleta le suplicaré que participe de mi frugal comida y luego, si es usted tan amable, me acompañará usted a la estación. Pero antes me querría cerciorar—exclamó mirando las tétricas cajas—. No puedo acabar de creer que todo mi trabajo haya resultado inútil.

—¡Cinco minutos! — exclamó horrorizado Somerset—. ¡Le doy a usted cinco minutos para que haga la maleta!

—Sólo unas cuantas cosas necesarias, querido Somerset, y ya me tiene usted listo.

Entró en su habitación y tras breves momentos, que a su compañero le parecieron siglos, volvió a salir con una maleta abierta, en la que iba metiendo varias cosas. Cogió un ladrillo de dinamita y se dispuso asimismo a guardarlo en la maleta.

—¡Deje usted eso!—gritó Somerset—. Si es usted sincero no debe llevarse eso.

—Es solamente por curiosidad, querido—respondió Zero dulcemente, guardando el ladrillo—. Un recuerdo del pasado. ¡Un pasado feliz, brillante! ¿No quiere usted una copita? ¡No bebe usted nada! Bien, si no tiene usted curiosidad por esperar el resultado...

—¡Yo! — exclamó Somerset—. Estoy como sobre ascuas.

—Bien, pues entonces estoy dispuesto. ¡Dejo el escenario de mis sublimes esfuerzos!

Somerset le tomó del brazo y le obligó a bajar la escalera. Cerraron la puerta, que retumbó en la vacía casa y cruzaron la plaza en dirección a Oxford Street. Todavía no habían atravesado la verja del jardín cuando les detuvo un tremendo estampido sordo, seguido de un estruendo formidable. Somerset volvió la cabeza a tiempo de ver cómo se rajaba la casa, cómo surgían llamas de su interior y cómo se desmoronaba toda ella. La sacudida hizo caer al suelo a Somerset. Cuando se hubo rehecho, su primera mirada fue para Zero, el cual se había apoyado contra la verja y, abrazado a su maleta, repetía con gesto triunfal:

—*Nunc dimittis, nunc dimittis.*

La consternación de la población fue indescriptible. La plaza se llenó de gente. Somerset aprovechó aquella confusión para apartar de allí al conspirador.

—¡Grandioso! — murmuraba éste—. Inefablemente grandioso. ¡Ah, Verde Erín, qué día de gloria para ti! ¡Qué grande ha sido el triunfo de la calumniada dinamita que yo preparaba!

De repente se entenebreció su rostro. Sacó el reloj y miró la hora.

—¡Dios mío! ¡Esto sí que es mortificante! Ha estallado diez minutos antes de la hora. El mecanismo del reloj se ha burlado de mí. ¡Todos los éxitos están mezclados con el fracaso! ¡Este día glorioso también ha de tener su sombra!

—¡Es usted un burro!—exclamó Somerset—. ¡Volar la casa de una dama! ¡ Destruir todo lo que poseía la única persona que es lo suficientemente boba para mirarle a usted la cara!.

—Usted no entiende una palabra de esto—exclamó Zero con desprecio—. Esto conmoverá a toda Inglaterra. El truculento Gladstone temblará ante toda esta venganza. Y ahora que mi dinamita ha mostrado ser eficaz...

—¡ Cielos! — murmuró Somerset—. Ahora que me acuerdo. Tenemos que abandonar ese ladrillo que metió usted en su maleta. Podríamos echarlo al río.

—¡Un torpedo, eso es!—gritó Zero en el colmo de la alegría— ¡Soberbio, amigo! Es usted un verdadero anarquista.

—Es verdad—murmuró Somerset—. Eso no puede hacerse. No tiene usted más remedio que llevárselo consigo. Déjeme que le acompañe hasta el tren.

—No, querido, ahora no me voy. Mi carácter se ha restaurado. Preveo las ovaciones que le esperan al autor de la atrocidad de la Plaza Dorada.

—Amigo, le doy a usted a escoger. O le veo a usted en el tren o le veo a usted en la cárcel.

—Somerset, eso es indigno de usted. ¡Me causa usted una sorpresa!

—Más le sorprenderá en la primera Comisaría que encontremos. Estoy resuelto: o se embarca usted para América, con su ladrillo y todo, o hago que le prendan.

—Se ha olvidado usted de algo—dijo Zero—. No puede usted forzarme. La voluntad, querido amigo...

—Puedo obligarle. Con sólo que levántese la mano y la voz en esta misma calle, el populacho...

—¡Por Dios!—exclamó Zero palideciendo;—. ¿Qué palabras son esas? ¡No deben decirse ni en broma! El populacho brutal, las pasiones salvajes... Somerset, por Dios, vamos a un restaurante.

Somerset le miró con curiosidad.

—¿Le produce a usted horror ese género de muerte ?

—¿Y a quién no?—preguntó Zero.

—¿Le parece a usted ser preferible ser volado con dinamita?

—Le confieso que durante toda mi carrera he estado expuesto a esto de ser volado, una muerte muy desagradable también a todas luces.

—Otra pregunta. ¿Qué le parece a usted la ley de Lynch?

—Un asesinato—respondió Zero.

—Chóquela, amigo. Bien, no sabe usted cuántos deseos tengo de asistir a su marcha.

—No le comprendo bien, pero estoy seguro de que no me quiere usted mal. Mis fondos y mis títulos han quedado destruidos en lo que la Historia llamará la atrocidad de la Plaza Dorada. No puedo atravesar el Océano.

—Para mí no ha cesado de ser usted un hombre perverso — dijo Somerset—. No tengo nada que ver con usted. Y sin embargo, me desarma la confusión de su mente. Hasta hoy he creído que no existía la estupidez. Pero ahora creo que sí existe. Basta, para convencerse, con mirar su rostro de usted. Yo, que era un escéptico, me pregunto ahora: ¿es posible que crea yo en lo bueno y en lo malo? He visto que era víctima del prejuicio del honor personal. ¿Seguirá adelante este cambio? ¿Me habrá robado usted mi juventud? No me atrevo a dejarle a usted entre mujeres y entre niños. Tampoco tengo

ánimos para denunciarle. Así, pues, si no tiene usted dinero tome el mío. Si alguna vez le vuelvo a ver, ese día será el último de su vida.

—En ese caso no sé rehusar sus ofrecimientos— dijo Zero—. Sus expresiones me duelen y me sorprenden. Pero una de las cosas que más me encantó en su carácter es su deliciosa franqueza. En cuanto a esto que usted me presta, se lo devolveré a usted desde Filadelfia.

—No, no es necesario—dijo Somerset.

—Querido—replicó Zero—, mis superiores me recibirán ahora con los brazos abiertos y no padeceré ya miseria pecuniaria.

—Aunque estuviera usted nadando en oro no admitiría yo la devolución de ese dinero— dijo Somerset. —Puede usted guardarlo. Los tres días que he pasado a su lado me han convertido en un romano antiguo.

Somerset paró un coche que pasaba y ambos se dirigieron rápidamente a la estación. Allí, después de tomarle un juramento, entregó a Zero el dinero para el viaje.

—Y ahora—dijo Somerset—, he recobrado el honor pagándolo con cuanto dinero me quedaba. Pero doy gracias a Dios de quedar libre de toda relación con míster Zero Pompernickel Jones. Aunque me tenga que morir de hambre.

—¡Morirse de hambre!—exclamó Zero—. Querido amigo, no puedo hacerme a la idea.

—¡Vaya a tomar el billete!

—No se enfade usted.

—¡Vaya a tomar su billete!—repitió el joven.

—Bien—dijo el conspirador al volver con el billete en la mano—, su actitud conmigo es tan dolorosa para mí que dudo si tenderle la mano.

—Como hombre no me la tienda. Pero no tengo inconveniente en estrechársela como agarraría una bomba que vertiese veneno y fuego del infierno.

—¡Qué despedida más fría! — suspiró el dinamitero.

Y, seguido por Somerset, entró en el andén. Éste rebosaba de pasajeros. El tren para Liverpool iba a salir de un momento a otro. Otro acababa de llegar. En aquel doble movimiento era muy difícil abrirse paso. Cuando el dinamitero pasó ante el quiosco de los periódicos se fijó en un número del *Standard* en el que se leía: "Segunda edición. Explosión en la Plaza Dorada". Sus ojos se iluminaron. Buscó en sus bolsillos una moneda y se echó hacia adelante con tal ímpetu que tropezó contra el quiosco. Y, como resultado del encontronazo, la dinamita explotó. Cuando se dispersó el humo vióse que el quiosco había quedado reducido a un montón de astillas. El vendedor de periódicos había quedado ileso, pero ni del patriota irlandés ni de su maleta quedó ningún resto.

Somerset, amparado por el tumulto, pudo escapar y llegó hasta Euston Road. La cabeza le daba vueltas, estaba muerto de hambre y no tenía un céntimo en el bolsillo. No obstante, se maravillaba de encontrarse alegre. Sentía en su corazón algo así como la divina presencia, la bondad de Dios. Y se decía a sí mismo que, ahora que Zero había sido aniquilado, no le importaba morir.

Al atardecer se encontró en la puerta de la tienda de míster Godall. Atribulado por el hambre y sin darse cuenta de lo que hacía, empujó la puerta y entró.

—Hola, míster Somerset — dijo míster Godall—. ¿Qué, ha corrido usted alguna aventura? ¿Tiene usted una historia que contar? Siéntese, le escogeré un cigarro de los que a usted le gustan. Usted, mientras tanto, me obsequiará con una narración.

—No, no puedo fumar.

—¡Cómo!—replicó míster Godall—. Pero ahora que le miro más de cerca me doy cuenta de que le encuentro cambiado. ¿Se encuentra usted mal? ¿Es algo grave?

EPILOGO DEL CIGAR DIVÁN

Un lluvioso día de diciembre del año pasado, entre nueve y diez de la mañana, míster Challoner, con el paraguas abierto, llegó ante la puerta del *Cigar Diván*, en Rupert Street. Sólo había estado una vez en tal lugar y el recuerdo de lo que allí le aconteciera así como el miedo que le tenía a Somerset, le habían impedido hasta entonces volver.

Antes de entrar, examinó el interior, pero la tienda estaba libre de parroquianos.

El joven que se encontraba tras el mostrador se hallaba muy entretenido traduciendo algo a penique la línea y no se enteró de la presencia de Challoner. Éste se fijó con más atención en él y creyó reconocerle.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¡Es Somerset!

Y aunque hubiera querido evitar su encuentro el hecho de verle en el mostrador excitó su curiosidad y se acercó a él.

—"La espléndida rotonda toca el cielo"—murmuró Somerset con el tono del que mide un verso—. Supongo que no será rotonda sino cúpula. ¡Oh! cúpula soberbia, hiere el cielo! Este es el punto malo de las artes. Ve usted un buen efecto e inmediatamente aparece una triquiñuela que impide el sentido.

—Somerset, querido amigo—exclamó Challoner—. ¿Se ha disfrazado usted?

—¡Challoner! Tengo mucho gusto en verle. Un momento. Voy a terminar el octavo verso y en seguida soy con usted. Sólo el octavo verso.

Y haciéndole un gesto cariñoso con la mano se sumió de nuevo en su tarea.

—Ya—exclamó levantando la cabeza—. Parece que se conserva usted muy bien. ¿Qué hay de los centenares de libras?

—He heredado un pequeño capital de una tía mía que vivía en el País de Gales—contestó con modestia Challoner.

—¡Ah!—dijo Somerset—. Dudo mucho de la legitimidad de la herencia. Se la debería haber apropiado el Estado. Ahora estoy metido en el socialismo y en la poesía—añadió en plan de excusa, como hubiera podido decir que estaba haciendo una cura de aguas.

—¿Es usted el dueño de este establecimiento?— preguntó Challoner sin emplear la palabra "tienda".

—No, soy un simple vendedor. ¿Quiere usted un habano?

—Sí, me gustan... pero...

—No haga usted remilgos. Nos va bien el negocio y el dueño, además, es una bellísima persona; lo que yo llamo una persona que moralmente tiene sangre real. *De Godall je suis le fervent*. Sólo hay un Godall. A propósito, ¿cómo le fue a usted de detective?

—No probé la cosa — contestó Challoner brevemente.

—Yo sí. Por cierto que me salió todo lo que se dice a las mil maravillas. Perdí todo mi dinero e hice el ridículo. En esa profesión como en todas, hay la parte que se ve y la que permanece escondida.

—*A propos*—dijo Challoner—. ¿Pinta usted todavía?

—No—contestó Somerset—. Ahora pienso dedicarme al violín.

Los ojos de Challoner, que se hallaba algo inquieto desde que se había nombrado la profesión detectivesca, se posaron en las columnas de un periódico abierto sobre el mostrador.

—¡Caramba!—exclamó—. Es extraño.

—¿Qué es lo que es extraño?

—No, nada. Sólo una vez he encontrado a un sujeto llamado míster M'Guire.

—Yo también le conozco. ¿Dice ese periódico algo de él?

Challoner leyó lo siguiente:

—"Muerte misteriosa en Stepney. Ayer se hizo la autopsia a Patricio M'Guire, carpintero. El doctor Dovering declaró que le asistía en su clínica como enfermo. Padecía de insomnio, inapetencia y neuralgia. No se encuentra la causa aparente de su muerte. El difunto no era lo que se dice un hombre de buenas costumbres, lo que puede haber precipitado su fin. Se quejaba de padecer gota, pero nadie le vio sufrir ningún ataque. El doctor ignora si el muerto tenía familia. Se le consideraba como persona algo falta de juicio y se le creía miembro de alguna sociedad secreta. El doctor añade que si tuviera que dar su opinión diría que M'Guire había fallecido de miedo".—Tiene razón el doctor—exclamó Somerset—. Qué alivio siento al ver que ha muerto. ¡Pobre diablo, se lo merecía!

En aquel momento se abrió la puerta y Desborough, envuelto en su gran impermeable, apareció en la tienda. En su impermeable le faltaban algunos botones, sus botas rebosaban agua, su sombrero estaba muy grasiento. Y, a pesar de todo esto, parecía sentirse muy satisfecho. Los otros le recibieron con aclamaciones de sorpresa.

—¿Y usted? ¿Ensayó el arte detectivesco?

—No. Es decir, sí. Pero yo he venido porque creí hallar aquí a mi esposa.

—¿Cómo! ¿Se ha casado usted?—preguntó Somerset.

—Sí—contestó Enrique—. Hace ya un mes.

—¿Y están ustedes bien de dinero? — preguntó Challoner.

—Eso es lo malo—admitió Desborough—. Estamos muy apurados. El prín... Quiero decir, míster Godall, hará algo por nosotros. Por eso venimos.

—¿Y cuál es el apellido de soltera de mistress Desborough?—preguntó Challoner con el tono de un hombre de mundo.

—Miss Luxmore—contestó Enrique— Os gustará. Es más inteligente que yo y cuenta unas historias maravillosas.

En aquel momento apareció mistress Desborough.

Somerset reconoció en ella a la joven que visitaba la casa de la Plaza Dorada. Y Challoner a la hechicera joven de Chelsea. Ambos quedaron estupefactos.

—¿Qué?—preguntó Enrique—. ¿Conocen ustedes a mi mujer?

—Me parece que la he visto en alguna parte—contestó Somerset con mucha turbación.

—Sí, yo también creo conocerle, caballero, pero no recuerdo de dónde—dijo la joven.

—No, es posible que la haya confundido con alguien—afirmó Somerset.

—¿Y usted, Challoner? También parece que la ha reconocido.

—Los dos son amigos tuyos, ¿verdad, Enrique?— dijo la señora—. No me acuerdo de haber visto nunca a míster Challoner.

Challoner estaba como una cereza, y tan turbado como el otro, balbuceó:

—No recuerdo haber tenido el honor...

—Bien. ¿Y míster Godall? — preguntó mistress Desborough.

—¿Es usted la dama a quien espera? Siendo así la anunciaré en seguida — dijo Somerset, poniéndose encarnado.

Y el joven alzó una cortina, abrió una puerta y pasó a una pequeña pieza que se había añadido a la parte posterior de la casa. La lluvia caía en el tejado y resonaba musicalmente. Sobre una mesa se hallaba extendido un gran mapa de Egipto y del

Sudán, así como otro del Tonkin, en los que diariamente se mareaban con alfileres de colores el curso de las dos guerras que entonces tenían lugar. El aire olía a tabaco fino y en la chimenea ardía un buen fuego de leña. En aquella sencilla y elegante habitación, míster Godall, envuelto en un batín, miraba plácidamente el fuego y escuchaba con delicia el chapoteo de la lluvia.

—¿Qué hay, querido Somerset? ¿Ha adoptado usted, desde anoche un nuevo sistema político?

—Ha venido la señora que usted esperaba, señor —dijo Somerset, enrojeciendo de nuevo.

—¿La ha visto usted ya por fin? Le voy a hacer una advertencia. No creo que esa señora quiera acordarse del pasado. Así que no es menester que le diga nada más. De caballero a caballero...

Poco después míster Godall recibía a mistress Desborough con la grave y ceremoniosa urbanidad que le caracterizaba.

—Tengo un gran placer en recibirla en la humilde casa. Me gustaría poder ser útil a usted y a míster Desborough.

—Alteza, ante todo le he de dar a usted las gracias—dijo Clara—. Conocía su bondad y sabía que iba usted a hacer todo lo posible para aliviar nuestras desgracias. Enrique se merece todo cuanto usted haga por él.

—¿Y usted no?

—¿Yo?... Yo no merezco nada.

—No soy quién para juzgar a los hombres—respondió el príncipe—, y menos a las mujeres. Ahora soy una persona particular como usted y como tantos otros. Pero usted sabe perfectamente, y Dios mejor aún que usted, el mal que he hecho a la humanidad durante el pasado. No me detengo a analizarlo. Sólo me preocupa el porvenir, para lo que pido seguridad. No me gusta poner armas en manos de un combatiente desleal y, por lo tanto, no me atrevo a restaurar en su riqueza a uno que ha sostenido una guerra secreta y bárbara. Pero aunque me expreso con severidad procuro elegir mis palabras. Me repito a mí misma que es usted una mujer y recuerdo a los niños cuyas vidas ha puesto en peligro. Mujer... niños... Es muy posible que cuando usted sea madre, señora, comprenderá lo que quiero decir. Es muy posible que cuando se incline usted hacia una cuna, cuando su hijito esté enfermo...

—Vuestra Alteza mira sólo la falta y no mira la excusa—dijo Clara—. Vuestro corazón no se ha estremecido nunca ante la opresión. ¡Naturalmente! ¡Nacisteis en un trono!

—Nací de una mujer — dijo el príncipe—. Nací como consecuencia de los sufrimientos de mi madre y tan desvalido como los demás niños. Esto lo olvida usted, pero yo lo recuerdo fielmente. Un poeta inglés observó la tierra y vio vastas murallas, innumerables tropas que maniobraban, buques de guerra en el mar, la polvareda de un combate en la costa. ¿Cuál sería la causa de todos aquellos preparativos y operaciones? La causa estaba allí, en medio de todo: era una mujer con su hijito en brazos. Esta es mi política, señora. Y los versos, que son de Coventry Patmore, los he hecho traducir al bohemio. Sí, repito que esta es mi política: cambiar lo que podamos, mejorar lo que podamos, mas tener presente, no obstante, que el hombre es un demonio al que sujetan muy débilmente unas imposiciones o unas creencias generosas Y ninguna palabra, por noble que parezca, debe ser tan fuerte que relaje estos lazos.

Siguió un corto silencio.

—Temo cansarla, señora. Mis discursos empiezan a hacerse viejos. ¿La molesta contestarme?

—No sé responder más que una cosa—dijo la joven—. Amo a mi esposo.—Eso es más que suficiente, señora—respondió el príncipe—. Sus palabras me animan. Y ahora le pido que se retire. Esa campanilla que ha sonado indica que mi antigua amiga, su madre de usted, ha llegado. La prometo que haré cerca de ella todo lo que pueda en favor de usted.

Mistress Desborough salió de nuevo al *Diván*, mientras el príncipe, abriendo una puerta que daba al otro lado del pabellón, hacía entrar en él a mistress Luxmore.

—Señora, mi buena amiga—la dijo—. ¿Tan cambiado está mi rostro que no reconoce usted en míster Godall al príncipe Florián?

—¡Es posible!—exclamó la dama mirándole a través de sus impertinentes—. Sabed que siempre he considerado a Vuestra Alteza como a un perfecto caballero, y cuando me he enterado de sus aciagas circunstancias, mi respeto, en lugar de disminuir, ha aumentado.

—Eso me ha sucedido con la mayoría de mis amigos—respondió el príncipe—. Tomad asiento, señora. El asunto de que la he de hablar es muy delicado. Se refiere a su hija.

—En ese caso más vale que no se tome usted la molestia de hablar; me he propuesto no saber nada de ella. No oiré ni una palabra en su defensa. Y, como estimo en mucho la justicia, le voy a poner en antecedentes de mis quejas contra ella. Me abandonó. Ha acompañado durante años a sujetos completamente indeseables. Y, para colmo, se ha casado hace poco. No quiero verla ni tampoco a su esposo. He ofrecido siempre a Clara ciento veinte libras al año y ahora se las ofrezco de nuevo. Con esa cantidad contaba yo cuando tenía sus años.

—Muy bien, señora. Pero hablemos de otra cosa. ¿A cuánto ascendía la renta del reverendo Fanshave?

—¿De mi padre? Creo que tenía setecientas libras al año.

—¿Y cuántos hermanos eran ustedes?—siguió preguntando el príncipe.

—Éramos cuatro hijas.

—Y usted, ¿no disfruta de una renta de ocho mil libras?.

—Sólo son cinco mil—contestó la dama—. Pero... ¿a qué vienen todas estas preguntas?

—A que debería usted fijar a su hija mil libras al año—contestó riendo el príncipe—. No puede usted tomar a su padre como norma. Él era pobre y usted es rica. Él tenía que atender a los pobres y usted no tiene que hacerlo por obligación.

—¡En esta casa me han tendido un lazo!—exclamó la dama poniéndose en pie—. Pero no servirá de nada. No servirá de nada aunque se confabulen en contra mía todos los vendedores de tabaco del mundo.

—¡Ah, señora! ¡Si no estuviese yo en desgracia no emplearía usted ese lenguaje!—dijo el príncipe—. Si tanta repulsión le causa a usted la industria que me da el pan permítame indicarle una cosa: si no consiente usted en mantener a su hija, me veré obligado a colocarla detrás de un mostrador. Creo que Clara sería una gran atracción para la tienda. ¡Ah, y su yerno de usted llevará paquetes y recados! Con la ayuda de la sangre joven de esos dos empleados, mi negocio se duplicará. Yo, agradecido, colocaré el nombre de Luxmore al lado del de Godall.

—He sido muy descortés, Alteza. Y vos habéis sido muy listo. Supongo que Clara está aquí. Hágala venir.

—Lo mejor es que la cojamos desprevenida—dijo el príncipe.

Se puso en pie y descorrió en silencio la cortina.

Mistress Desborough se hallaba sentada de espaldas a ellos. Somerset y Enrique estaban pendientes de sus labios. Challoner, alegando un negocio urgente, se había apartado de la detestable compañía de la linda joven de Chelsea.

—En aquel momento—decía mistress Desborough —míster Gladstone descubrió el rostro del cobarde que le había asaltado. Sus labios lanzaron un grito de triunfo.

—¡Caramba, si ése es míster Somerset!—interrumpió mistress Luxmore—. ¡Míster Somerset! ¿Qué ha hecho usted de mi casa?

—Ya se lo explicaré yo, señora. Abraze entretanto a su hija—dijo el príncipe.

—¡Hola, Clara! ¿Cómo estás?—preguntó mistress Luxmore—. Parece que por fin voy a fijarte una renta que valga la pena. En cuanto a usted, míster Somerset, estoy pronta a recibir sus explicaciones. Verdaderamente, el asunto, aunque me saliera caro, resultó humorístico.

Al llegar aquí saludó a Somerset con la cabeza. Luego, dirigiéndose al príncipe, añadió:

—He cobrado mucho afecto a ese caballerito. Sus cuadros son la cosa más divertida que he visto en mi vida.

—He mandado preparar un refrigerio — dijo el príncipe—. Míster Somerset, como todos son amigos de usted, siéntese con ellos a la mesa. Ya me cuidaré yo mientras tanto del mostrador.

FIN